

Bedelia

Vera
Casparly



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

Bedelia es una mujer cariñosa, enamorada y afable, modelo de esposa y de ama de casa. De pronto, y de forma imprevista, surge en su vida una sombra contradictoria y terrible, que amenaza con aniquilar sus ansias de felicidad.

Vera Caspary consigue mantener a lo largo del relato una notable intensidad narrativa con la economía de recursos y sencillez de lenguaje propios de su estilo.

Lectulandia

Vera Caspary

Bedelia

Selecciones Séptimo Círculo # 19

ePub r1.0

Maki 13.08.14

Título original: *Bedelia*
Vera Caspary, 1945
Traducción: Vicente Diego Abad
Selecciones del Séptimo Círculo nº 19
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías
Retoque de cubierta: orhi

Editor digital: Maki
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Entró su mujer en la habitación, y Charlie se volvió a contemplarla. Llevaba un vestido de terciopelo azul marino cuya ajustada falda, un poco abierta por los costados, dejaba ver sus bonitos tobillos y las chinelas bronceadas, de alto tacón.

En la chimenea la leña preparada para Navidad comenzó a arder; las llamas lamían la ruda corteza con gran satisfacción de Charlie, pues él mismo la había cortado y conservado durante un año entero en el cobertizo para que se secase. Bedelia, advirtiendo su fruición, se iluminó con una radiante sonrisa, y saltando por encima de las alfombras orientales hasta el sofá-confidente fue a recostarse junto a Charlie, dejando descansar la cabeza sobre su hombro. Él le tomó una mano, en tanto la leña de Navidad proyectaba sobre ellos su rojo resplandor. En aquel momento — las diez y diez minutos del 25 de diciembre de 1913— Charlie Horst se creía el hombre más feliz del mundo.

Era la primera Navidad que pasaba el matrimonio en casa de Charlie. Se habían casado en agosto. Ella era una delicada criatura, encantadora como una gatita, de ojos vivos, oscuros y siempre ligeramente húmedos. En contraste con el tipo moreno y con el aire de alegre despreocupación de su mujer, Charlie parecía más pálido, anguloso y cohibido.

En el mirador, de donde habían retirado previamente el sofá-confidente, se erguía un árbol de Navidad, de cuyas ramas, festoneadas con lentejuelas, pendían globos, espirales de colores, angelitos blancos, serpentinas, Santa Claus de pan de jengibre, casitas de cartón y ramitos de menta. Debajo del árbol, en vez del acostumbrado lienzo blanco, había una combinación de ramas de pino sobre papel verde, que imitaba el suelo del bosque. Encima de la mesa del comedor la inteligente Bedelia había conseguido otro efecto artístico, y parecía como si el centro de narcisos blancos creciera en un macizo de hojas de laurel.

Bedelia había trabajado muchos días en los preparativos de la reunión. En fuentes y bandejas se apilaba gran variedad de pasteles y en la vajilla de plata de la abuela de Charlie rebosaban el *fondant* hecho en la casa, el mazapán y las nueces saladas. Sobre el aparador hallábanse, alineadas, una docena de copas para batidos de huevos, y para los que prefieren bebidas fuertes, vasos estañados, que habían de llenarse con el ponche de ron caliente, especialidad de Charlie. Había además gran variedad de golosinas, bocadillos de *foie gras*, ostras ahumadas, anchoas y galletitas saladas, untadas con la deliciosa pasta que Bedelia había preparado combinando diferentes clases de quesos.

El regalo de Charlie a su mujer era un antiguo anillo de oro trenzado, que terminaba en un lazo con granates. Bedelia lo llevaba en el dedo anular de la mano derecha y, de vez en cuando, extendía el brazo y movía coquetamente la cabeza para observar el efecto del anillo en su mano, regordeta y con hoyuelos, y dedos de afiladas uñas que, bien pulidas, brillaban como gemas rosadas.

—¡Cómo le gustan a mi pequeño grajo los adornos! —le dijo Charlie.

Esta metáfora era puramente literaria pues jamás había visto un grajo.

Educado en la literatura inglesa, prefería sus expresiones a los símbolos ordinarios de la propia experiencia. Cuando pequeño, había oído cantar a su madre:

Raramente las cosas son como parecen:
disfrázase la nata de rica crema,
el grajo con plumas de pavo real se adorna,
y el cuero inferior pasa por charol.

Aceptó su mujer la observación con su gracia habitual, y su boca, de rojos labios, se arqueó en ligera sonrisa hasta mostrar los graciosos hoyuelos de sus mejillas.

—En verdad, ¿te gusta el anillo? —le preguntó Charlie ansiosamente.

—Más que si fuera de platino y brillantes.

—¿O de perlas?

—Por esa razón me has regalado esto, ¿no es cierto? —inquirió Bedelia, cautelosa.

—Parece que va a nevar —dijo Charlie.

Al oeste del edificio, bajo la terraza, el río se deslizaba entre grandes rocas con incesante murmullo. La casa estaba situada a poca distancia de un pueblo industrial importante, pero como los terrenos que lo rodeaban eran demasiado rocosos para que valiera la pena cultivarlos, los bosques y campos llenos de piedras permanecían tan silvestres y yermos como cuando los primeros pobladores blancos llegaron a Connecticut.

Sonó el timbre. Arreglándose su delantal nuevo, Mary atravesó el vestíbulo, y ya en la puerta se ajustó los pliegues. Al franquear el paso a los invitados que llegaban, saludó:

—Buenas tardes, señor Johnson. ¡Felices Pascuas!, señora.

Bedelia corrió a saludarla. Como siempre, Wells Johnson se turbó ante su presencia, balbuceó un saludo y pasó de una mano enmitonada a la otra el paquete envuelto en papel de seda sujeto con precintos dorados. Lucy Johnson lo tomó de manos de Wells y se lo ofreció a Bedelia diciendo:

—¡Felices Pascuas!

—¡Oh! No debía haber hecho esto.

—Espere a verlo antes de decir nada. Tal vez me crea un poco extravagante.

—Me encantan los regalos —dijo Bedelia.

—¿Cómo está usted, Charlie Horse? —preguntó Wells Johnson.

—Nunca me he sentido mejor en mi vida. Permítame su abrigo. —Y le ayudó a quitárselo.

Bedelia consideró atentamente el tamaño y forma del paquete, su perfecta envoltura y los complicados precintos.

—No abriremos nada hasta que estén aquí todos los invitados —declaró, colocando el regalo de los Johnson en un pequeño espacio debajo del árbol de Navidad.

El timbre de la puerta repiqueteaba sin cesar, y continuamente iban llegando invitados: dentro, los saludos y las risas se hacían más ruidosos, mientras la atmósfera se iba saturando de olor a polvos de arroz, ron, agua de colonia y otros perfumes. El calor de la casa y el esfuerzo de preparar y servir bebidas a los invitados hacían sudar a Charlie, mientras el cutis marfileño de Bedelia seguía tan fresco como la rosa blanca que llevaba prendida en el pecho. La rosa era de la docena que le había traído su nuevo amigo y vecino Ben Chaney.

—Usted es demasiado amable —le dijo Bedelia al tiempo que le tendía sus dos manos y le sonreía hasta aparecer en sus mejillas los hoyuelos—, y me echará a perder con tantas atenciones.

—¿Echarla a perder? ¡Imposible! —dijo Ben.

Charlie y Ben se estrecharon las manos.

—¡Felices Pascuas!

—¿Un batido de huevo?

—¡Oh Charlie —dijo Bedelia—, tú sabes cómo le gusta a Ben el coñac!

Los dos hombres rieron, pues Bedelia había dado tal entonación a sus palabras que parecían indicar que el coñac y Ben eran enamorados inmortales. Mientras Charlie escanciaba la bebida para Ben, Bedelia le ofreció una bandeja, con bocadillos. Él escogió uno de pasta de queso.

—Usted lo ha preparado con gorgonzola, creo que pensando en mí —dijo con presunción.

—¡Oh! Ella piensa siempre en todo el mundo —dijo Charlie vanagloriándose.

A las seis los invitados estaban satisfechos de todo: comida, bebida, saludos, chismografía y examen —por las señoras— de sus vestidos de fiesta. Bedelia propuso que se abrieran los paquetes de regalo. Para ella esto era la culminación de la fiesta; el momento que había estado aguardando como una alegre y nerviosa criatura.

—Todos están aquí, excepto Ellen; y, si no ha podido llegar a tiempo, no sé por qué todos los demás tenemos que esperar.

—Probablemente tendrá mucho trabajo en la oficina.

—¿El día de Navidad?

—Sí. Tú sabes que el día de Navidad también hay diarios.

Bedelia recorrió inquisitivamente con la mirada el salón, midiendo el humor de los invitados.

—Muy bien, querido —concedió—: Esperaremos un poco más.

El doctor Meyers, que había oído por casualidad el diálogo entre Charlie y Bedelia, exclamó:

—Si hay para mí algún regalo bajo el árbol, me convendría cogerlo ahora; porque debo estar en el hospital dentro de poco, y antes tengo que llevar a casa a mamá.

—Vaya, hombre —le contestó su mujer—, ¿qué te hace suponer que alguien piense en hacer regalos de Navidad a un viejo como tú?

Bedelia, impaciente, solicitaba la aprobación de Charlie.

Este vio cuan grande era su deseo de abrir los paquetes, y accedió, como un padre indulgente.

—Abre primero los tuyos, Bedelia.

—No. No sería correcto. Yo soy la dueña de casa. Los míos deben ser los últimos.

El juez Bennett sugirió que se alternara. Primero abriría su paquete un invitado, después Bedelia, luego otro invitado. Todos votaron porque Charlie hiciera de Santa Claus, leyera las tarjetas y entregara los paquetes. Esto le cohibió al principio. Charlie nada tenía de actor, pero cuando vio que sus amigos se interesaban mucho más por los regalos que por el papel que representaba, experimentó gran alivio e incluso se sintió alegre.

La prodigalidad de Bedelia causó general asombro. Aquella gente no estaba habituada a semejantes derroches. Hasta los más ricos, que tenían sus cajas de caudales atiborradas con títulos de Ferrocarriles de Nueva York, New Haven y Hartford, no estaban acostumbrados a demostrar su gratitud en la mañana de Navidad, con otra cosa que una naranja, un par de mitones, un calcetín lleno de golosinas, un ejemplar de la Biblia o los *Ensayos* de Emerson. Todos, desde luego, habían traído algo a la dueña de casa, cuya hospitalidad obligaba a corresponderle con alguna atención. Pero nada era comparable a los regalos con que ella les había obsequiado. Había paquetes para los hombres ¡y también para sus mujeres! ¡Y qué lujosas frivolidades! Todo comprado en las mejores tiendas de Nueva York. Bolsas de seda para tabaco, cajas de puros, ceniceros de cobre, tinteros y secantes con engastes de bronce, y botellas para bebidas en estuches de cuero.

La señora de Bennett, que había llevado tres agarradores de tela ordinaria para la cocina, comprados en agosto en la feria de la iglesia y guardados para esta ocasión, hizo sus cálculos sobre la generosidad de Bedelia.

—Ninguno de nosotros —dijo— nos hemos acercado al derroche de su mujer, Charlie. No está en nuestras costumbres ser tan ostentosos como los del Oeste.

«Ostentoso» no era la palabra apropiada para describir el placer de Bedelia, que creía que era una bendición tanto el dar como el recibir. Ella, que era la más cuidadosa de las mujeres, arrancaba ahora las envolturas, sin miramientos, tirando al suelo los papeles y las cintas. Cada presente le parecía espléndido, y pródigo su obsequiante. Charlie observaba su excitación por este extraordinario placer: como huérfana adoptada por una familia de buenos sentimientos, o como una pequeña vendedora de fósforos admitida, por fin, en la tienda de juguetes.

Los ojos de Lucy Johnson brillaron cuando Charlie entregó a Bedelia el paquete con los precintos dorados. Debajo del papel de seda había una caja con inscripciones japonesas.

—Es de *Vantine* —cuchicheó la señora de Bennett lo bastante fuerte para ser oída. Varias señoras movieron la cabeza en señal de aprobación, pues ellas también habían identificado la caja y las preocupaba por qué Lucy había ido a Nueva York para el regalo de los Horst.

Bedelia mantuvo en alto el regalo para que todos pudieran verlo. Sobre una tabla de ébano estaban sentados tres monos. Uno se tapaba los ojos con las manos, otro los oídos, y el tercero sellaba sus labios.

—¡Oh!, gracias. Era precisamente lo que deseaba —y Bedelia besó a Lucy Johnson.

La señora de Bennett susurró algo a su marido. El juez contempló por encima de sus gafas a Wells Johnson. En aquel momento el expreso de Danbury silbó al tiempo que doblaba la curva. Varios hombres sacaron sus relojes para comprobar la hora.

Lucy empezó a charlar. Había comprado los tres monos de marfil porque le recordaban a Charlie.

—¿A mí?

—«No ver el mal, no escuchar el mal, no hablar mal». ¿No es ése el proceder de Charlie? Está en su carácter. Yo le digo a Wells que Charlie es el hombre de más carácter que he conocido.

Wells Johnson se acercó al juez Bennett. Con la mano ahuecada ante la boca, susurró explicativamente:

—Quería demostrar mi aprecio a Charlie por los buenos negocios que me ha proporcionado este año.

—Naturalmente, con las mejoras de su propiedad —dijo con sorna el juez, que tenía una hipoteca sobre la casa de los Johnson, y pensó que debía una explicación a aquella esplendidez.

—Y por algo más —sugirió Wells.

La curiosidad brilló a través de las gafas montadas en oro del juez. Pero Wells guardó su secreto como dinero en el banco, cuando el juez empezó a indagar.

—No puedo hablar ahora sobre el asunto —le indicó—. A Charlie no le gusta que

se hagan alusiones estando cerca de su mujer: ella es muy sensible.

El juez refunfuñó.

—Tendría razón para serlo si él no hubiese hecho un buen seguro.

Bedelia, desde lejos, les dedicó una sonrisa, y ambos hicieron un afectado gesto de cortesía. Bedelia era distinta de todas las otras mujeres de la reunión, como una actriz o una extranjera. Nada era vulgar en ella, y con su gran vivacidad resultaba más agradable y refinada que cualquiera de sus invitados. Hablaba menos y sonreía más; procuraba amistades, pero rehuía la intimidad.

Charlie estaba impaciente. Cuando sonó el timbre de la puerta no pudo esperar a que Mary abriera, y se precipitó él mismo a hacerlo.

Dos mujeres aguardaban de pie en el pórtico. Una tendió su mano y dijo:

—¡Feliz Navidad, Charlie!

La otra dio un chillido y le echó los brazos al cuello. Charlie había alargado su mano hacia Ellen Walker, pero el saludo quedó interrumpido por el arrebato de la compañera de Ellen. Ésta dejó caer flojamente su mano y siguió a Charlie y a Abbie Hoffman por el vestíbulo.

—¡Esto es una sorpresa! —dijo Charlie a Abbie.

—Sabías que iba a venir, ¡viejo hipócrita!

—Claro que Charlie lo sabía —repuso Ellen—; yo le dije, hace unas semanas, que estabas pasando tus vacaciones conmigo.

—Es verdad. Ahora me acuerdo —dijo Charlie.

—Te habías olvidado por completo, trapacero.

Abbie pellizcó a Charlie en la mejilla.

Las condujo al dormitorio del primer piso. Ellen Walker se quitó el sombrero sin mirarse siquiera en el espejo. Se había comprado un abrigo amplio, demasiado varonil, que a nadie había gustado. Era alta, algo llena de carnes y delicadamente proporcionada: hace treinta años hubiera sido considerada una belleza: pero en esto la moda cambia tan radicalmente como en los vestidos. La doncella Jones Burne había cedido el puesto a la «Gibson girl» y, a la sazón, la cara de Ellen se consideraba demasiado alargada, su cabeza estrecha y la corona castaño claro de sus trenzas, fuera de estilo por completo. Nada había de destacado ni característico en su apariencia. Un extraño habría observado, sin embargo, que parecía sosegada y honesta.

Abbie, en cambio, llevaba un vestido tan llamativo que su cara parecía un mero accesorio, y Charlie pensó que semejava un dibujo de una revista de modas, deslumbrador, pero sin relieve. Su manguito de lince era tan grande como un maletín, y su sombrero estaba sobrecargado de tal profusión de plumas que solamente de verlo le dolía el cuello a Charlie. Sobre el canesú, de tul negro, llevaba un broche extravagante, que indiscutiblemente debía de ser una fantasía.

—Os esperamos mientras os acicaláis —les dijo Charlie y salió en busca de su mujer.

—Habíamos olvidado a Abbie —susurró Bedelia que esperaba en el vestíbulo.

—Es culpa mía. Debí haber recordado que iba a venir.

—No, querido. No te acuses. Tú tienes cosas más importantes en qué pensar. Pero no podemos quedar mal con Abbie, sobre todo después del regalo de boda que nos hizo y del modo en que nos atendió en Nueva York.

Charlie y Abbie Hoffman eran primos hermanos. Ella era sobrina de su madre, y su apellido de soltera era Philbrick. En representación de su familia había recibido a la desposada cuando Charlie llegó, desde el Colorado con Bedelia. Los esperó en el andén de la estación y les ofreció un magnífico almuerzo en el lujoso Waldorf-Astoria.

—Podrías decirle que habías encargado un regalo para ella y que no te lo han traído —sugirió Charlie.

—No es posible. Es necesario que haya un paquete debajo del árbol. Abbie no debe sentirse olvidada.

Las dos muchachas salieron del dormitorio de los invitados; Abbie besó a Bedelia, y Ellen le ofreció la mano. Como si se tratara de una recepción en las mansiones neoyorkinas, Abbie conservaba puesto el sombrero.

—Gata presumida —murmuró Charlie, recordando la frase con que su madre la designaba.

Y se fue a la cocina para preparar más bebidas, mientras Bedelia conducía a las recién llegadas al salón. La mayoría de sus invitados conocía a Abbie, que había nacido a dos kilómetros de allí, camino abajo, y había vivido en el pueblo hasta que se casó, y por esta razón Charlie no podía perdonarle que se hubiera presentado con sus plumas en el salón.

Desde la cocina oyó las risas y las exclamaciones de los saludos. Charlie escuchaba y se estremecía. Mientras espolvoreaba con nuez moscada las yemas batidas, se sentía muy contento de que su mujer no fuera presumida.

La puerta de la cocina se abrió de par en par.

—Mejor es que traiga la jarra, Charlie. La mayoría de los hombres desea más. Y dos *grog*s calientes —dijo Ben Chaney—. ¿Necesita usted ayuda?

Mary, que estaba delante del armario de la vajilla, se volvió para contemplar a Ben. No era alto, pero sí musculoso y robusto. En contraste con la pintura gris de las paredes de la cocina, su cutis parecía casi moreno. Y su abundante cabello, rizado como el de un poeta, tenía reflejos rojizos. En sus ojos habla destellos de curiosidad.

De pronto se le ocurrió a Charlie la solución para el regalo de Abbie y, por irreverente que pareciera, entregó a Ben la bandeja con las bebidas y le dijo:

—¿Quieres llevar esto al salón, y decirle a mi mujer que deseo hablarle? Estaré

arriba.

Mary suspiró mientras Ben salía, llevando la bandeja como si la ponchera fuese la cabeza de un enemigo vencido. Charlie corrió arriba a esperar a Bedelia en el dormitorio.

Ella no llegó en seguida. Y él se entretuvo mirándose en el alto espejo de pared, que estaba inclinado de tal manera que deformaba su imagen haciendo parecer demasiado grande la cabeza, el torso absurdamente largo y las piernas estrafalarias. Era una visión ridícula. Charlie era de esos hombres flacos, de piernas de cigüeña, que nunca consiguen disimular sus huesos. Sus facciones eran correctas, pero muy afiladas, y su color demasiado pálido para ser atrayente. Comparó su delicada palidez con el violento moreno de Ben Chaney, y se pasó melancólicamente la mano por su poco poblada cabellera.

Bedelia entró sin hacer ruido en la habitación y se colocó al lado de Charlie, al que apenas le llegaba a la nariz. No se había cansado, todavía, de la vida matrimonial, y aún le gustaba contemplarse formando pareja. La expresión de Bedelia cambió de pronto; una ráfaga de pesar cruzó su rostro y corrió a enderezar el alto espejo de pared.

—¡Estabas horrible, Charlie! No puedo ver que tus adorables piernas largas aparezcan tan cortas y torcidas.

Charlie la atrajo y la mantuvo apretada, respirando fuerte. Sus ojos se velaron, pero Bedelia le acarició las mejillas con sus delicados dedos diciéndole:

—Tenemos abajo a los invitados, y es preciso que estemos con ellos.

La penumbra había aumentado. Bedelia se acercó a la ventana. Sus ojos miraban fijamente algún lejano punto en la sombra.

—¡Las últimas Navidades! —murmuró, oprimiendo las floreadas cortinas con sus manos—. ¡Las últimas! —repitió con voz confusa.

—¿Nueva Orleans?

—Raúl y yo cortamos rosas rojas y las pusimos sobre la mesa. Habíamos desayunado en la terraza.

—¿Lamentas encontrarte aquí, Biddy?

La boca de Bedelia, cuando no sonreía, era pequeña y perfecta: una boca de muñeca. A veces Charlie pensaba que nada sabía de la vida de Bedelia, pues todo cuanto ella le había contado de su infancia y de su primer matrimonio parecía tan irreal como una novela.

Cuando relataba conversaciones que había tenido con personas de su conocimiento, Charlie creía ver líneas correctamente escritas e impresas con la más perfecta ortografía y sintaxis, e incluso con notas aclaratorias. En tales momentos la sentía muy remota, como las heroínas de novela; como una mujer con la que podía

soñar, pero intocable.

—He tenido una idea para el regalo de Abbie —dijo Charlie.

—Dime, ¿qué es? —preguntó vivamente Bedelia.

—La sortija de perlas.

Bedelia permaneció silenciosa.

—¿No te parece buena la idea?

—Pero no podemos, Charlie.

—¿Por qué no?

—Dijiste que era barata y vulgar.

—Para ti, sí. Pero Abbie lleva piedras falsas.

Bedelia hizo un ademán negativo con la cabeza.

—¿Por qué no? —volvió a preguntar Charlie.

—Los de tu familia nunca llevan piedras de imitación.

Charlie pensó que quería burlarse de él.

—Abbie las lleva. ¿Te fijaste en el broche?

Bedelia se encogió de hombros, se alejó de la ventana, y fue a sentarse en una silla baja que la madre de Charlie empleaba para coser. Para esta silla Bedelia había elegido una funda de moaré rosa viejo. Las cortinas y la colcha de la cama eran de lo mismo; pero todo lo demás estaba igual que cuando los padres de Charlie dormían en aquel cuarto.

—Vamos a regalarle a Abbie la pulsera de la India Oriental —propuso Bedelia.

—¡No lo dirás en serio! —manifestó sorprendido Charlie.

Le había regalado la pulsera a Bedelia durante la luna de miel. Era de plata fina trabajada a martillo, ancha como un puño y con pequeñas campanillas colgantes. Charlie, a quien le gustaba muchísimo explorar oscuras y escondidas tiendas, y que había fantaseado acerca de cómo pudo llegar una pulsera oriental tan al Oeste como Colorado, la había comprado por veinte dólares, pareciéndole todo ello muy romántico. Se le antojaba que la pulsera era un excesivo regalo de Navidad para Abbie, a quien no veía más que dos veces por año. En cambio la sortija de perla negra le había costado a Bedelia solamente cinco dólares, y estaba montada en imitación de platino y rodeada de brillantes falsos.

—La pulsera es demasiado ancha para mi brazo. Demasiado brazaletes.

—Nada dijiste cuando la traje, y te pareció muy bonita cuando te la probaste.

La boca de muñeca pareció impacientarse.

—A ti te gustó, Charlie, y querías tenerme contenta.

—Lo que no puedo comprender es por qué te obstinas en conservar esa sortija barata; sobre todo habiendo dicho que ya no querías llevarla.

Bedelia suspiró.

—Desde luego, querida, si te empeñas en conservarla, no insistiré más en que la

des. Pero tú misma habías dicho que no volverías a usarla...

Charlie aguardó una respuesta.

Bedelia estaba sentada, como un niño en penitencia, con la cabeza baja y las manos juntas.

—... ¡A menos que quieras conservarla como recuerdo —continuó él amargamente—, para recordar que te has casado con un tacaño!

Bedelia alisó la campana de su falda de terciopelo sobre sus piernas y contempló la punta de la bronceada chinela.

—No podemos darle la sortija a Abbie porque ya no la tengo.

—¿Cómo?

—La he tirado. A ti no te gustaba vérmela puesta. La creías vulgar.

—¿Por qué no me lo has dicho antes, sin esperar a que perdiera la paciencia?

—Pero ¡es que no me has dado ocasión!

Lo miraba tan inocentemente que Charlie tuvo que reírse.

—¡Qué criatura más atolondrada eres, Biddy! ¡Mira que dejarme discutir así y decir tantas tonterías! Me he portado como una persona de mal genio y latosa. Lo siento.

—Pero Charlie, querido, ¿y lo mal que yo estuve? ¿Quieres perdonarme?

—Perdonada —dijo Charlie magnánimamente.

—¿Le daremos el brazalete a Abbie?

—Como tú quieras.

—Mira —dijo Bedelia, probándose el brazalete y haciéndole ver cómo resbalaba por su brazo—, es demasiado grande. Vete abajo con nuestros invitados, querido. Sería de mal efecto que los dos estuviéramos demasiado tiempo aquí arriba. Empaquetaré el regalo para Abbie y, cuando nadie lo note, lo deslizaré debajo del árbol:

Charlie comprendió, viendo su sonrisa, que a Bedelia le gustaba el plan. La besó y salió. Ella empaquetó cuidadosamente el brazalete y lo ató con una cinta roja para que tuviera la misma apariencia que los demás paquetes. Después se acercó a su tocador, abrió el joyero, sacó de él la sortija de perlas negras y la colocó en el estuche de terciopelo en que había estado su anillo nuevo de granates. Seguidamente escondió el estuche en el bargueño del vestíbulo y después de comprobar que quedaba completamente sumergido en la oscuridad, volvió de puntillas al dormitorio, y recogió el regalo para Abbie: arregló el lazo rojo y se lanzó apresuradamente escaleras abajo, repiqueteando en los peldaños sus altos tacones.

La reunión había terminado. De los invitados quedaban solamente Abbie, Ellen y Ben Chaney. Abbie se había retirado al cuarto de huéspedes arrastrando a Ellen con ella, para proceder a la ceremonia de quitarse sus plumas: Ben estaba arrodillado delante del fuego. Bedelia, de pie a su lado, sostenía un cesto lleno de papel de seda

arrugado y andrajosas cintas. Contemplaban silenciosamente cómo las delicadas envolturas y los oropeles eran devorados por las llamas. Cuando se quemó todo el papel, y la habitación quedó limpia de nuevo, Bedelia se excusó y corrió a la cocina. Ben se sentó frente a Charlie y tomó el último *Literary Digest*; «como si estuviera en su propia casa», pensó Charlie; pero al punto esa idea le pareció poco generosa y la desechó, mientras se disponía a leer a su vez un nuevo ejemplar del *Atlantic Monthly*.

En el cuarto de huéspedes Ellen acababa de lavarse las manos y se disponía a abandonar la habitación, cuando Abbie, con imperiosa voz, le ordenó:

—Quédate y hablaremos. —Por fin se había quitado su sombrero y, según su propia expresión, sus cabellos eran un perfecto nido de murciélagos—. Tengo una pregunta que hacerte. ¿Quién es ese Chaney?

—Un artista. Ha alquilado la casa del juez Bennett para todo el invierno.

—¿La casa veraniega? ¿Allá arriba, en el bosque? ¿Por qué?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa?

Abbie tenía la cabeza inclinada hacia adelante, y sus cabellos caían sobre su cara como una cortina oscura. Detrás de esta cortina flotaba su voz inquisitiva,

—¿Qué clase de artista es?

—Pinta.

—Bueno; pero ¿qué pinta?

—Cuadros.

Abbie echó hacia atrás la cortina de su pelo y la envolvió en el postizo.

—Estás fastidiosa. ¿Qué clase de cuadros?

En contraste con las ricas inflexiones de Abbie, la voz de Ellen resultaba tristemente monótona.

—No lo sé.

—Podrías darte un poco de colorete —dijo Abbie— todo el mundo lo hace actualmente. ¿Es soltero?

—Nunca he oído decir que fuera casado.

—Prueba un poco del mío, Nellie —dijo Abbie, señalando con un gesto de cabeza su bolso de malla—. Es lo más nuevo en polvo seco; no es nada parecido a la pintura ni tan vulgar como ella. ¿Es un caballero?

—Te pareces a un personaje de Humphry Ward —contestó fríamente Ellen.

—¡Oh!, hazme el favor de no presumir de intelectual. Sabes muy bien lo que quiero decir: que no resulte un futbolista o un policía.

Abbie, por fin, estaba complacida con su peinado. Después de contemplar largamente su cara ante el espejo, dijo:

—Me intriga ese hombre, y no porque me resulte un poco misterioso. Bedelia parece agradarle, ¿no lo crees así?

—¿Sí...? —Ellen intentaba parecer indiferente. Abbie le dirigió una larga mirada.

—No parecerías tan insípida si te vistieras con un poco de atrevimiento. Nada hay tan aborrecible, a los ojos de un hombre, como una blusa de seda a cuadros. Denuncia de lejos a la solterona.

El fino cutis de Ellen enrojeció. Le gustaba creerse modelo de sastre y disfrutaba vistiendo trajes de ese estilo.

Abbie sacó de su bolso de malla una caja redonda de pasta.

—Usa esto —ordenó.

—Me sentaría muy mal.

Abbie frotó la borla sobre un disco de polvo carmín y la sacudió hacia Ellen.

—Aún habiendo un solo hombre a tu alrededor creo que deberías tratar de hacerte un poco más la interesante.

—Yo no soy ave de presa, como vosotras.

—Más te valdría serlo —Abbie era implacable. Pero no había manera de alterar a Ellen.

—Por lo menos déjame peinarte. Nadie va ya así.

—Voy yo. Y además —Ellen se incorporó provocadoramente—, nada en el mundo podría obligarme a llevar postizos. Lo creo inmundo y repulsivo.

—Así que, según tú, todas las mujeres elegantes son inmundas y repulsivas.

—Bedelia es magnífica y no lleva postizos.

—Bedelia tiene estilo propio. Puede permitirse ser diferente. Además, su cabello está teñido. Y bien que se conoce.

—No me lo parece.

—Se da reflejos. Tengo un ojo muy aguzado para notar esa clase de cosas.

—Pero Bedelia no haría eso. Es una mujer muy natural. ¿Por qué insinúas tantas cosas en ella. Abbie?

—¿Por qué la defiendes tú, Nellie?

—Haz el favor de no llamarme Nellie.

—¿Por qué no? Siempre te hemos llamado así.

—Pero ya no me gustan los diminutivos.

Abbie enarcó las cejas. Conocía demasiado bien a Ellen para seguir molestándola, y además le quedaban otras preguntas por hacer.

—¿Tiene dinero?

—¿Quién?

—No te hagas la niña boba. Cuando un hombre soltero llega a una ciudad como ésta, es deber de toda mujer averiguar pormenores.

Ellen cedió un poco.

—No me he preocupado mucho de eso; pero, evidentemente, debe contar con algunos recursos; de lo contrario no podría pasarse pintando en el campo todo un

invierno. Además tiene auto.

—Permíteme que te advierta, querida, que lo del auto nada significa. ¿Te acuerdas de cuando mi querido Walter compró el suyo? Nos paseábamos como millonarios y sólo habíamos desembolsado un pequeño depósito por el coche. Tú sabes que puedes comprarte uno a plazos.

Ellen no aprobaba la ligereza con que Abbie hablaba de su exmarido. En Nueva York podían tener el divorcio por válido, pero en Connecticut todavía se hablaba en voz baja al respecto.

—Le regaló a Bedelia una docena de rosas blancas —destacó Abbie.

—También a Charlie le regaló una caja de cigarrillos. Es muy natural y correcto que agradezca la hospitalidad que le han dispensado.

—No es necesario que me des lecciones. Yo solamente quise decir que hace espléndidos regalos, y eso no es costumbre en los pobres.

Abbie había terminado su peinado y retocado su físico. Se fue a lavar las manos en el lavabo que estaba detrás del biombo.

La voz de Ellen dominó el ruido del agua al decir:

—Hay algo particular en él. ¿Te merece confianza, Abbie? —Abbie salió del biombo, manteniendo delante sus manos mojadas.

—¿Por qué te interesa tanto? Procedes como en el tercer acto de un melodrama. ¿Qué hay de malo en él?

—¿Qué opinas tú? Quiero decir sinceramente, no como soltero que al parecer tiene dinero, sino como persona, ¿te merecería confianza?

—¿Se la tendrías tú?

Ellen se acercó y miró fijamente a la cara de su amiga. A pesar de su sencillez, y de las pretensiones de Abbie, ambas eran de la misma clase de grandes, huesudas y buenas muchachas de Nueva Inglaterra.

—Parece que pretende algo de nosotras. Ha hecho amistades demasiado rápidamente. Sé que los artistas suelen salirse de lo corriente, pero él no es así. Sus modales son bastante buenos en lo superficial, pero hay algo en él que no entiendo. Llegó aquí, en noviembre, sin conocer a nadie, y ahora es el inseparable de todo el mundo. Constantemente invita a las mujeres a tomar el té con él.

—Eres muy provinciana. En Nueva York ninguna mujer piensa dos veces si debe aceptar cuando un hombre la invita a tomar el té. Especialmente si es un artista.

—Pero hace demasiadas preguntas —quejóse Ellen.

—Parece como si tú ya hubieras tomado té con él.

—Yo trabajo y no tengo tiempo para tés, pero he comido con él en Jaffney y me ha visitado dos o tres veces.

—Entonces, no te es tan indiferente, ¿verdad? Comida, visitas, ¿y querrás que yo crea que no te ha hablado de su pintura?

—No habla de sí mismo.

—Eso es extraño en un *hombre*.

—Siempre está averiguando la vida de los otros, hasta los detalles más reservados y personales, sus ingresos, si están o no en buena posición.

—Parece curiosidad muy corriente.

—Evidentemente, Nueva York te ha hecho olvidar que aquí nos han enseñado a no mencionar nunca esas cosas.

—Tú eres todavía una criatura, Ellen. Si no te conociera tan a fondo creería que tu ingenuidad es pura afectación. ¿Le has preguntado a Bedelia qué piensa de Ben?

Ellen pareció no haber oído.

—Nunca te diría que ha comido con un hombre sin averiguar qué clase de cuadros pinta. Y no vayas a decirme que no la habrá invitado a tomar el té con él.

—Viene aquí, por las tardes, muy a menudo. A veces salen de paseo —dijo Ellen, suavemente—. Desde luego, Charlie y Bedelia son sus vecinos más próximos, con excepción de algunos granjeros, como los Keeley o aquellos polacos de lo alto de la colina.

Se había levantado viento. Silbaba en el bosque y, arremolinándose en las esquinas de la casa, hacía retemblar los canalones y golpetear los postigos contra las ventanas.

—Ya está la cena. Bedelia pregunta si ustedes están ya arregladas —dijo Ben Chaney, recostándose contra el marco de la puerta, tan abandonadamente como si estuviera en su propia casa.

—¿Dónde aprendió usted urbanidad? —le preguntó Abbie—. ¿Acaso no le han enseñado a llamar a la puerta antes de entrar en una habitación?

—No cuando la puerta está abierta.

Abbie miró a Ellen, que se hizo la distraída.

La mansión había sido más severa en los tiempos de la anciana señora Horst. Charlie fue un hijo respetuoso que no quiso disgustar a su madre, criticando los gustos del padre y del abuelo de la señora Horst en materia de arquitectura: pero antes de que las flores se secaran sobre su sepultura, abrió el cajón en que guardaba sus planos para remozar la casa. A pesar de su educación moderna, Charlie se inclinaba por el antiguo estilo de la Nueva Inglaterra, y fue uno de los arquitectos de vanguardia en el movimiento en pro de la vuelta a la moda del siglo XVIII y principios del XIX. Antes de salir para sus vacaciones en el Colorado hizo que todos los balcones, las torres y el decorado sobre volutas desaparecieran, quedando así la casa en sus antiguas y primitivas líneas. El mirador se había dejado porque era un agradable lugar para sentarse en las tardes de sol.

Con Bedelia, había trabajado en la decoración interior. Todo el papel de los muros y la tapicería eran del gusto de ella. Solamente disputaron una vez. Y esto porque Bedelia se negó a desechar los magníficos tapices orientales de la madre de Charlie y poner alfombras de lana en su lugar.

Bedelia tenía talento natural como ama de casa. Con menos barullo que su suegra y sus dos criadas, Bedelia y la muchachita tenían la casa tan brillante como un espejo.

Aquella noche había dejado el centro sobre la mesa de comedor, y puesto sus nuevos mantelitos de Madera debajo de los platos. Rojas bujías despedían su luz sobre la comida. Había cocinado el plato principal con sus propias manos. Era una cazuela de arroz con tomates, almejas, pollo, pimientos, aceitunas, sazónada con azafrán. A Charlie no se le sirvió de ese plato, y en su lugar Mary le llevó un tazón de arroz simplemente hervido.

—Dispepsia —confesó.

—¡Tú! —gritó Abbie.

—Deben ser sus nervios —dijo Bedelia—. Trabaja excesivamente. Parece que su encargado es un completo ignorantón por el modo en que el pobre Charlie tiene que correr a Bridgeport todos los días.

Ellen preguntó si le había reconocido el médico.

—Desearía que usted quisiera utilizar su influencia sobre él. Ellen. ¡Se lo he pedido muchas veces, pero no me hace el menor caso!

—Hablemos de cosas más agradables —dijo Charlie.

Pero Abbie tenía su idea:

—Probablemente enfermó en el Oeste. He oído que la alimentación es... simplemente... —y no pudiendo encontrar la palabra exacta se retorció las manos.

—Estás equivocada —dijo Charlie—. Hay algunos restaurantes excelentes en Denver, y en el Hotel del Colorado tienen un competente cocinero francés.

—No me complacería eso —suspiró Abbie—. Si yo fuera al Colorado querría comer oso o carne de búfalo.

—¿Es un plato de Oeste? —preguntó Ellen al mismo tiempo que se servía arroz.

—No, es una receta que aprendí en Nueva Orleans. Lo llaman *Jambalaya*. Lo hacen de varios modos, con cangrejos y camarones de río.

—¡Nueva Orleans! —interrumpió Abbie—. Yo creía que usted era de California. ¿No me dijiste tú eso de Bedelia, Charlie?

—Nací en California, pero he vivido en muchos sitios. Viví en Nueva Orleans con mi primer marido.

—Siempre he querido ir allá —dijo Abbie—. Cuentan que está completamente civilizado. ¿Ha visto usted alguna vez el Carnaval?^[1]

—Bedelia lo describe tan bien como Cable —alabó Charlie—. Explícales algo del barrio francés, querida, y de los artistas.

—¿Todo?

—¿Por qué no? ¿Te da vergüenza?

—No. Tú sabes que no —y le dedico una cálida sonrisa y un guiño confidencial—. Pero vosotros sois diferentes, querido. Habéis sido educados en otro ambiente, en medio de costumbres morigeradas, y habéis tenido siempre protección.

—¡Oh!, háganos el favor, cuéntenos... —chilló Abbie.

—Es algo muy distinto —dijo Bedelia riendo—. Vean. Nosotros éramos pobrísimo. Mucha gente confesaría antes sus pecados que su pobreza, ¿verdad? Pues mi marido y yo lo éramos de solemnidad. Vivíamos en una buhardilla —parecía encantada, como si encontrara en ello algo romántico—. Él era un buen artista, de buena familia, pero sus padres deseaban que se dedicara a los negocios y no quisieron pasarle ninguna pensión. No nos importaba ser pobres porque éramos jóvenes y nos amábamos. También era pobre la mayor parte de nuestros amigos artistas. Nos divertíamos mucho, y si podíamos procuramos un pollo y una botella de clarete, inmediatamente organizábamos una reunión. —Su voz, languideciendo al final, sugería recuerdos más interesantes.

Ellen encontró el *Jambalaya* demasiado pesado y se arrepintió de haber comido tanto.

—Si hubiera vivido, habría llegado a ser un artista importante, quizás un gran artista. Cuando murió uno de los *marchantes*^[2] compró todas sus pinturas para especular, pues sabía que algún día valdrían mucho.

—¿Cómo dices. Bidy?

—¿Hay algo raro. Corazón?

—Tú me dijiste que sus amigos las habían vendido en subasta.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo Bedelia mirando a Charlie a través de sus espesas pestañas—. Claro, claro, querido. Desde luego, las vendieron en subasta porque el *marchante* sólo quería darme cien dólares. Por eso mis amigos lo obligaron a subastarlas en vez de adquirírmelas directamente, y saqué doscientos dólares. Acuérdate, Charlie, que así te lo había explicado... —Y sin esperar la con testación continuó—: Algún día iremos nosotros por allá a ver si podemos recuperar alguna de las pinturas. Yo no entiendo, pero mucha gente decía que podían llegar a valer mucho.

Ben había estado observando a Bedelia. Cuando notó que Ellen lo miraba fijamente, cogió su tenedor y empezó a comer de nuevo.

—¡Y usted las vendió todas! —se lamentó Abbie—. ¿No guardó ninguna para usted?

—Yo no tenía ni un dólar mío —confesó sin titubeos ni timidez.

—¿De qué murió su marido?

—De apendicitis. Era ya demasiado tarde cuando se le llevó al hospital.

Bedelia refirió el hecho inocentemente y sonreía a cada uno de sus invitados, por

turno, como queriendo decirles que no deseaba inspirar compasión.

Después Abbie preguntó a Ben Chaney si él conocía alguna obra de un pintor apellidado Cochran.

—El nombre era Raúl —dijo Charlie.

—Raúl Cochran es un nombre completamente extraño para mí.

—Su madre era francesa —explicó Bedelia—. Raúl no era conocido en los círculos artísticos del Norte. Había vendido muy pocas pinturas, y únicamente a gente del Sur.

Aunque a Ellen no le gustaba hacer preguntas personales, le dijo a Bedelia:

—Si tan terriblemente pobre era usted, ¿cómo es posible que se fuera a veranear a las Fuentes del Colorado?

—Parece raro, ¿no es cierto? Pero yo me encontraba enferma. La gran conmoción sufrida había afectado mi sistema nervioso y se me había muerto mi hijito —esto lo declaró con adecuado sentimiento, sin mirar la cara de los demás. El médico dijo que yo necesitaba cambiar de aires. Las montañas me habían atraído siempre, y como en las fuentes del Colorado hay balneario, me decidí a ir. Desde luego, nunca pensé en alojarme en un hotel. Vivía en una pensión barata, que no era mala y tenía espléndidas vistas.

—Cuando la conocí —dijo Charlie—, Bedelia había prolongado por dos semanas su permanencia en el Colorado, pues tenía esperanzas de hallar algún trabajo en una tienda de Denver. Había ido al hotel aquel día para ver un desfile de modelos.

—No me hacía ropa desde hacía años, y pensé que para buscar trabajo en alguna tienda importante sería bueno, demostrar que estaba al corriente de la moda. Así, antes de modificar mis vestidos, decidí ver qué llevaba la gente del Este.

—Ella fue a ver sombreros, pero yo le resulté más interesante.

—Bueno, querido —Bedelia coqueteaba con su marido deliciosamente—, tú sabes que me perseguiste sin descanso.

—Desde el saloncito donde estuviste tomando el té hasta los arcos de la entrada, donde fuiste a contemplar el paisaje. ¿Es esto «sin descanso»?

Bedelia, dirigiéndose de nuevo a sus invitados, continuó con el capítulo siguiente de su historia.

—Trató de hacerse el indiferente cuando eligió la silla más próxima a la mía. Se revistió de una expresión tal de no haber reparado en mí, que, precisamente, me hizo comprender por qué estaba tan interesado en contemplar el panorama desde aquel especial punto de observación. Pasaron casi diez minutos antes de que se encontrara con valor suficiente para preguntarme si no me sentía sobrecogida por la grandiosidad de las montañas Rocosas.

—Podríamos no habernos encontrado jamás, si no hubiera ocurrido un accidente. Habíamos acordado en el hotel hacer los preparativos para irnos varios amigos,

cuando uno de ellos se torció un tobillo, y aplazamos, para suerte mía, nuestra partida.

—Y yo —añadió Bedelia— casi había, decidido no ir al hotel, porque el té más barato costaba cincuenta centavos.

—¡Los dioses estaban con nosotros!

El sencillo placer de Charlie y el aplomo de Bedelia molestaban a Ellen. El diálogo parecía artificioso, como una escena ensayada repetidamente por actores aplicados y entusiastas. Ellen se quejó, porque no tenía otro pretexto para cortar aquella escena, de que la habitación estaba demasiado caldeada.

—Aquí no se puede respirar. ¿Puedes hacer algo para remediarlo, Charlie?

La impertinencia de Ellen contrarió a Charlie, que por unos segundos había vivido en los picos de las Rocosas. Gruñendo, ocupóse de amenguar el calor; después buscó el chal blanco, de angora, que fuera de su madre, para Bedelia.

—¡Qué precavido eres, querido! Pero no era necesario que te molestaras. No tengo frío.

—Tenemos que ser cuidadosos ahora —dijo Charlie. Bedelia movió la cabeza significativamente.

—¿Qué pasa, Bedelia? ¿Va a ser mamá? —preguntó Abbie, que empezaba a alardear de franqueza.

—¡Ustedes perdonen! —dijo Bedelia, y empujando hacia atrás su silla salió precipitadamente y entró en la cocina.

—¿He dicho algo inoportuno? —dijo Abbie, intrigada ¿Por qué ha de resultar indiscreto hablar de hijos cuando se trata de personas casadas?

—¡Baja la voz! —dijo Ellen.

—Se volvió muy sensible desde la pérdida de su otro hijo —explicó Charlie—, y piensa que traen mala suerte estas conversaciones.

—¡Supersticiones! —dijo con ímpetu Ellen, aunque inmediatamente se sintió arrepentida de su exclamación.

—No podemos ser todos tan racionalistas como tú, querida.

Bedelia regresó con la cafetera. Mary la seguía, llevando tazas, crema de leche y azúcar. Cada vez que Bedelia servía el café, gozaba abriendo el pequeño grifo de la cafetera, y Charlie, a su vez, también disfrutaba al notar su infantil placer. Estaba ya otra vez tranquila, graciosa, encantadora como dueña de casa.

—¿Cómo toma usted el café, con crema? ¿Un terrón o dos?

—¡Qué bonita está usted hoy, Mary! ¿Es ésta su nueva cofia? —preguntó Ben cuando la joven criada le sirvió el café.

Mary ruborizada, trataba de disimular su turbación, mientras, complacida, corría hacia la puerta giratoria de la cocina.

—No debe usted bromear con ella, Ben, por favor —susurró Bedelia.

—Hablaba en serio: es una muchacha bonita.

Bedelia explicó entonces a los comensales:

—Ben iba en su coche a la ciudad, un martes, día libre de Mary, y la llevó, invitándola después a tomar un helado con soda. Ella quedó anonadada.

«¡Ah!, también Mary», pensó Ellen. Y miró hacia Abbie para ver si ella reconocía ésta en otra expresión más de sus costumbres de ave de rapiña. Pero Abbie estaba coqueteando con Ben.

—Frente a éstas no nos quedan a nosotras, muchachas mayores, muchas oportunidades, ¿verdad? Mary, con su sencillez y sus virginales encantos, debe ser muy atractiva para un hombre de la ciudad.

—No le he enseñado mis cuadros.

—¡Y por qué enseñárselos! —preguntó Bedelia.

—Yo la he invitado a usted a verlos, ¿no? Porque usted no es mujer capaz de tomar el té con un hombre y quedarse sin saber cómo pinta.

Ellen trató de hacerse la desentendida.

—¿Qué clase de pinturas hace usted? —indagó Abbie, aprovechando la oportunidad. ¡No me diga que es cubista!

—Venga y las verá. Un amigo mío llegará del Oeste, el viernes próximo, y Charlie y Bedelia comerán en mi casa. Si ustedes dos quieren añadirse, están invitadas también.

—¡Encantadas! —contestó Abbie antes de que Ellen tuviera tiempo de interponer alguna excusa.

Después pasaron y se sentaron todos en la pequeña habitación que durante generaciones se había conocido como el «estudio del padre de vuestro padre», pero que Bedelia había rebautizado: «la caverna de Charlie». Bedelia llevó ceniceros para los hombres.

—Probablemente usted también quiere uno —dijo, ofreciéndole otro a Abbie.

—¿Cómo conoce mi secreto pecado?

—¿No recuerda que aquel día fumó en el Waldorf-Astoria?

—¿Le chocó a usted? —suspiró Abbie, esperanzada. Bedelia movió negativamente la cabeza.

—Cuando se ha vivido entre artistas nada puede ya resultar chocante. Pero en el Waldorf la gente parecía tan seria y tan grave que yo temía que usted se hiciera notar demasiado.

Charlie había llenado su pipa, y estaba a punto de encenderla, cuando se acordó del regalo de Ben. Pensó, con amargura, que tendría que fumar uno de sus cigarros para demostrarle su aprecio. Mientras salía para buscar la caja, reflexionó sobre la falta de tacto de Ben; pues ambos habían fumado juntos frecuentemente y Ben debería haber observado que a él sólo le gustaba fumar en pipa.

Ofreció la caja a Ben, quien tomó un cigarro. «Es extraño —dijo Charlie para sí mismo—, él tampoco acostumbra fumarlos». Ambos cortaron las puntas y encendieron los cigarros como personas habituadas. La habitación se llenó de aromático humo.

—Admiro su gusto, señor Chaney —dijo Abbie—. Son cigarros estupendos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ellen agriamente.

—Si hubieras tratado tantos hombres como yo, querida, reconocerías el olor de un buen cigarro. ¿No es así, Bedelia?

—No lo sé.

Bedelia estaba sentada rígidamente en el borde de la silla de cuero, y con sus manos oprimía sus brazos. Se le había ido el color de la cara y sus ojos miraban cautelosos. Todos la observaban y ella parecía defenderse del examen. Su voz, al responder a la sencilla pregunta de Abbie, estaba agudizada por el terror.

Bedelia entró en su dormitorio. Su cabello flotaba suelto. Llevaba una bata de chálí^[3] azul real con rosas estampadas y ribeteada con cinta de color rosa. Charlie la tomó en sus brazos y la estrechó contra su pecho.

—Hueles dulcemente; tu cutis huele a miel.

Todas las noches le decía lo mismo, y todas las noches Bedelia le replicaba que era la crema que usaba. La repetición no les irritaba, porque todavía estaban enamorados. Cada insignificante incidente presentaba el encanto de la novedad, o la comodidad de la repetición.

—Bueno. Se acabaron las Pascuas —dijo ella.

—¿Han sido felices?

—Claro que sí, «meloso».

La mirada extraviada aparecía nuevamente en sus ojos, y Charlie pensaba si estaría acordándose de Raúl Cochran. Ocurría que a veces, cuando se ponía muy celoso, se lamentaba de no haber compartido todo el pasado de ella, incluso la pobreza y las penas.

—¿Han sido mejores que las últimas?

Los ojos de Bedelia se posaron en los ojos de Charlie y repuso con tono de reproche:

—¡Oh, querido!

—En la última Navidad tú escogías y cortabas rosas. —Bedelia permanecía en silencio, y él continuó—: Mi madre estaba enferma. —Hablaban como si se sintiera enojado con Bedelia porque había estado gozando con las flores y el sol y con su desayuno en el mirador, en Nueva Orleans, mientras su madre sufría en aquel mismo cuarto.

Su mujer desató las cintas color rosa y se quitó su bata de chalí. Su cubrecorsé y pantalones eran de muselina fina, ligeramente almidonada, bordada y adornada profusamente con cintas rosadas. Charlie miraba con placer cómo se desataba los lazos y hacía saltar rápidamente los nacarados botoncillos de los pequeños ojales.

Mientras aflojaba los cordones de su corsé, se dirigió al espejo y dijo:

—Estoy engordando.

—Es lo natural.

—En pocas semanas empezará a conocerse.

Charlie se fue al cuarto de baño a limpiarse los dientes. Cuando volvió, Bedelia estaba en la cama, con su pelo suelto sobre la almohada. La madre de Charlie siempre se había trenzado el pelo por la noche, alisándoselo hacia atrás de su combada frente. Pero Charlie encontraba encantador el desaliño de las trenzas de Bedelia. Las zapatillas color rosa con tacones franceses, que usa en el dormitorio, su bonita ropa interior, sus cintas, bordados y esencias le deleitaban. Antes de su matrimonio, él había conocido cierto número de mujeres frívolas, como tantos otros hombres respetabilísimos. Acordándose de sus seducciones y comparándolas con las de su mujer, le parecieron las pobres muchachas unas infelices. El fácil placer de Bedelia daba al tálamo matrimonial ese aire de malicia tal, sin el cual no podría considerarse contento ni el hombre de conciencia puritana más estrecha.

Él estaba satisfecho de haberse casado con una viuda.

—¡Charlie! —gritó ella, sentándose en la cama y dejando caer las sábanas de sus hombros. Su voz era dramática—. ¡Tus polvos! ¿Has traído el agua, querido?

—Se me ha olvidado. Pero no importa, porque me encuentro perfectamente.

Ella insistió en que tomara los polvos. Por su propio bien, desde luego. Había comido ese día de manera desacostumbrada y bebido algunas yemas batidas.

—Está bien —refunfuñó Charlie y, rezongando, corrió al cuarto de baño. Su apariencia de mártir era pura farsa. Bedelia, cuidando de su salud y guardando los polvos para él en el cajón de su mesita de noche, complacía a Charlie. Esto le parecía otra prueba del amor que sentía ella hacia él. Los polvos, envasados en papeles azules, eran muy activos. Bedelia había conocido este remedio cuando trabajaba como dama de compañía de una vieja señora dispéptica.

—Bébelo rápidamente y no notarás su sabor —le decía siempre, después de haber echado el polvo en el agua.

Mientras él se quitaba el albornoz, Bedelia lo miraba con sus ojos brillantes.

—¡Qué alto eres! —le dijo. Y la estatura se convirtió en el *sumun* de la perfección. ¡Y qué anchos son tus hombros! Tienes un físico estupendo. Tu madre siempre decía: «Mi hijo no es guapo, pero tiene un cuerpo magnífico».

Charlie no podía gozar de todo el aroma de tal alabanza sin perturbar las sombras de sus antepasados puritanos. Para apaciguar ciertas lápidas en el cementerio de la

iglesia y la figura ecuestre, y totalmente de bronce, del coronel Nathaniel Philbrick, en el pequeño parque de la ciudad, pretendió rechazar su admiración.

—Demasiado pellejo —hizo notar y, dicho esto, rióse y preguntó: ¿Quién te dijo eso de mamá? ¿Abbie, quizás?

—Ellen.

—¡Oh! —exclamó Charlie.

—¡Pobre Ellen!

—¿Por qué la compadeces? —preguntó Charlie, mientras se metía en la cama—. No es ninguna desgracia, para una mujer, ganarse la vida.

—No es por eso. Yo también he trabajado. No quería decir eso.

—Debo añadir que admiro el coraje de Ellen. Tiene éxito en el periodismo. Encontré el otro día a Clarence Green y me dijo que Ellen tiene grandes aptitudes.

—Compadezco a Ellen, porque todavía está loca por ti.

Charlie intentó negarlo. Bedelia insistió. Cada mirada de Ellen traicionaba su corazón destrozado.

—Pero es una muchacha muy buena, Charlie. Hace todo lo posible por complacerme.

Charlie, echado sobre un costado, estudiaba la inclinación de la nariz de Bedelia y la graciosa curva de su mejilla. No se sentía merecedor del amor de su encantadora mujer, ni del de Ellen, que tenía tanto carácter. ¿Qué había hecho él para justificar esa devoción? Charlie no era un Casanova. Si hubiera sido robusto, compacto, delgado, pero fuerte y nervioso, con abundante cabello negro y una sonrisa seductora, podía haber aceptado la admiración femenina más complacientemente. Pero tenía treinta y tres años, y era flojo, vulgar y medio calvo. Sus virtudes eran corrientes: las propias de los hombres no románticos; de la clase de hombres a quienes un apodo como Charlie Horse^[4] podía quedarle para toda la vida.

—¿Qué hacemos con la luz? —preguntó—. ¿Probamos otra vez?

Sin vacilación, ella contestó:

—Sí, querido. Seguramente lo conseguiremos esta noche.

Él sacó una mano fuera de la cama, y el cuarto quedó a oscuras. Inmediatamente una inmensa variedad de sonidos se posesionó de la noche. El río parecía precipitarse más de prisa y cantar con voz más estruendosa; el viento aullaba, el castaño negro golpeaba con sus delgadas ramas, salientes como dedos, contra las ventanas; las canaletas temblaban, los postigos repiqueteaban y se oían arañazos en el techo, cual si un ejército de ratas hubiera invadido el desván.

—¡Oh. Charlie!

La tomó en sus brazos estrechándola fuertemente, y murmuró:

—Nada hay que temer, Bidy. Me tienes aquí, dulce corazón, mi mujercita, mi amor, y ya no estás sola. Estoy aquí: nada puede hacerte daño.

Las lágrimas de Bedelia mojaban las mejillas de Charlie.

—¿De qué tienes miedo?

—No lo sé —gimió Bedelia.

Se abrazaron fuertemente: Bedelia se hizo tan pequeña entre sus brazos, que él se sintió más grande y más necesario para proteger a la frágil mujer. Desde su noche de bodas estaba Charlie intentando ayudarla para vencer su miedo a la oscuridad. Los esfuerzos de Bedelia habían sido tan sinceros que Charlie nunca se había enfadado ni reído del infantil temor de su mujer.

Poco a poco sus lágrimas le habían impresionado. Durante el día resolvía endurecerse contra esa influencia, pero cuando en la noche ella se incrustaba en él, llorosa, su cabeza se llenaba de extrañas visiones, y su carne, bajo las mantas, se helaba. Durante el día Bedelia era positiva, mundana, como mujer que ama su hogar y tiene talento genuino para gobernar su casa. De noche parecía enteramente otra criatura, femenina, pero siniestra: una mujer cuya cara nunca viera Charlie. Era absurdo para un hombre de su inteligencia impresionarse por esas vagas e imprecisas fantasías, y trataba de explicarse el miedo de su mujer a la oscuridad, teniendo en cuenta que había vivido una existencia muy dura. Su infancia, de acuerdo con las historias que a retazos le había contado hoy una anécdota perdida, un fragmento mañana, había sido ensombrecida por tanto infortunio y desengaño que hubiera sido anormal que no la hubiera afectado.

Ninguno de estos argumentos proporcionó a Charlie el más ligero alivio. Los fantasmas moraban allí, como si hubieran alquilado el dormitorio. En cualquiera otra noche se habría espabilado y encendido la luz. Pero en ésta había decidido demostrar con su resistencia que la oscuridad no tenía habitantes y que él no compartía el irracional e infantil terror de ella.

Un chillido tembloroso traspasó la negrura. Un viento frío sopló en el cuarto. Bajo las mantas, Charlie tiritaba.

—¿Qué te pasa, querida?

Bedelia no volvió a gritar. Después de un silencio tan profundo que pareció que se hubiese detenido su respiración, susurró, desmayadamente:

—¿Lo has visto tú también?

—Visto, ¿qué? —Charlie reprochó irritado.

—¡Se movía!

—Oye, Biddy —empezó con voz firme y serena.

—¡Yo lo he visto!

—No hay nada en el cuarto. Es absurdo que tú...

Ella se desprendió de él y se escurrió hacia la orilla de la cama. La almohada no silenciaba sus sollozos, ni el colchón disimulaba su temblor. La casa se llenó, de improviso, de pequeños ruidos terribles que se percibían más cercanos y más claros

que el furioso torrente del río.

En los diez segundos que transcurrieron, mientras su mano buscaba la lámpara, Charlie reconoció que su espíritu había flaqueado. Era una modalidad recientemente adquirida. Charlie Philbrick Horst había sido educado en la escuela que rechazaba las inútiles fantasías y desdeña la propia indulgencia. «Moralmente perezoso», habría calificado su madre a su actual estado mental.

—¡Oh. queridísimo Charlie Horse, cuán bueno y amable eres! —murmuró su mujer (al hacerse la luz). Sus temblores cesaron. Descansó, se enjugó las lágrimas con la mano y exhibió, en una sonrisa, sus seductores hoyuelos.

Una lámpara pequeña con pantalla rosa proyectaba un cono de luz sobre la alfombra. Los muebles del dormitorio aparecían reales y tranquilizadores.

Sobre la chimenea estaba colgado un retrato de la madre de Charlie a los diecisiete años, una muchacha virtuosa con sus labios apretados en un gesto adusto. Charlie quería convencerse de que solamente para satisfacer a su mujer había encendido la luz. De esta manera se armaba contra el desprecio a la debilidad que su madre le había inculcado.

—¡Eres tan bueno, tan considerado, tan extraordinario! —suspiró Bedelia—... Estoy segura de que es muy desagradable para ti el dormir con la luz encendida.

—¡Oh!, ya me voy acostumbrando —contestó Charlie sintiendo deshélársele los fríos y entumecidos labios mientras contemplaba la hermosa carne de su mujer, sus rosados labios y la curva de sus mejillas.

—¿Por qué vive aquí arriba en el bosque? ¿Es que quiere usted esconderse?

Así preguntó Abbie, con su típico desenfado. Ellen, desaprobándolo, se desplazó al extremo más apartado del frío asiento de cuero. Ben había ido con su coche al pueblo a recoger a las muchachas y las conducía a su casa. Aunque llevaban levantados los cuellos de sus abrigos, las manos recogidas en sus manguitos y las piernas envueltas en mantas, resultaba todavía una tortura correr a cincuenta kilómetros por hora a través del campo.

La curiosidad de Abbie era un eco de la ciudad. ¿Por qué un hombre que podía vivir confortablemente cerca de sus vecinos había escogido una solitaria casa en el bosque para los meses de invierno?

—Un capricho —dijo Ben—. He querido intentar la pintura del país en los rigores de la estación.

—¿Pero por qué tiene usted que vivir tan salvajemente? ¿No podría pintar lo mismo si viviera de un modo confortable?

—No estaría mejor en un piso de Nueva York —dijo Ben. Esto era cierto. Pues aunque la casa estaba lejos y solitaria, era moderna y tenía calefacción y agua caliente. La había alquilado al juez Bennett, cuya familia la habitaba solamente desde el primero de junio hasta el martes después del Día del Trabajo, en que regresaban a su casa de piedra, colindante con la de los Walker, en el centro de la ciudad.

—Está fuera de la carretera principal —continuó Ben—; pero con el auto eso no es un inconveniente. Asa Keeley y sus muchachos me cortan la leña y hacen los recados.

—Además —reconoció Ellen—, tiene a Charlie y Bedelia como sus más próximos vecinos.

—Y a Hannah —dijo Ben sonriendo—. Hannah me proporciona más noticias sobre el pueblo que el periódico de usted, señorita Walker.

—Lo creo —dijo Ellen—. Y espero que no tenga usted esqueletos en su retiro, porque Hannah y sus hermanas y primas trabajan en la mitad de las casas del pueblo y ningún secreto es seguro. Es prima de Mary, la de los Horst, ¿lo sabía usted?

—¿Puede usted suponer que no lo sepa? Estoy convencido de que apenas un botón salta de mi camisa, Hannah se lo telefona a Mary, y ésta se lo dice a Bedelia, y cuando la veo de nuevo la sorprendo contándome los botones. —Ben hizo una pausa mientras reían las jóvenes—. Lo más reciente es el asunto de los cigarros —dijo confidencialmente—. Parece que Bedelia tiró los cigarros que regalé a Charlie para Navidad. Había oído en alguna parte que los cigarros son malos para la digestión, y

no quiso que él los fumara. Hannah dijo que Charlie le había hecho prometer que no me diría nada de ello, para no herir mi susceptibilidad.

—A mí Bedelia me parece espléndida —dijo Ellen—. Cuida muy bien de Charlie.

La casa de los Horst estaba al lado de la carretera principal, exactamente en el empalme con el camino secundario que conducía a la finca de Bennett. Al desviarse de la carretera todos miraron hacia la casa de los Horst y vieron las luces encendidas en el dormitorio de la fachada.

—Llegarán un poco más tarde —explicó Ben a las muchachas—. Les he dicho que vinieran a las seis y media. Quiero enseñarles a ustedes mis cuadros antes de comer.

—¿No querrían verlos también ellos? —preguntó Abbie.

—Bedelia los habrá visto ya sin duda alguna —hizo notar Ellen, agriamente.

Si no hubiera tenido las piernas trabadas por las mantas, Abbie le habría dado un puntapié para castigar su atrevimiento.

—Los ha visto varias veces —declaró Ben, aparentando no haber entendido la insinuación de Ellen—. Es una crítica excelente.

Ben parecía deseoso de exhibir su obra. Apenas dio tiempo a las muchachas para quitarse sus abrigos y sombreros antes de precipitarse en el dormitorio del norte, que le servía de estudio. Excepto un caballete de pintor, un sillón y una mesa manchada de pintura, el cuarto estaba casi vacío. Ninguna tela pendía de los muros, pero unas cuantas estaban apiladas contra las paredes.

—No es que quiera poner un disculpa, pero siento que tengan que ver mi obra con luz artificial —dijo Ben mientras inclinaba la lámpara para que su luz cayera sobre el caballete. Les enseñó sus cuadros, uno por uno, con paciente atención, hasta que sus invitadas estuvieron satisfechas. Su trabajo era crudo, pero no le faltaba vigor. Su pintura revelaba ciertas características que sus amables maneras mantenían ocultas. Era complicada y cruel, y buscaba el fondo de las cosas sin preocuparse de lo superficial.

—¿Usted es *fauve*^[5], verdad? —inquirió Abbie.

—No intencionalmente. Pero quizá sea mi modo de ser.

—Después de ver su obra creo que tengo miedo de usted.

Él se volvió a Ellen y le preguntó:

—¿Usted me cree peligroso?

Ella bajo la vista, evitando así la contemplación de la pintura que estaba sobre el caballete: era una granja roja junto al río Silvermine, motivo favorito de los artistas que iban al sur de Connecticut. Ellen había visto muchas interpretaciones del mismo asunto, y la de un famoso ilustrador de revistas había servido para los calendarios que distribuía para Navidad la compañía de seguros en que trabajaba Wells Johnson. Ellen siempre la había contemplado como una escena tranquila; pero el cuadro de

Ben la ofrecía torturada, obstruido el río por la maleza, y en el color dorado del follaje de otoño había toques de crudeza invernal.

—Es atrevida —comentó Abbie (aunque dándose cuenta de lo que a él le interesaba era la opinión de Ellen)—. Al principio choca; pero cuando uno se acostumbra resulta muy agradable. Como Strawinsky.

—Estoy segura de que nunca podría gustarme.

Ellen hablaba con entera franqueza. Y si deliberadamente se hubiera propuesto contrariar a Ben Chaney, no podía haber elegido método más efectivo. Abbie trataba de hacerle señas con los ojos.

—Al principio —prosiguió Ellen, ignorando las insistentes señales de Abbie— pensé que su trabajo me disgustaba porque usted escogía, intencionalmente, cosas feas para pintar: como escenas arrabaleras y cubos de basura. Pero ahora veo que además usted puede convertir bellos asuntos en algo odioso y repelente.

—Trato de pintar lo que veo, y de ver las cosas como son.

—Pues entonces usted descubre fealdad donde otros encuentran belleza.

Se encogió de hombros.

—Puede ser que usted tenga razón. No soy sentimental.

Percibieron el *Oakland* de Charlie resoplando al coronar la cuesta, cerca de la casa de Ben. Este dijo:

—Probablemente ustedes ya han visto bastante —y las condujo fuera del estudio.

Ellen se sintió satisfecha de volver al resplandor de los leños. Arrastró su silla cerca del hogar y se estremeció como si saliera de una nevera.

Ben y Charlie bebieron coñac, mientras las señoras tomaron jerez. Bedelia llevaba un vestido de crespón de China, negro, fruncido en las caderas y estrecho en el ruedo. El cuerpo era de talle bajo, pero lleno de volantes rizados de encajes blancos. El vestido era a la vez recatado y atrevido. Ninguna mujer podía criticarlo, ni ningún hombre dejar de advertirlo.

—Siento que habrá un hombre de menos esta noche —explicó Ben—. Mi amigo, el que yo quería que ustedes conocieran, no ha llegado.

—Así nos lo dijo Mary —contestó Bedelia.

—Hay nieves y heladas en el Oeste medio —prosiguió Ben—. No circulan los trenes. Yo creía que había llegado a Nueva York esta mañana, pero he recibido un telegrama en que me dice que no ha salido de Saint Paul.

Bedelia dejó repentinamente su vaso en la mesa con un brusco movimiento, y se derramó algo de vino. Sonrió tristemente.

—¿Es que algo no va bien?

Sus ojos se cerraron e inclinó la cabeza.

—¿No se siente usted bien? —insistió Ben.

—Estoy un poco resfriada. Y tal vez alguien se haya acordado de mí en este

momento. —Se enderezó y sonrió a Ben tranquilizadamente, cómo para demostrar que el vino derramado y su repentino susto no tenían ninguna importancia.

En la sala reinó silencio por unos segundos; al que puso fin Abbie preguntando con voz penetrante:

—¿Quién era ese invitado?

—¿Qué importa, si no va a venir? —interrumpió Ellen.

—Podríamos, al menos, tener el gusto de saber qué nos hemos perdido —contestó Abbie con venenosa e inoportuna intención.

—Un amigo mío —dijo Ben.

—¿También artista?

—No. Es hombre de negocios: propietario de un almacén; de dos, mejor dicho. — La inquieta mirada de Ben había recorrido toda la habitación. Sus ojos estaban otra vez fijos en la cara de Bedelia.

—¿Les gusta mi vestido nuevo? —preguntó ella, dirigiéndose a todos. Pero el subterfugio no fue muy satisfactorio, pues era evidente para los reunidos que había hecho un desesperado esfuerzo para desviar la conversación.

—¡Asombroso! —dijo Abbie—. Parece hecho en París.

—Me lo he hecho yo misma.

—¡No!

—Sí, se lo ha hecho ella —dijo Charlie, que se había enterado de ello aquella misma tarde, mientras se vestían.

Abbie movió la cabeza:

—Es usted una maravilla, Bedelia. Yo hubiera jurado que era un modelo traído del extranjero.

—¡Gracias! —y Bedelía sorbió un poco de jerez.

—Así es como debe usted posar para su retrato, Bedelia. Quiero que se ponga este mismo vestido —dijo Ben.

—¡Un retrato de Bedelia! —exclamó Charlie.

—No le sabrá mal que pose para mí, ¿verdad?

—No, de ninguna manera,

—¡Oh, Ben! —dijo Bedelia, con significativo movimiento de cabeza—: ¿Por qué ha hablado usted? Ha revelado la sorpresa.

—Lo siento.

—¿Una sorpresa para mí? —preguntó Charlie.

—Para tu cumpleaños, querido.

—Nada podría complacerme más. —Y dirigiéndose a los otros agregó—: Sabrán ustedes que no tengo ningún retrato de Bedelia, ni siquiera una fotografía.

—El señor Chaney no debería pintar a Bedelia —dijo Ellen.

—¿Por qué no? —inquirió Charlie—. ¿Por qué no ha de pintar el retrato de

Bedelia?

—¿Has visto sus pinturas?

—Frecuentemente. ¿Por qué te muestras tan contraria?

Ellen les tuvo en suspenso mientras reflexionaba un poco. Finalmente, dijo:

—Bedelia es bonita, y Ben parece solamente interesado en hacer que las cosas parezcan feas.

—Eso es injusto. Ya he dicho que yo intento pintar *tal* y como veo, sinceramente.

—Nunca podría sorprender nada feo en Bedelia —declaró Charlie con vanidad.

—Pero ¿has visto lo que ha hecho con la granja encarnada? Ha logrado descubrir lo lúgubre en tan pintoresco sitio.

Hannah anunció que la comida estaba servida.

—No se puede descubrir el lado malo donde no lo hay —arguyó Charlie—. No le temo a que pinte el retrato de Bedelia.

—Tendré interés en ver el trabajo terminado —dijo Ellen.

—Usted será la primera que tendrá ocasión de criticarlo —dijo Ben al mismo tiempo que se levantaba y los guiaba hacia el comedor.

La comida empezó con almejas, como previamente había informado Mary a Bedelia. Ésta había prevenido a Charlie en contra del primer plato, y, él se contentó con mordisquear una galleta salada.

Ellen le preguntó por qué no comía.

—¿No será otra vez dispepsia, Charlie?

—Es que no tengo apetito. —Y con la esperanza de evitar más discusiones agregó—: Estás extraordinariamente guapa esta noche. ¿Qué te has dado, Nellie?

La bonita tez de Ellen volvióse de color escarlata. Hacía mucho tiempo, cuando Charlie le había enseñado a jugar al tenis y se sentaba junto a ella en los carros de heno, la llamaba Nellie. *Acompañando a Nellie a casa* era canción que desentonando, pero alegremente, solía cantar. Nellie sintió el calor de la sangre y temió que sus ardientes mejillas revelaran su confusión. Pero el rubor le iba bien, pues Abbie le había prestado un vestido de lana gris ribeteado de seda color cereza.

—¿Cuál es el secreto, Nellie? ¿Es el amor la causa de tu florecimiento?

Hannah colocó un plato de galletas calientes entre los dos. Ellen, con aire severo, untó de mantequilla las suyas. Desalentado por su extraordinaria tensión, Charlie se dedicó a escuchar lo que hablaban Ben y Abbie. Bedelia les escuchaba también, sin tomar parte en la conversación.

—Primeramente —Ben decía a Abbie— pensé pintarla tal como la vio Charlie aquel día en la terraza del hotel. Toda de negro, de viuda. Como fondo, los peñascosos picos de las Rocosas simbolizando la crueldad e indiferencia de la Naturaleza y la dureza del mundo, contra las que una frágil mujer debe pelear.

—Me parece asombrosa. ¿Y por qué ha cambiado usted de pensamiento?

—Porque aquí, evidentemente, faltan montañas para mi composición.

—¿Pero no podría usted hacerla tomándolas de alguna fotografía?

—No es mi método de trabajo. Y, además, mi modelo ya no sería la frágil y ardiente viuda perseguida por nuestro amigo Charlie desde el salón del hotel a la terraza. Encontré el relato muy romántico cuando lo escuché por primera vez, y estuve tentado de pintar más de imaginación que directamente del modelo.

—Pero la historia es verdadera.

—Sí. Pero el sujeto ha cambiado. En lugar de la viuda melancólica vemos una feliz mujer. Sus líneas ya no son angulosas, sino... —y explicó la idea gráficamente con sus manos—. Se trata de hacer el retrato de una mujer que está satisfecha de su existencia porque ha logrado su más fundamental misión: hacer la vida agradable a un hombre.

—Muy halagador —dijo Charlie.

—¡Presumido! —gritó Abbie, jugando con el brazalete indio que llevaba sobre su estrecha manga de satén.

Ben vio que sus invitados habían terminado con las almejas y tocó el timbre para llamar a Hannah. Después se volvió hacia Bedelia y le dijo:

—Cuando pose usted para su retrato debe llevar la perla negra.

—¡Perla negra! —exclamó Abbie mirando a Bedelia con gran respeto—. No nos diga que usted posee una perla negra.

Bedelia miró a Charlie. Era una suerte —parecía decirle con los ojos— que, respecto al regalo de Abbie, se hubiera seguido su plan. Ben pudo haberles creado una dificultad al recordar que había visto a Bedelia llevando el anillo.

—¡Oh!, pero es una imitación —explicó ella—. Lo escogí en la tienda de novedades de Nueva York. Me costó cinco dólares. A Charlie le parecía que era una baratija; pero yo soy tan poco entendida que me hacía el efecto de ser auténtica.

—Pues es una imitación notable —dijo Ben—. No soy perito en joyas, pero la primera vez que la vi me pareció que el platino y los diamantes eran auténticos y que la perla valdría por lo menos mil dólares.

Abbie jugaba con su brazalete y preguntó:

—Parece asombroso. ¿Y por qué no la lleva, Bedelia?

—Mi marido no quiere que lleve piedras falsas. —Bedelia hablaba sin resentimiento, haciendo, simplemente, constar el hecho.

—Siento haber sido yo quien hiciera recaer la atención sobre el anillo aquella noche —dijo Ben—. Tal vez si no lo hubiera admirado tanto, Charlie nunca se habría fijado en él.

—¡No fijarse en una perla negra! —gritó Abbie, como si se tratara de un pecado mortal.

Charlie deseaba que cesara la conversación sobre aquel asunto.

—Naturalmente que se fijó —dijo Bedelia—. Era demasiado visible para que no lo advirtiera. Pero, para no herir mis sentimientos criticando mis gustos, dominó el suyo, aunque detestaba el anillo.

Charlie suspiró.

—Mi sensible oído percibe las agudas notas de una querrela doméstica —anotó Abbie, vivamente.

—Charlie y yo nunca discutimos; ¿verdad, querido?

Otra vez sintió Ellen —como siempre que las personas se mostraban cariñosas en exceso o empleaban demasiados mimos y diminutivos— que bajo la capa del dulce existía algo amargo.

Hannah sirvió el asado con budín de Yorkshire y varias guarniciones. Charlie apenas probó la comida y sólo se mojó los labios con el borgoña. La cabeza había empezado a pesarle.

—Nervios —se dijo despectivamente—. Nada más que nervios.

Pero empezó a ver en lugar de la mesa redonda de la señora de Bennett, puesta con su buena vajilla de diario, la cuadrada esquina de la mesa en la *Taberna de Jaffney* y otra vez a Ben como invitado. El cuadro, en la cabeza de Charlie, era de escuela impresionista, todo ángulos y desarmonía; un mantel fulgurante, una botella de vino del Rin de largo cuello y la mano de Bedelia, tendida a través de la mesa sobre una fuente de langosta con rodajas de limón, posada en la sudorosa mano de Ben; y éste, inclinado sobre ella para examinar la perla negra. Charlie, de hábitos observadores, podía haber jurado que nunca había notado la sortija hasta aquella noche, pero Bedelia le aseguró que la había estado llevando toda aquella semana. Charlie había reflexionado respecto a aquella escena y, analizando sus emociones, atribuyó a su mal carácter el relámpago de celos abrasadores que le paralizó cuando vio la mano de su mujer en la de Ben.

—Eres un mezquino —le dijo Abbie, ignorando que hería en lo vivo—. ¡Y cómo te pareces a mi querida tía Harriet! Creo que oigo a tu madre: «¡Charlie... No me gusta ver a nadie de mi familia adornada con joyas falsas».

La burla era certera. Abbie había captado la cualidad que había hecho de la difunta señora Horst una mujer tan molesta.

—Bueno. Soy un mezquino. Lo reconozco y lo lamento.

—Desde luego, él tenía razón —siguió Bedelia—, cada cual tiene su propio gusto, y el de Charlie es mucho mejor que el mío; además, me sentiría desconsolada por llevar algo contra el suyo.

—¡Bravo! —gritó Abbie—. Un discurso verdaderamente femenino y de mucho más éxito —dirigiéndose a Ellen— que ninguna de tus actitudes feministas.

—Mi mujer es extraordinaria —proclamó Charlie—. En vez de hacerme reproches, como muchas hubieran hecho, tiró el anillo.

—¡Tiró el anillo! ¡No es posible! —chilló Abbie.

La cara de Ben se con trajo.

—Lo tiró porque a mí no me gustaba —dijo Charlie.

Bedelia bajó modestamente sus ojos.

—Yo nunca me hubiera desprendido de él —dijo Abbie—. Pero es la diferencia, supongo, entre una esposa capaz y una fracasada como yo. Si alguna vez vuelvo a casarme acudiré a usted, Bedelia, para que me aconseje.

—Gracias, Abbie, —y Bedelia se arregló sus volantes. En su mano derecha lucía el regalo de Charlie para Navidad: el anillo de oro con granates.

De postre tuvieron pastel de frutas y carne picada. A Charlie no le sirvieron, y en lugar del pastel tomó flan. Esto, desde luego, era cosa de Bedelia, que conocía los platos de antemano, por Mary, y le hizo preparar a Hannah un postre sencillo para el señor Horst.

Charlie comió sólo una pequeña parte del flan y se sintió peor que antes. El dolor de cabeza se había convertido en un sordo tamboreo.

Cuando Hannah pasó el queso, Charlie se sirvió un poco en su plato. Bedelia, meneando significativamente la cabeza, dijo:

—Gorgonzola, no, Charlie.

Fue como un medio susurro, pero todos lo oyeron y se rieron. Más tarde, después del ataque de Charlie, todos se acordaron de la advertencia de Bedelia.

La reunión concluyó pronto. No había sido una noche muy afortunada. La comida estaba demasiado fuerte, y los invitados, adormilados Charlie y Bedelia se marcharon a las diez y media. Fue un acierto que no permanecieran más tiempo, pues de haberlo hecho, el ataque le hubiera dado a Charlie en la casa de Ben con la consiguiente confusión.

No llevaba en su casa diez minutos cuando ocurrió. Bedelia se había ido arriba, precediéndole, porque Charlie nunca se acostaba sin comprobar que todas las cerraduras estaban echadas y la caldera de la calefacción apagada.

Cuando Charlie entró en el dormitorio, ella estaba de pie ante el espejo de pared, con su corsé de seda negro. Charlie pensó que ése era el adorno más seductor que jamás le había visto, y siempre que lo descubría se entusiasmaba.

Ella vio la cara de Charlie por el espejo.

—¡Oh Charlie!, querido mío, ¿es que no te encuentras bien?

—Estoy completamente bien —contestó.

—Te has sentido mal en casa de Ben, lo sé. Por eso sugerí que nos viniéramos pronto a casa. Tienes muy mal aspecto.

La figura de Charlie, reflejada en el alto espejo de pared, mostraba sus ojos hundidos, los labios sin color y la tez color verde pistacho. Pero había decidido no estar enfermo, alzó los hombros y empezó a desnudarse rápidamente.

Bedelia le preparó un calmante. Su mano temblaba mientras vertía los polvos de los papeles azules en el agua tibia...

—Bébelo de prisa y no sentirás el gusto —le dijo.

Mientras él bebía el espumoso preparado, ella lo observaba ansiosamente.

—¿Te encuentras mejor ahora, corazón?

En aquel momento se sentía mejor y miraba cómo Bedelia se aflojaba los cordones del corsé.

—Si no fueras mi mujer diría que pareces un poco disoluta con ese corsé.

Bedelia se resintió:

—Si éstos son los juicios que te provoca, nunca más volveré a llevarlo.

—No seas tan susceptible, Bidy. Quise decirlo como un elogio. La mujer que ha tenido dos maridos sabe que un toque sugestivo atrae la mirada masculina. Como Herrick dijo: «Un cierto desorden en la ropa, inflama...»

No llegó más lejos en la cita de Herrick. Bedelia, que había ido al cuarto de vestir por su bata de noche, le oyó balbucear la última palabra. Volvió rápidamente, viendo que había empezado a vomitar. Estaba doblado, apoyándose contra la madera de los pies de la cama. Luego, vacilante, se inclinó hacia atrás, soltó el pie de la cama y cayó.

Por un instante se quedó como petrificada, de pie en la puerta del cuarto de vestir, con su mano crispada sobre el picaporte de porcelana. Charlie estaba tendido en la alfombra color rosa; blanco y silencioso como un muerto. Su mujer abrió penosamente los dedos soltando el picaporte y cruzó el cuarto. Sus rodillas temblaban de tal modo que su andar parecía el de una mujer borracha, y cuando se arrodilló a su lado y levantó su muñeca, no pudo tomarle el pulso, porque su propia mano temblaba demasiado.

Mary se levantó temprano la mañana siguiente. Le costaba contenerse y esperar a que fuera más tarde para llamar a Hannah, sin molestar a los Horst o al señor Chaney.

—¿A qué no adivinas? —le dijo finalmente, cuando hubo cobrado bastante valor para usar el teléfono.

—¿Hen Blackman se te ha declarado? —contestó Hannah, tratando de adivinar. Hen Blackman era el acompañante formal de Mary. Pero ella tenía tantas ganas de esparcir la noticia que no se preocupó más en torturar a Hannah y estalló:

—El señor Horst está seriamente enfermo y anoche casi se muere. Vino el doctor, al que tuve que sacar de un baile.

—¡El señor Horst! ¡Pero si cenó aquí! Debe haber sido muy repentinamente. ¿Qué tiene?

—¡Está envenenado!

—No digas eso. ¿Envenenado? ¿Con qué?

—Con algo de lo que comió —dijo Mary.

Hannah comunicó a Ben Chaney las noticias al servirle el desayuno.

—No puede ser nada de lo que comió en casa. Nadie más está enfermo, ¿verdad?

—Mary hablaba como si fuera mi cocina la causante del mal, pero yo le digo a usted...

Antes de que ella pudiera decirle más, Ben Chaney había corrido al teléfono. Dio un portazo en el estudio, lo cual demostró a Hannah que no quería que oyera su conversación. Trató de comunicarse con el doctor Meyers, pero había salido a una visita, y no pudo hablarle. Después mantuvo dos conferencias telefónicas, una con Nueva York y otra con Saint Paul. Luego se cambió la blusa de pintor por una chaqueta de lana, se puso el sobretodo, se encasquetó el sombrero y salió de la casa antes de que Hannah pudiera preguntarle si volvería para almorzar.

No tocó el timbre de la puerta de Horst, sino que siguió el camino de detrás de la casa, y dio unos golpecitos en la ventana de la cocina. Mary se apresuró a abrir la puerta, alisándose el pelo y secándose las manos con su delantal.

—No he querido tocar el timbre, por si el señor Horst estuviera durmiendo. ¿Cómo está?

—Todavía duerme.

—¿Y la señora Horst?

—Le he subido el café a la cama. Dice el doctor que debería pasarse esta mañana acostada, pues está rendida.

Ben se quitó el abrigo y tomó asiento en una de las sillas de la cocina.

—¿Puedo fumar?

Mary le dio permiso con un gesto amable.

—¿Le apetece algo de comer, señor Chaney? ¿O prefiere una taza de café? Acabo de hacer una cafetera por si alguien lo pide con prisa. En circunstancias extraordinarias siempre es bueno tomar café caliente.

—Si no es mucha molestia, café, Mary.

Ésta sacó una taza de Limoges de la despensa. Y cuando Ben sugirió que ella debía sentarse y tomar café con él, Mary apenas podía ocultar su complacencia. Llenó de café un pesado tazón de cocina, pero pretendió ser elegante y lo sirvió, como lo hacía la señora Horst, en la mesa del comedor.

Él le preguntó un gran número de cosas, lo que no extrañó a Mary, pues la gente de los pueblos no oculta su curiosidad por los asuntos de los demás. Mary le dijo, precisamente, lo que ya había dicho a Hannah y que era todo lo que sabía.

—¿Van a traer una enfermera profesional? ¿Ha dicho algo el doctor en ese sentido?

Mary movió negativamente la cabeza. El doctor le había dicho la noche anterior que la señora deseaba cuidar ella misma a su marido, y añadió que ella, Mary, iba a

encargarse del manejo de la casa.

—La señora Horst prefiere cuidar ella misma al señor, dejándome a mí encargada de la casa, antes que tomar a una enfermera forastera. Teniéndome a mí al frente de la casa ella puede cuidar al señor muy bien. Prefiere hacerlo así.

Ben miraba a través de la ventana cómo ascendía la bruma del suelo húmedo.

Mary gritó, de pronto:

—¡Oh! —y se aplicó ambas manos sobre el corazón.

Ben se volvió y vio a Bedelia en la puerta de la cocina. Él quedó no menos sorprendido que Mary. Bedelia había llegado silenciosamente y permanecía tan quieta que semejaba una aparición surgida de la oscura atmósfera del corredor.

Ben se levantó y se acercó a ella. Tomándole la mano, le dijo:

—¡Bedelia! Buenos días. ¿Cómo está usted?

Ella no le devolvió el saludo y permaneció inmóvil, mirando sin ver, como si no se hubiera dado cuenta de su presencia. Estaba muy agitada, moviendo nerviosamente los labios, y sus párpados estaban tan cerrados que los ojos parecían dos hendiduras sombrías.

—Señora Horst, ¿qué le pasa? ¿Puedo ayudarla en algo? —dijo Mary.

Bedelia se encogió de hombros y los zarandó delicadamente, como si ahuyentara de sí un mal presentimiento. Sonriendo, deseó un buen día a Mary. Luego, miróse la mano derecha que estaba posada en la de Ben, y continuó sonriendo, pero de diferente modo. Su labio superior se curvó hasta enseñar los dientes mientras sus ojos miraban cautelosamente.

—Buenos días, Ben.

—¿Cómo está Charlie? Si puedo hacer algo por usted, Bedelia, debe decírmelo. Cualquier cosa.

—Es bueno tener amigos. En una ocasión como ésta es todo lo que se tiene... —hizo una pausa buscando la exacta expresión—... para darle a una valor. ¡Oh, Ben, si algo le sucediera a Charlie!

—No le ocurrirá nada —replicó Ben.

Bedelia dejó que Ben la condujera al estudio, haciéndola sentar en el sillón del rincón, cerca de la chimenea, y que encendiera el fuego de carbón.

Ella seguía agitada. Sus agudas uñas rosadas se clavaban en el cuero del brazo del sillón.

—¿Verdaderamente se siente usted bien, Bedelia?

—Esta misma pregunta me hizo Charlie la noche pasada, tan pronto volvió en sí. ¿Estaba yo bien? ¡Cualquiera hubiera creído que era yo la enferma!

Bedelia era nuevamente ella misma, otra vez, sosegada y cortés, toda suavidad y delicadeza.

Ben sentóse frente a Bedelia, y ambos permanecieron en silencio. Había

empezado a llover. El viento silbaba entre las desnudas ramas. El río embestía furioso contra las rocas. Ben miró sucesivamente la goteante ventana, las llamas azules del fuego de carbón, y después, nuevamente, a Bedelia, que tenía sus manos descansando, abandonadas sobre su regazo. Parecía sumergida en un completo letargo, como si la nerviosidad y agitación precedentes la hubieran dejado exhausta.

Mary apareció de pronto en la sala. Bedelia la miró fijamente sin verla. Asustada, Mary dijo:

—¡Señora! —su voz era vacilante.

Bedelia se deslizó hacia adelante en su silla. Sus ojos se abrieron y sus manos volvieron a ponerse tensas otra vez.

—¿Le pasa algo al señor? ¿Sucede algo arriba?

Mary hizo un gesto negativo con la cabeza. Los había interrumpido únicamente para decirle a la señora que la señorita Ellen Walker había llamado para comunicar que estaba enterada de lo ocurrido al señor y ofrecía su ayuda.

—Gracias, Mary —susurró Bedelia y abrazándose las rodillas miró el fuego como si estuviera sola en el gabinete.

Pocos minutos después llamó a la puerta de la casa el doctor Meyers, y Ben corrió a abrir.

—Buenos días. ¿Cómo está el enfermo? —preguntó el doctor mientras se quitaba los chanclos. Luego, dándose cuenta de que era Ben quien le abriera la puerta continuó—: Mi mujer me ha dicho que usted llamó esta mañana. ¿Necesita verme para alguna cosa?

—Después que usted haya visto a Charlie hablaremos.

Bedelia subió con el doctor. Ben tomó el *National Geographic* y examinó los mapas del Cáucaso. Mary entró en el gabinete con un trapo de limpiar el polvo y preguntó si su trabajo lo perturbaría. Ben no le contestó, y Mary fue limpiando el polvo tan suavemente como si los muebles también estuvieran enfermos. Pasado un rato, Bedelia volvió abajo con ojos húmedos y brillantes. Aspiró su pañuelo de mano, que estaba perfumado con esencia de flores.

—Tarda mucho el doctor —dijo Ben.

—Sí. Ha querido saber todo lo que Charlie ha comido este mes. Y usted conoce a Charlie. Nunca se acuerda, de un día para otro, de lo que ha comido.

Se había puesto una bata de casa, de lana, color castaño, con tiras de terciopelo negro, y sujetado el pelo con una cinta color castaño, también. Su boca de muñeca era tan roja como una cereza.

—Va a enfermar usted, si se preocupa tanto —dijo Ben—. Si es intoxicación por la comida, como supone el doctor, Charlie estará bien en pocos días.

Ella se refugió otra vez en el sillón de cuero. Parecía que las llamas no le daban calor, porque se frotaba las manos y se estremecía.

—Toda mi vida he tenido poca suerte.

El viento hizo eco a su suspiro. Cuando el doctor bajó, Bedelia saltó literalmente de su silla y preguntó:

—¿Cómo está?

—Mucho mejor. Su pulso es lento, pero no hay peligro. Tendrá usted que obligarle a guardar cama unos días y cuidarlo en su alimentación. Ha sido una conmoción de todo su sistema. —Bedelia asintió—. Charlie me ha dicho que usted le dio unos polvos ayer noche. ¿Por qué no me lo dijo?

—Solamente era bromuro. No es posible que le hiciera daño.

Ben estaba rígido. Nada en él, excepto los ojos, parecía tener vida. Buscaba la expresión del doctor y luego se fijaba en Bedelia, permaneciendo allí como petrificado.

—¿Qué clase de bromuro? —preguntó el doctor Meyers.

—Es una receta que un famoso especialista de San Francisco prescribió para una señora anciana con la que yo trabajé.

—¿Y usted se lo ha dado a Charlie?

Bedelia asintió.

—¿No sabe usted que es peligroso dar medicinas que han sido prescritas para otras personas?

—No existía nada peligroso en esto. Frecuentemente lo he tomado yo misma, para malas digestiones. ¡Son tan pesadas!

—Me gustaría ver esos polvos dijo el doctor.

Bedelia salió de la habitación. Los dos hombres siguieron su figura hasta que la perdieron de vista. Entonces, Ben dijo:

—Envenenado por la comida, ¿cree usted, doctor, que es ésa, con certeza, la causa de la enfermedad del señor Horst?

El doctor Meyers, agraviado por el tono autoritario de un hombre que no formaba parte de la familia y era escasamente algo más que un forastero en el pueblo, se inclinó para atarse un cordón de sus zapatos.

—Tengo entendido que comió en su casa la última noche, señor Chaney.

—Varias personas cenaron ayer en mi casa. Todos comieron los mismos platos. Ninguna otra sintió nada.

—La señora Horst dice que Charlie tomó un postre que le sirvieron especialmente, un flan. Los demás tomaron pastel. ¿De qué hicieron el flan?

Ben se encogió de hombros.

—Hannah Frost, mi sirvienta, podrá decírselo. Pero difícilmente puedo pensar que un plato tan sencillo pueda haber sido la causa. El resto del flan está, probablemente, en la despensa, y a su disposición, si usted quisiera hacerlo analizar.

El doctor descolgó su abrigo, y de espaldas a Ben, preguntó:

—¿Por eso quería usted verme, señor Chaney? ¿Porque uno de sus invitados se envenenó con algo que comió? Cuando yo descubra qué causó la intoxicación se lo haré saber. —Y se envolvió el cuello con su bufanda de punto, excesivamente vistosa.

—¿No piensa usted que debiera llamarse a una buena enfermera?

El doctor se volvió bruscamente. Puesto que él había sugerido la conveniencia de una enfermera y cedido luego a la opinión de Bedelia, en detrimento de la suya, la pregunta le irritó.

—¿Por qué tiene usted tanto interés, señor Chaney?

—Como amigo, quiero que las cosas se hagan de la mejor manera para el bien de Charlie. Además —Ben se acercó al viejo médico—, hemos de pensar en la salud de Bedelia. ¿Cree usted que es bastante fuerte para cuidarlo... en su estado?

Bedelia surgió en aquel momento de la sombra de las escaleras, corrió hacia el doctor, oprimió su brazo y dijo:

—¡Voy a tener un hijo!

—¡Oh! Me estaba usted preocupando. Está engordando. Mejor será que la reconozca uno de estos días.

—Me encuentro bien. Nunca me he sentido mejor en mi vida —contestó Bedelia, y en seguida le entregó una caja llena con los paquetitos de polvos sedantes.

—Aquí los tiene usted, doctor. Mandé prepararlos en la droguería de Loveman. El señor Loveman sabe de qué se trata.

El doctor guardó la caja en el bolsillo de su sobretodo.

—Encuentro bastante bien a Charlie. Déjelo descansar y que coma ligeramente. Volveré mañana.

Abrió la puerta, y entró una ráfaga de aire frío.

—Adiós, señor Chaney —saludó el doctor, y cerró la puerta de golpe.

Bedelia quedó con su mano en la barandilla de la escalera, mirando la puerta por donde se había ido el doctor. La lluvia golpeaba con triste monotonía en el tejado. Corrientes de aire templado de los radiadores se movían por la casa, pero no conseguían vencer la atmósfera helada del vestíbulo. Bedelia tiritaba. Cuando se dio cuenta de cuán insistentemente la observaba Ben, alzó los hombros delicadamente, volvióse y entró en el estudio.

CONTRATIEMPO DE CHARLES HORST

Un arquitecto de la localidad sufre un percance

Ellen escribía a máquina el relato en una Oliver que tenía rota la D. Su mano, vacilante, cometía más equivocaciones que de costumbre. El doctor Meyers la había tranquilizado sobre el estado de Charlie, que no era peligroso, y Mary le había dicho que estaba descansando apaciblemente.

«El señor Horst contrajo matrimonio en agosto último con la señora Bedelia Cochran, viuda del finado Raúl Cochran, distinguido artista de Nueva Orleans».

El escritorio de Ellen estaba en una fila de destrozadas, polvorientas y desvencijadas mesas de escribir, en un desván ruidoso, con suelo de cemento, paredes revocadas y eco ensordecedor.

«Se conocieron en las Fuentes del Colorado, donde el señor Horst había ido de vacaciones después de la muerte de su madre, la señora Harriet Philbrick Horst, una de las más estimadas señoras de nuestra ciudad».

A las doce y cinco cubrió su máquina de escribir y dejó la oficina. Circulaban rumores, esparcidos por la ciudad, de que *madame* Schumann-Heink estaba a punto de llegar de Nueva York con objeto de visitar a una familia de músicos que recientemente había comprado una casa en la vecindad. Aunque la estación del ferrocarril estaba sólo a trescientos metros de la redacción del periódico, la lluvia era tan torrencial que Ellen tuvo que tomar el autobús.

El viento soplaba furiosamente y el paraguas no servía de nada. Las faldas de las mujeres se levantaban más arriba de sus altos zapatos, pero los maliciosos muchachos que acostumbraban huronear por las esquinas de las calles, con la esperanza de atrapar una fugaz visión de media negra con rayas, habían buscado refugio en los cafés y salas de apuestas.

La estación del ferrocarril olía a neumáticos, lana húmeda y vapor. Ellen aguardó detrás de la chorreante vidriera, observando a los pasajeros que descendían del tren de Nueva York. Ninguno podía confundirse con Schumann-Heink. Vio a Ben correr por el mojado andén y pensó si se atrevería a pedirle que la llevara de regreso a su casa. Pero cuando notó que se encontraba con una mujer, le faltó decisión y se hundió en la sombra para que no pudiera verla cuando, con su compañera, saliera de la estación.

Ellen corrió, atravesando la lluvia, hacia el autobús. Los diez minutos del viaje parecían interminables. El almuerzo fue más pesado todavía, pues los padres de Ellen eran personas extraordinariamente juiciosas, maestros de escuela retirados, y no permitían murmuraciones en la mesa. Tan pronto como cortésmente pudo hacerla, arrastró a Abbie con ella al piso alto. Cerró la puerta del dormitorio y se lanzó a describir la escena de la estación del ferrocarril.

Abbie no se alteró.

—Si le hubieras hablado, probablemente te hubiera presentado a su querida madrina o anciana tía.

—No tenía aire de tía. Parecían profundamente absortos en lo que estaban hablando, como si les animara el mismo apasionante interés.

—Pero tú has dicho que parecía rústica y avejentada.

—Me refería a que no estaban románticos, sino excitados con alguna cosa.

Abbie echaba bocanadas de humo de su cigarrillo, y consideraba la fealdad del dormitorio de Ellen. Cuando eran inseparables compañeras de colegio, y Abbie fue al cuarto de Ellen a contarle sus secretos, la blanca cama de hierro estaba ya en el mismo rincón, el tocador estilo *Morris* y el escritorio aparecían adornados con las mismas fallas y cuadros. De las paredes pendían descoloridas fotografías del friso del Partenón, el Foro y el David de Miguel Ángel.

—¿Crees tú que Ben conoció a Bedelia antes de venir aquí? —preguntó Ellen.

—Eres una criatura muy suspicaz —dijo Abbie—. En mi vida he oído nada más mal intencionado. ¿Qué te hace creer eso?

—Porque él no tiene verdadero interés en nadie más. Es una especie de obsesión. ¿Te has fijado la manera con que siempre la observa?

Abbie estrujó la colilla de su cigarrillo en un platillo que, secretamente, tenía a propósito arriba. Para limpiar la atmósfera del humo del tabaco abrió la ventana.

—¿Y qué me dices de sus citas con otras mujeres? ¿Esos tés con Lucy Johnson? ¿Y contigo... y Mary, entre otras más?

—Para disimular sus verdaderas intenciones.

—¡Qué imaginación más poderosa! ¡Deberías escribir truculentos novelones baratos!

—Yo no soy suspicaz por naturaleza. Al principio pensé que esas ideas se debían a que sentía celos de Bedelia —dijo Ellen, haciendo, al decir esto, cierto esfuerzo. Pero estaba decidida a hablar con franqueza; rechinando los dientes, continuó—: Tú sabes que he intentado complacer a Bedelia y confiar en ella, y lo hubiera logrado de no ser por este asunto de Chaney.

Abbie estaba calentándose sobre la rejilla de la calefacción. Su falda con el aire caliente se ensanchó como si la sostuvieran aros.

—Has elegido una palabra muy fuerte... ¿Tú crees *eso* de Bedelia?

—No voy tan lejos. —La mirada de Ellen estaba fija en una instantánea de Charlie en un marco de rafia. Llevaba pantalón de franela para tenis y la raqueta, y su cabello era abundante.

—Mi deducción es que Chaney está enamorado de ella. Pero no se puede achacar la culpa a Bedelia. Es de aquéllas por las que los hombres se mueren. —Y Abbie se apartó del radiador de calefacción y su falda se ajustó a sus piernas.

—¿Morir por una mujer? Es bastante romántico, ¿no?

—Un poco exagerado. Quiero decir que Bedelia es mujer de hombre. Éstos se enamoran de ella, que se muere, a su vez, por los hombres, y ellos lo perciben.

Bedelia existe solamente por su hombre y toda su vida está enroscada alrededor de él; no podrá vivir sin uno al lado.

—¿Y nosotras, en cambio, sí podemos?

—Desgraciadamente —suspiró Abbie—, tú y yo, cariño, estamos demasiado lejos del harén. Tú te ganas la vida y la disfrutas. Yo tengo una renta y vivo adecuadamente sola. Los hombres no son nuestros señores, ni amos, y se sienten ofendidos por ello.

—Déjalos. El harén no contiene encantos para mí —dijo Ellen, enojada. Tomó uno de los cigarrillos de Abbie, se lo puso en los labios y aspiró el humo mientras aplicaba el fósforo.

Abbie la observaba con fulgor en los ojos. Crujieron las escaleras, pero Ellen no tiró el cigarrillo.

—¡Bravo! —susurró Abbie.

—Me gustaría más sin el perfume.

—Tenemos que ser femeninas.

—Es un contrasentido. O se fuma o no se fuma.

Abbie se rió. Se oía crujir el piso bajo los pasos de la madre de Ellen, lejos ya de la puerta. Si hubiera entrado, Ellen habría continuado con su cigarrillo en la mano, como si fumar fuera en ella vieja costumbre. El cigarrillo era no tanto un símbolo de desafío, sino la prueba de que había rechazado el harén.

Mientras se vestía para volver a la redacción, decidió no pensar más en Charlie y librarse de todos los recuerdos de él que desordenaban su cuarto. Se trataba no sólo del retrato de Charlie con pantalones de tenis, sino de viejos recuerdos de cotillón y amarillentos programas de baile, y de todos los regalos que él le había hecho, empezando con un ejemplar de *Elsie Dinsmore* que le llevó a la fiesta en que se celebró el noveno aniversario de su nacimiento.

Ahora que se sentía cómodo y libre de dolores, Charlie se inquietaba menos por su propio estado que por el efecto que éste le producía a Bedelia.

El chasco que la fatalidad había proporcionado a Bedelia era de mal gusto, pensaba Charlie. ¡Qué ironía, después de la casi repentina muerte de su primer marido, ver a su segundo esposo en las angustias de un ataque casi fatal!

—¿Te sientes verdaderamente bien, querida? —le preguntó por vigésima vez—. Estás un poco pálida. ¡Qué bruto he sido dándote un disgusto tan grande!

—No digas disparates, Charlie. No tienes tú la culpa.

—¿De quién, pues, es la culpa? Por ventura, ¿pretendes tenerla tú?

En los ojos de Bedelia reapareció la mirada perdida. Erguida al pie de la cama, sus manos apretaban firmemente su borde de metal.

—He sido un descuidado —continuó Charlie—. He trabajado demasiado y disfrutado con exceso de mis vacaciones y no he descansado bastante ni cuidado de

mi comida. He sido poco considerado conmigo mismo. Por tu conveniencia, corazón, debería haber sido más cuidadoso.

Los ojos de Bedelia se llenaron de lágrimas. Se los secó con el dorso de las manos, y Charlie, que vio en todo aquello los rasgos conmovedores y el desamparo de su infancia, se sintió hondamente conmovido.

—Ven aquí, Biddy.

Ella no se movió en seguida, después dio un indeciso paso hacia él.

—¡Dios mío!, ¿tienes miedo de mí? —inquirió Charlie. Se acercó, y él le cogió una mano. Charlie se sentía más cerca que nunca de su reservado y delicado espíritu; como si viera a través de las paredes de sus tejidos sus huesos y secretos; como si nunca hubiera existido Cochran alguno, ni ningún pasado que él no pudiera haber compartido, ni vacíos remotos difíciles de llenar.

Bedelia apretó su mano y le miró a los ojos, escudriñando, también, el pensamiento de Charlie, hacia aquella parte de él que ella desconocía.

El sonido del timbre de la puerta la hizo estremecerse y cuando oyó la voz del doctor Meyers las ventanas de su nariz se aplastaron y sus mejillas se hundieron. Sentía terror; se sentó en el borde de la cama y, buscando apoyo, se aferró a la cabecera.

—Mary, la hago responsable de la salud de la señora —oyó que decía el doctor—. Ella tampoco se siente bien, y no quiero que haga nada en la cocina. Usted debe guisarlo todo sin la menor ayuda de su parte.

—Sí, señor —sonó la voz de Mary con aire de vanidad.

—¿Ha almorzado, el señor?

—Sí, doctor. La señora le dispuso la comida tal y como usted indicó.

El doctor comenzó a subir la escalera.

—¿Cómo está usted, Charlie? —preguntó desde la antesala.

—Me siento magníficamente.

Mientras entraba en el dormitorio, el doctor inspeccionó la bandeja y el vacío tazón.

—¿Cómo le ha sentado el almuerzo? ¿Algún dolor? ¿Náuseas?

—¿Por qué ha vuelto usted? —preguntó Bedelia, con vacilante voz—. Dijo que no volvería hasta mañana. ¿Ha encontrado algo... referente a Charlie?

El doctor le contestó sin apartar la vista de Charlie. Parecía distraído, como si estuviera resuelto a no tener contacto con ella.

—He venido a decir que he cambiado de opinión respecto a lo de la enfermera. He llamado al registro y enviarán una mujer esta tarde.

Bedelia se puso de pie. Su falda había quedado enganchada en la cama y la soltó con un tirón falto de gracia, pareciéndole, por un momento, desconocida a Charlie.

—Pero usted me dijo que yo podía cuidarlo. ¿Por qué ha cambiado de opinión?

—Esperaba impaciente la respuesta del doctor. Su silencio aumentaba su alarma. Charlie vio cómo su pecho se movía agitadamente y cómo tenía que humedecerse con frecuencia sus labios resecos—. Haga el favor de decirme la verdad —terminó brevemente.

—Me preocupa más usted que Charlie, señora. Cuando dije que no se necesitaría enfermera, ignoraba su estado. Usted ha tenido una conmoción, y quiero prevenir efectos posteriores.

—Está peor de lo que usted me ha dicho, y no cree que yo sea capaz de cuidarlo, ¿verdad?

—Me temo que lo cuidaría demasiado bien, aún en contra de la propia salud de usted.

—Así que usted sabe nuestro secreto —dijo Charlie al doctor—. ¿Cuándo se lo dijo mi mujer?

—Esta mañana —respondió Bedelia, rápidamente—. El doctor insistió en que se fuera abajo y tomara un buen almuerzo.

—Yo no comparto esas costumbres femeninas. Estar tomando bocados aquí y allá, a cualquier hora. Usted necesita alimento, señora. Ha de comer para dos, ¿entendido? Váyase, que yo haré compañía a Charlie hasta que vuelva usted.

El doctor se sentó en la mecedora y cruzó una pierna sobre la otra. Bedelia dilataba su estancia en el cuarto y estaba claro que no quería que el doctor dijera nada a Charlie sin oírlo ella. Después que Charlie unió sus esfuerzos a los del doctor, apremiándola a que tomara un buen almuerzo, salió. El olor de su perfume quedó flotando en el aire.

—¿Me permite? —preguntó el doctor Meyers, y extrajo un delgada cigarro. Un cortador de oro, regalo de algún paciente agradecido, pendía con su medalla masónica de su gruesa cadena, también de oro. Al exhalar una nube de humo se perdió el olor del perfume de Bedelia.

El doctor estudió su cigarro, la mano en que lo sostenía, el tejido de la alfombra y sus puntiagudos zapatos. Su tranquilidad alarmó a Charlie, pues cuando el doctor tenía buenas noticias andaba de acá para allá y hablaba con tal prisa que las palabras salían juntas, atropelladamente, de su boca.

¿Por qué, pues, tan largo examen de su cigarro y de la alfombra? Inmediatamente Charlie sospechó lo peor, una enfermedad mortal, largos meses de sufrimiento, una lucha sin esperanza contra el dolor. ¿Cáncer? ¿Enfermedad del corazón?

Al fin el doctor habló. Su voz era seca y pronunciaba las palabras penosamente.

—La enfermera estará aquí esta tarde. No quiero que coma ni beba usted nada, ni siquiera un sorbo de agua, a menos que se lo dé la enfermera.

—¿Por qué no?

El doctor esperó a que todo el alcance de su advertencia hubiera penetrado en

Charlie.

—¿Por qué no?

El doctor se aclaró la garganta y dijo:

—Es una idea mía.

—¿Está usted loco?

—¡Quién sabe! —El doctor tiraba de su Van Dyke—. Yo tengo rarezas, como todos los viejos, y quizá debería traspasar mi clientela a un hombre más joven. Pero déme un par de días, Charlie. Mandaré hacer un análisis. Desgraciadamente, las heces habían sido retiradas antes de que yo viniera la noche pasada, pero después que hube extraído de su estómago lo que quedaba...

—¿Qué deducciones está usted haciendo? —gritó Charlie.

—Nada, Charlie. No se altere. Tendremos que esperar un par de días. He enviado a Nueva York el asunto; pues no me gusta el laboratorio de aquí, donde hay demasiado chismorreo y cada uno de los que trabajan en el hospital tiene intimidad con alguien del pueblo, y nada puede permanecer reservado. Haga lo que le digo, Charlie, y prométame que no comerá nada excepto lo que la enfermera le sirva.

Charlie estaba lívido, casi saltaba de la cama.

—Métase bajo las sábanas y conserve la calma. Probablemente no es más que una tontería mía, pero no quiero riesgos para usted. Por eso le he dicho estas cosas. Y ahora no se le vaya a meter ninguna idea rara en la cabeza.

—Pero ¿cómo evitarlo, cuando usted hace tan absurdas suposiciones? Comeré todo lo que me dé la gana. Y si no se retracta usted de cuanto ha dicho, le demandaré por incompetencia profesional, o por difamación. ¡Maldita sea!, ¡lo haré!

—Claro que sí. Pero no coma nada, excepto lo que le de la enfermera. ¿Está eso claro?

—¡Usted es un viejo loco!

La ceniza del cigarro del doctor había crecido mucho y se desparramó por su traje. Él la recogió cuidadosamente y, manteniendo su mano como una copa, buscó el cesto de los papeles.

—¿Por qué no tiene ceniceros aquí arriba?

—Usted acaba de hacer una asquerosa y perversa insinuación contra mi mujer —dijo Charlie, solemnemente. Habíase calmado en un momento; había palidecido y estaba amarillo como una vela de sebo.

—No puedo permitirle que diga cosas de ese género. No quiero soportarlas.

—No. No las soporte —dijo el doctor—. Yo tampoco las soportaría. Pero no perdería la cabeza, y seguiría las instrucciones del médico.

—¡Dios le confunda!

El doctor no se inmutó ante esta maldición. Aprobaba totalmente el resentimiento de Charlie, que demostraba así estar en franca mejoría. Pero le rogó, en beneficio de

la presión de su sangre, que permaneciera tranquilo.

—Escúcheme —argumentó Charlie, tratando de permanecer sereno y confiando en que su propio buen sentido llevaría al anciano doctor a un ecuánime punto de vista—. He tenido muchas indigestiones últimamente. Se lo he dicho esta mañana.

—No me ha dicho usted desde cuándo las ha venido teniendo. ¿Cuándo empezó a darse cuenta, Charlie?

—Después de acabar de arreglar la casa. He trabajado demasiado; primero la casa, después la vigilancia de los almacenes en la Avenida Maple y el trabajo de Bridgeport.

—Eso fue en octubre, ¿no es verdad? —El doctor se acariciaba la barba.

—¿Qué dice usted?

—No se altere otra vez, Charlie. Esté tranquilo. No es otra cosa, probablemente, que indigestión aguda. Tan pronto se levante usted le haré un reconocimiento general. Y complázcame en esta sola cosa: no tome nada de nadie, excepto de la enfermera.

—Antes le vería a usted en el infierno.

—Muy bien. Es usted el único responsable.

El silencio que siguió fue un armisticio; no una paz. Charlie lamentaba haber perdido la serenidad. ¿Habría él, en su primer arranque, procedido como si hubiera tomado la teoría del doctor en serio?

Otra vez se percibió la fragancia de flores. Miró hacia adelante y vio a Bedelia al lado de la cama, alegre y fresca. El almuerzo caliente le había devuelto el color. Sonreía, mostrando sus hoyuelos deliciosos, y renovaba la atmósfera con su perfume y el roce de sus enaguas.

—Me he sentido contrariada de que me enviaran abajo —confesó en breve y rápido tono—. Pensé que me despedía porque usted tenía algo que decirle a Charlie y no quería que yo lo oyera, en atención a mi estado. Pero cuando empezaron a alborotar, comprendí que todo iba bien. Charlie nunca hubiera levantado la voz si usted le hubiera dado malas nuevas. ¿De qué discutían? ¿Otra vez de política?

—Sí —contestó en seguida Charlie; y dirigiéndose al doctor, aclaró—: Allí donde nació mi mujer no es pecado ser demócrata, doctor. Está acostumbrada a las reuniones de sus correligionarios.

Bedelia reía.

—Tú sabes que no entiendo nada de eso, querido. Mientras te sientas bien para discutir no me interesa por quién votes.

—Ven aquí, amor mío. —Charlie la quería tener cerca, sentada a su lado; necesitaba la seguridad de su dulzura física y esperaba, con una demostración así, arrojar el guante del desafío a ese viejo y loco doctor.

Los ojos de éste miraron astutamente y su puntiaguda cara se volvió más arrugada y simiesca. Lo que veía el doctor Meyers era una demostración de fe. Ninguna

declaración verbal hubiera establecido la verdad más claramente, Charlie depositaba su fe en Bedelia, y formaban un cuadro encantador con las manos enlazadas, mirándose cariñosamente a los ojos, cantándose su amor.

El doctor fue hasta el cesto de papeles y sacudió la ceniza de su cigarro. Después volvió a la mecedora y se sentó, meciéndose y fumando, hasta que sonó el timbre de la puerta y Mary subió para anunciar que había llegado la enfermera.

La tormenta cesó durante la noche. Charlie estaba acostado, solo, en la ancha cama, y deseaba que hubiera estado su mujer junto a él. Bedelia, por orden de la enfermera, se había trasladado al antiguo dormitorio de Charlie.

Apenas hubo llegado aquella tarde tuvo una conferencia con el doctor Meyers en el estudio; subió al piso; se cambió su pardusco vestido por el uniforme a rayas blancas y azules y tomó las riendas de la casa. Charlie y Bedelia la odiaron desde que la vieron; y, sin embargo, se dejaban dominar.

Usaba su fealdad de la misma manera que otras usan su belleza; como medio de imponer su autoridad. Si una Exposición Regional hubiera abierto un concurso para elegir la mujer *menos atractiva*, la señorita Gordon habría ganado el primer premio. Bajo su gris cabello muy estirado, sobresalía la frente como un paréntesis. Entre esa prominencia y el pico de su barbilla, su cara se curvaba hacia dentro como un plato sopero. Su nariz era ancha, pero tan chata que apenas conseguía disimular la concavidad. Su cuerpo rechoncho, sus manos rojas, y su trato desabrido.

Por orden suya, Charlie dormía solo. La noche era tranquila. Oíase únicamente el murmullo del río, ruido que le era tan familiar que pudo aislarlo del todo y prestar atención a cualquier rumor o crujido que hubiera en la casa. Por hábito y por profesión podía localizar todos los sonidos. Percibió un rumor metálico, como lamento de colchón de muelles, que partía del aposento en que dormía Bedelia.

El suelo crujió levemente bajo pasos cautelosos. Charlie se volvió, esperanzado, hacia la puerta. Los pasos se acercaron. Su corazón latió de prisa. La oscuridad era tan absoluta que cuando las bisagras chirriaron no pudo ver el hueco de la puerta. Pero percibió el perfume a flores.

Después otro ruido llegó a sus oídos y una áspera voz gruñó:

—¿Es usted, señora de Horst?

—Iba a tomar un poco de agua —oyó que decía Bedelia— y pensé que mi marido podía necesitar algo.

—Estoy yo aquí para cuidar de ello, señora.

—Sí, pero estaba preocupada aún por lo de la noche pasada.

—Está dormido; yo, en su lugar, no turbaría su sueño. Vuélvase a la cama, señora. Yo le llevaré un vaso de agua.

Las bisagras chirriaron, la puerta se cerró y cesaron las voces. El edredón y las mantas de lana no llegaban a calentar las frías carnes de Charlie.

¿Por qué había permitido él que la enfermera no dejara entrar a su mujer? ¿Es que él, a despecho de todas sus lógicas réplicas, se había contaminado de la advertencia

del doctor?

—¡No! ¡No! —gruñó a la oscuridad que le rodeaba. Pasó mucho tiempo antes de que lograra dormirse.

Por la mañana, mientras la enfermera le pasaba una esponja de baño, le dijo:

—Es usted muy amable cuidando tan bien de mi mujer, señorita Gordon. La oí anoche.

—No debería andar a tientas por ahí, de noche y en su estado. Podría coger un resfriado o tropezar con alguna cosa en la oscuridad.

El calor del agua y el esfuerzo de asear a su paciente motivaron que su áspera piel enrojeciera. Indignado, Charlie decidió librarse de esa tarasca tan pronto se sintiera con fuerzas para discutir con el doctor.

Pero no deseaba parecer descortés y sacó tema de conversación.

—¿Usted no es de esta región, verdad?

La enfermera movió negativamente la cabeza.

—Lo adiviné en seguida, pues he residido aquí toda mi vida y conozca a casi toda la ciudad. —Esta explicación no produjo el menor efecto en la enfermera, y Charlie, valerosamente, prosiguió:

—¿De dónde es usted?

—De Nueva York —contestó ella con acento que lo acreditaba.

—¿Hace mucho que está aquí?

—Un par de meses.

—¿Cómo vino a este lugar?

—No es peor que cualquier otro.

Charlie oyó a Bedelia deambular en el otro cuarto y la llamó impacientemente. Ella acudió, corriendo, llevando su bata de chalí sobre los hombros, como un mantón. Sus ojos parecían cargados de sueño, y su redonda boca, enfurruñada como la de un chiquillo.

La señorita Gordon miraba, indiferente, cómo se besaban.

—Mejor sería que se pusiera bien la bata, señora. Va usted a coger una enfermedad mortal.

—Gracias —contestó Bedelia, humildemente, y obedeció.

La vigilancia de la señorita Gordon hizo que marido y mujer se sintieran secretos amantes. Caricias y confidencias tenían que ser furtivas o mientras la enfermera estaba ausente del cuarto, atendiendo a sus personalísimas necesidades (en lo cual había demostrado excepcional dominio) o cuando estaba abajo, en la cocina, preparando la comida de su paciente. No admitía ayuda de nadie de la casa. Mary había sido insultada tres veces en un día, y si Bedelia intentaba ejecutar el más ligero servicio para Charlie, era oficiosamente echada a un lado.

—En su estado, usted tiene que tener mucho cuidado, señora.

—Millones de mujeres embarazadas limpian los pisos y lavan la ropa de sus familias —protestó Bedelia—. Yo estoy perfectamente de salud y no hay motivo para que no pueda llenar el termo.

La señorita Gordon lo tomó en sus expertas manos, lo lavó cuidadosamente y ella misma lo llenó. No había medio de escapar a su celo. Bedelia estaba un poco estupefacta y muy intrigada por ello. La señorita Gordon había resuelto estar de servicio permanente las veinticuatro horas del día.

Para Charlie estaba claro que la enfermera seguía explícitas instrucciones del doctor Meyers. Ella era la única persona que le administraba sus medicinas o le alcanzaba un vaso de agua. Charlie no protestó, y aunque no creía que existiera la más remota razón para tales precauciones, tenía miedo de que cualquier objeción hiciera descubrir a Bedelia las sospechas del doctor.

Amándola tan rendidamente, Charlie no podía soportar la idea de herirla dejándole entender que ella era víctima de la histeria de un hombre loco.

Charlie no había podido olvidar la advertencia del doctor, pero dio con una explicación que le pareció satisfactoria: *El doctor Meyers era incompetente*. Porque no había sabido encontrar nombre científico a la enfermedad de Charlie, había pretextado aquello. El juicio del viejo doctor era débil, pero su imaginación frondosa. Cuando se levantara y pudiera valerse —decidió Charlie—, iría en busca de un médico joven y se haría reconocer.

En la tarde del segundo día de la enfermedad de Charlie, Ben Chaney llegó en su coche y sugirió que Bedelia saliera con él a dar un paseo. El tiempo, arrepentido de su mala conducta, era ahora suave y seco. Bedelia, desde luego, se negó a separarse del lado de su marido. El diálogo tuvo lugar en el vestíbulo del primer piso. La señorita Gordon, que se enteraba de todo lo que sucedía en la casa, y había oído desde arriba, miró por encima del pardo calcetín que estaba tejiendo y le dijo a Charlie que aconsejara a su mujer que aceptara la invitación, pues, en bien de su salud —insistió la enfermera—, la señora debía disfrutar, al menos, de una hora diaria de aire puro.

Y desde entonces, todas las tardes, Bedelia salió de paseo y en automóvil con Ben Chaney.

En la víspera de Año Nuevo, Charlie, obtuvo permiso para levantarse de la cama. Había mejorado mucho y estaba tan descansado que tenía mejor aspecto que antes del ataque. Se vistió con un pantalón oscuro y su batín de seda color púrpura, eligiendo una de las bonitas corbatas de seda que Bedelia le había regalado para Navidad.

La señorita Gordon no le consintió salir del dormitorio.

—No sin el permiso del doctor —le dijo.

—Pues llámelo por teléfono y obténgalo. Y pregunte a Meyers por qué demonios no ha venido a visitarme.

—No me gusta entrometerme, señor Horst.

—Dispéñeme, señorita Gordon. Pero dígame al doctor que necesito verle hoy.

—Usted sabe, señor, que el doctor Meyers está recluido en su casa por hallarse resfriado. Y como yo le he dado cuenta dos veces al día de la salud de usted, y no ha habido ningún cambio desfavorable en ella, no hay motivo para que él se arriesgue a una pulmonía o a traer una infección a esta casa.

—Pero yo necesito verle.

—Se lo comunicaré —dijo ella.

El doctor Meyers contestó que Charlie haría bien quedándose en su habitación un día más, y prometió que, si se sentía bastante fuerte al siguiente, le dejaría ir a la planta baja.

—Pero ¿vendrá él?

—Intentará pasar por aquí mañana.

—¡Viejo farsante! —exclamo Charlie.

—¿Dijo usted algo, señor Horst?

—Cuando la señorita Walker y la señora Hoffman lleguen, hágalas subir.

—Se lo diré a Mary. Yo voy a echar una pequeña siesta. Charlie se quedó con la boca abierta, pues la señorita Gordon no solía tener contemplaciones para sí misma, y, en todo caso, podía haber dormido la siesta —reflexionaba Charlie— mientras estaba Bedelia en casa. Pero esto era convenir en que la enfermera podía pasar por alto todo, excepto las necesidades físicas de su paciente.

Poco después llegaron Abbie y Ellen. Abbie, con un tarro de gelatina de pata de ternera, y Ellen, con la *Vida de Mark Twain*, por Albert Bigelow Paine. El cuarto se llenó de risas y chismorreo, y Abbie, que se marchaba del pueblo al día siguiente, expuso a gritos sus opiniones sobre sus antiguos amigos. Luego regresó Bedelía, y con ella Ben Chaney. Aunque él había ido diariamente a la casa, ésta era la primera vez que se le permitía subir al cuarto del enfermo.

—Me alegro de verle —dijo Charlie—. Después de la compañía de tanta mujer es un placer ver una par de pantalones.

—Gracias querido —dijo, enfadada, Bedelia y añadió: ¿El doctor Meyers ha venido a visitarte?

—Él es todavía peor que una vieja.

Ben Chaney le había llevado a Charlie una botella de jerez. Bedelía sugirió que la descorchara y bajó a buscar algunas galletas dulces, y como a Charlie se le suponía un inválido, Ben hizo los honores. Descorchó la botella, escanció un poquito de vino en su propio vaso, y después llenó los de los demás. Bedelía llevó un vaso de vino y una galleta a Charlie.

—¡Señora Horst!

La señorita Gordon estaba de pie, en la puerta. Había entrado sin que nadie la

oyera, pisando sin hacer ruido con sus zapatos de tacón bajo. Todos la miraron. Ellen, al verla, se quedó sin aliento.

—¿Qué le está dando al señor?

—Nada de particular, señorita Gordon. El doctor ha dicho que debería beber un vaso de vino diariamente. El señor Chaney le ha traído jerez. ¿Quiere usted tomar un poco?

—Nunca tomo alcohol.

La señorita Gordon estaba de pie, rígida, inspeccionando desdeñosamente a los visitantes de Charlie.

—Señorita Gordon, ¿usted no conoce a estos amigos? —preguntó Charlie, y presentó—: La señorita Gordon, señora Hoffman, señorita Walker, señor Chaney.

—¿Cómo está usted? —dijo Ben.

—Mucho gusto en conocerlo —dijo la señorita Gordon.

Ellen estaba estupefacta. Durante el resto de la visita estuvo sentada en el borde de la silla y dándose nerviosos estirones de la falda.

—¿Qué te pasaba esta tarde? —preguntó Abbie cuando de nuevo estuvieron en su casa, y tranquilas detrás de la puerta cerrada con llave del dormitorio de Ellen—. Parecías una idiota, ¿por qué estabas tan nerviosa?

—Desde el principio te dije que había algo tortuoso en él.

—¿Ben? Pero sí es persona de calidad. No puedo entender por qué le tienes tanta aversión, a menos de que sientas prejuicios contra los hombres casaderos.

—¡Escucha! —susurró Ellen—. He descubierto algo. La enfermera es la mujer que él recibió en la estación. Recordarás que te hablé de ello. ¡Su madrina!, ¡por mi vida! Y se han portado, cuando Charlie los presentó, como si nunca se hubieran visto.

—¿Estás segura?

—¿Podrías tú equivocarte respecto a esa fisonomía? Yo lo juraría ante un tribunal y me jugaría la piel. Pero ¿por qué necesitan ocultarlo?

Abbie se declaró vencida. Había un problema que su mentalidad no podía resolver. Ellen se desabrochó su hombruno abrigo y de un bolsillo interior extrajo un paquete amarillo de cigarrillos baratos y, tranquilamente, como si toda la vida lo hubiera hecho, encendió uno.

A la mañana siguiente Charlie tomó una determinación, que, a diferencia de muchas promesas de Año Nuevo, llevó a cabo inmediatamente. Nada podría empezar más desdichadamente el año —decidió— que un desayuno servido por la señorita Gordon. Y sin pedir permiso se levantó, tomó una ducha caliente, se vistió y bajó al comedor. La señorita Gordon, al salir de la cocina por la puerta giratoria, con la bandeja del desayuno en sus manos, lo encontró sentado a la mesa.

—¡Cómo, señor Horst!

—Esta mañana voy a desayunar con mi mujer.

—Pero...

—¿Quiere usted desayunar también con nosotros? Y, a propósito, ¡feliz Año Nuevo!

—Feliz Año Nuevo —contestó ella secamente.

Esta victoria fue un tónico para Charlie, y la complacencia de Bedelia reforzó su resolución. En cuanto el desayuno estuvo terminado, dijo:

—Señorita Gordon, deseo darle las gracias por sus servicios durante mi enfermedad.

—Solamente he hecho lo que debía, y por ello me pagan.

—Quiero que usted disfrute del día de hoy. Usted prescindió de las festividades de la Nochevieja por mí, pero no quiero que sacrifique también las de hoy.

—No tenía planeado nada especial.

Charlie ignoró la excusa y continuó:

—Creo que usted preferiría estar con sus amigos. Y como ya no necesito enfermera, permítame que le exprese mi gratitud abonándole los próximos dos días, y... tómese unas vacaciones.

Bedelia no se rió, pero sus hoyuelos bailaban en sus mejillas blancas y suaves como la leche.

—Llamaremos a McGuinness para que la lleve a la ciudad. La señorita Gordon dijo con firmeza:

—¿No son mis servicios satisfactorios, señor Horst?

—Muy satisfactorios, señorita Gordon. Pero yo estoy ya completamente bien y no necesito enfermera.

—Tendremos que consultar al doctor Meyers. Es el único de quien yo puedo recibir instrucciones.

—No quiero consultarle nada; se lo comunicaré, simplemente.

La taza ocultaba la parte inferior de la cara de Bedelia, pero por encima de la taza sus negros ojos alentaban la rebelión de Charlie. Sintiéndose con autoridad, corrió al teléfono.

Con gran sorpresa, el doctor Meyers convino en seguida en que Charlie no necesitaba ya a la enfermera. Mientras la señorita Gordon hacía la maleta, Charlie y Bedelia se abrazaron. Cuarenta minutos después salió en el coche de McGuinness: y los Horst, por fin, se hallaron solos. Mary tenía también libre ese día. Su pretendiente, Hen Blackman, había llegado de Redding en el cochecillo de su padre, y con Mary, que llevaba unos guantes de cabritilla de Bedelia y también uno de sus sombreros, partió encantado.

—Espero que Mary regresará a tiempo —dijo Charlie mientras miraba Cómo el cochecillo abandonaba el camino para entrar en la carretera principal.

—¿A tiempo de qué, querido?

—Parece que nevará de firme.

Bedelia movió vagamente la cabeza, y se fue a la vitrina a ordenar el caos creado por Mary al quitar el polvo de los estantes: pues apenas la sirvienta volvía la espalda. Bedelia se entregaba al ritual de acomodar su moviente *bric-a-brac*. Charlie la observaba con complacencia. Podía profetizar cada uno de sus movimientos. Bedelia tenía tal pasión por sus chucherías que sufría al ver las cajas de rapé, los muebles en miniatura, el marfil labrado, sus animales y estatuillas fuera de su lugar.

Ben Chaney y el doctor Meyers llegaron, de diferentes direcciones, casi al mismo tiempo. Hubo muchos apretones de manos y felicitaciones de Año Nuevo.

—He venido para tomar a mi pasajero— dijo Ben Chaney.

—Hoy no puedo ir con usted, Ben. La señorita Gordon se ha ido, y no quiero dejar solo a Charlie.

—¿La señorita Gordon se ha ido de verdad? —preguntó Ben.

El doctor lanzó una curiosa mirada a Ben, y después volvióse a Bedelia:

—Mejor sería que hoy tomara un poco de aire, señora. Se aproxima un gran temporal y ésta podría ser su última oportunidad por algunos días.

Hubo alguna discusión antes de que Bedelia pudiera ser persuadida de dejar a su marido, y el doctor tuvo casi que ordenarle que saliera a dar un paseo.

Tan pronto como Bedelia hubo salido con Ben, Charlie, cruzándose de brazos, miró de arriba abajo al doctor y dijo:

—Quiero saber el significado de lo que dijo usted el otro día.

—Olvídelo, Charlie.

¿Qué quiere usted decir con «olvídelo, Charlie»? ¿Es que intentaba hacerme gastar dinero?

—Nada de eso. He tenido noticias del laboratorio. Yo hubiera preferido las heces, pero ya las habían retirado cuando llegué aquí. Pero estoy seguro de que, si hubiera existido algún tóxico, se habría puesto de manifiesto en las muestras que yo envié al laboratorio.

—Todavía no he conseguido entenderlo ¿Qué andaba usted buscando? ¿Veneno?

La palabra quedó flotando en el aire. Pero, después de haberla pronunciado, Charlie se sintió aliviado.

—¿Quiere un cigarro, Charlie? —El doctor le ofreció un par de cilindros forrados con hoja de estaño, diciendo:

—Regalo de Navidad de un paciente. Con un familión como el mío no se tiene, con frecuencia ocasión de fumar Dos Coronas.

No habló nuevamente hasta que hubo cortado la punta, encendido el cigarro y aspirado la primera bocanada.

Admito que sus síntomas me intrigaron, Charlie. No podía encontrar causa para

tan repentino ataque. Después de llegar a casa aquella mañana y hablar del caso con mi hijo mayor —nadie es capaz de hacer diagnósticos tan atrevidos como los estudiantes de medicina— decidí no correr riesgos.

—Pero yo he sufrido de dispepsia únicamente.

El doctor suspiró.

—No hay nadie como usted para alarmar a sus enfermos.

—Francamente, yo no lo entiendo.

El doctor no contestó inmediatamente. Después de una pausa repuso:

—A veces pienso que mi mujer chochea. Le gustan esas vistas animadas que tanto entusiasman a los niños, y con frecuencia me arrastra a la ciudad para verlas —se estremeció ligeramente y continuó—: No hay duda de que mi entendimiento se ha resentido de las espeluznantes escenas de esas diversiones.

Charlie se levantó.

—¿Por qué está mintiendo usted, doctor?

—No grite. Oigo perfectamente.

—Perdone. Pero insisto en que me diga la verdad.

—¿No está satisfecho con saber que no ha habido nada más que exceso de celo e imaginación de un viejo?

—Si no había nada más que imaginación, ¿por qué me habló de esas cosas? Me parece que usted debería haberme evitado la alarma.

—Entendí que era mi deber advertirle, por si mis presentimientos tenían algún fundamento. Si hubiera existido peligro, y yo no lo hubiera advertido, habría contraído una grave responsabilidad.

—Tal vez usted no se da cuenta de la gravedad de la acusación que ha hecho contra una persona inocente.

—No he formulado ninguna acusación.

—Usted insinuó que me habían dado —y Charlie se aclaró la voz—... veneno... —No pudo continuar.

—Su actitud me sorprende. Parece como si le hubiera traído muy malas noticias. Confieso que me siento aliviado al comprobar que fue nada más que una aguda indigestión, y le pido perdón por haberle ocasionado tanta alarma.

Charlie se hundió en la silla. Tenía los ojos velados de lágrimas. El doctor, secretamente, se alejó y se fue al mirador. Nevaba, pero tan perezosamente que los copos de nieve que caían a jirones parecían suspendidos en el aire. El paisaje le molestaba y se apartó del mirador. Vio que Charlie no se había serenado todavía, y se puso a mirar atentamente al extremo opuesto de la habitación, donde se hallaba la vitrina con su absurda colección de plata, marfil, porcelanas y juguetes de loza.

Realmente, no podía el doctor Meyers comprender cómo una mujer mayor atesoraba aquellas bagatelas. Un grupo le interesó por la misma fuerza de su

inanidad. Una porcelana de Dresde figuraba un marqués con una casaca de color ciruela roja madura, manteniendo sus pálidas manos sobre los ojos de una señora, cuya falda de encajes formaba ondas sobre una silla decorada con dorados arabescos y guirnaldas pintadas. Mientras examinaba la figura, oyó frenar el auto de Ben frente a la puerta. Puso de nuevo la pieza en su sitio, como sorprendido *in fraganti*, porque sabía cómo se indignaba su mujer si se alteraba la simetría en sus anaqueles.

Charlie se sonó las narices y volvió al bolsillo su pañuelo. Él también parecía cogido *in fraganti*.

Bedelia abrió la puerta con su llave. Ben se entretuvo en el vestíbulo para quitarse el sombrero y el abrigo, pero Bedelia corrió al salón de estar, con copos de nieve brillando en su sombrero de terciopelo y sobre el cuello de piel de foca de su abrigo. Sus ojos relucían y tenía sonrosadas las mejillas. Puso sus helados labios sobre los de Charlie.

—Está nevando mucho. Ben pensó que debíamos volver antes de que quedaran cortados los caminos. Ha sido un paseo encantador, Charlie, con la nieve empezando a caer y el cielo con el peculiar tono azul gris plomo ¡Cómo me gusta tu Connecticut!

—«Su Connecticut» —dijo el doctor, desdeñosamente.

En presencia de la bonita cara de Bedelia, y ante el recuerdo de sus ridículos temores, sintió Charlie fluir una bienhechora sensación de alivio y se vio obligado a sonarse de nuevo, estrepitosamente.

Bedelia notó el color de cera de su semblante, en contraste con las aletas de su nariz y los ojos, completamente enrojecidos.

—¡Oh!, querido mío, ¿qué te ha estado diciendo el doctor?

—Me temo que le he contagiado mi resfriado —observó el doctor Meyers. Y para dar fuerza a su argumento extrajo su pañuelo y se sonó sus narices secas—. Será mejor que me vaya antes de que se amontone la nieve.

—Insisto en saber qué le ha dicho usted a Charlie.

El doctor sonrió a Charlie por encima del hombro de Bedelia.

—Él le dará las buenas noticias.

—¿Buenas noticias? —dijo Ben, entrando en la habitación—. ¿Qué buenas noticias?

—Charlie se las comunicará —dijo el doctor con una significativa mirada a aquél. Después deseó a todos feliz Año Nuevo y salió.

—¿De qué se trata? —preguntó Bedelia.

—Ahora que todo ha pasado —dijo Charlie— puedo decir que él tenía ciertas aprensiones...

—¿Qué clase de aprensiones?

—Muy estúpidas y exageradas. Ahora ha recobrado el sentido común y ha descubierto que no había nada que confirmara sus sospechas.

—¿Qué sospechaba?

Charlie se encogió de hombros.

—No puedo dar el nombre técnico; simplemente me advirtió que me preparara para una crisis. Y ahora confiesa que sus temores eran infundados.

Ben estaba de pie, con las piernas separadas, las manos cruzadas en la espalda, y sus ávidos ojos fijos en la cara de Charlie. No había hecho un solo movimiento, pero su expresión se había vuelto más atenta y tenía la boca contraída.

—Soy muy feliz, querido.

—Nada hay que temer. Estoy completamente bien y listo para recomenzar mi vida ordinaria. Pasado mañana volveré a mi trabajo.

Y, al decir esto, el camino de su vida le pareció normalizado. Miró a su alrededor y vio la habitación tal y como quedó cuando él y Bedelia terminaron de decorar la casa. Ni siquiera quedaban las guirnaldas y cintas de Navidad para recordarle los disgustos acaecidos durante aquellas fiestas. El sofá-confidente había sido colocado otra vez en su sitio del mirador.

La nieve arreciaba y se levantaba viento. Un blanco manto disimulaba el color oscuro de la tierra. La luz del crepúsculo entró por las ventanas, cuyas cortinas estaban retiradas. Bedelia encendió las lámparas. Después notó cómo el doctor Meyers le había desordenado los estantes y se apresuró a restablecer el orden.

—He tenido un telegrama de mi amigo de Saint Paul —dijo Ben—. Las heladas han desaparecido en el Oeste medio y, por fin, va a venir. Ustedes conocerán a Keene Barrett dentro de pocos días.

La figurilla resbaló de las manos de Bedelia. Los enamorados de Dresde se hicieron pedazos contra el suelo. La cabeza de blanca peluca del marqués había rodado hasta un rincón y los encajes de porcelana de la falda de su amante empolvaban la alfombra. La cara de Bedelia quedó sin color. Sus manos permanecían todavía en círculo ante ella, como si sostuvieran aún el adorno.

—¡Biddy, mi vida! —Charlie la estrechó en sus brazos—. No te preocupes. La cosa no valía nada, y, entre nosotros, te confieso que siempre me pareció odiosa.

Ella bajó sus temblorosas manos. Sus sortijas destellaban a la luz de las lámparas. Sus ojos se habían turbado y toda expresión había desaparecido de su semblante; se veía claro que no había oído nada de lo que Charlie le había dicho. La llevó al canapé y sentóse con el brazo alrededor de su tembloroso talle. Poco después, él y Ben hablaban, incidentalmente, sobre motores, comparando las cualidades de sus respectivos coches, y discutían los perfeccionamientos que habían introducido los fabricantes.

Bedelia estaba sentada, quietamente, junto a su marido, tan abstraída en sus pensamientos que apenas percibía las voces de los dos hombres. Ben se levantó de pronto y dijo que tenía que marcharse. Charlie le invitó a quedarse a cenar. Pero

Bedelia no repitió la invitación. Mucho después de haberse ido Ben, su voz resonaba como un eco en los oídos de Charlie, dominando los crujidos y alaridos de la tormenta. Ben había usado como despedida la frase más común del día: «¡Feliz Año Nuevo!», pero Charlie no podía apartar de su mente el triste tono con que la pronunció.

Mientras Bedelia preparaba una cena ligera, Charlie permanecía sentado en la cocina. Le gustaba verla trabajar. Ella se entregaba a su ocupación con celo y competencia. La cocina, más que ninguna otra dependencia de la casa, le pertenecía. Y estaba resplandeciente. El suelo, cubierto con linóleo blanco y negro; estantes y armarios, pintados de limpio gris, y los tiradores y picaportes, de porcelana blanca, eran importados de Holanda. Mary había almidonado las rizadas cortinas como enaguas domingueras.

Bedelia habíase puesto sobre su vestido azul un delantal tan tieso y limpio como las cortinas. Parecía, más que un ama de casa, un personaje de comedia en un escenario teatral: la doncella que coquetea con el mayordomo mientras sacude su plumero sobre los muebles. La cocina, con sus limpios estantes, almidonadas cortinas y cacharros de cobre, hacía pensar a Charlie en una composición de escenario. Y cuando Bedelia sacó su batidor con mango rojo y comenzó a batir la espuma en un recipiente amarillo, quedó tan encantado que tuvo que abrazarla.

Bedelia no se amparó en su trabajo para protestar de su cariñosa demostración, y colocando el cacharro sobre la mesa abandonóse en sus brazos. Entonces él advirtió que ella estaba temblando. Esto le sorprendió, pues ella había trabajado, hasta ese momento, tranquilamente.

—Mi vida, ¿qué te sucede?

Ella no contestó. Charlie inclinó el mentón de Bedelia hacia atrás y le miró la cara. Percibió en ella la huella de terror que la sobrecogió cuando dejó caer los amantes de Dresde. Sus labios estaban abiertos, pero no lloraba. Inmediatamente se le contagió su humor y sintió tensión en su interior, y estiramiento y relajamiento en sus nervios.

De pronto, Bedelia se desprendió de él y volvió a su trabajo. Mezcló las claras batidas con las yemas de los huevos y las especias, y lo vertió todo en uno de sus peroles de cobre. Tenía una infantil habilidad para olvidarse de todo, excepto de la tarea que tenía entre manos. Si Charlie no hubiese estado tan enamorado y no hubiera sido tan sentimental para juzgar la delicadeza de la mujer, la indiferencia de Bedelia podía haberle ofendido. Pero su madre le había acostumbrado a ser sensible ante el sufrimiento femenino. Ningún hombre —pensaba Charlie— podrá jamás comprender las torturas que sufre toda mujer, por fuerte que sea su constitución.

El estado de ánimo de Bedelia persistía. Durante la cena, Charlie se sintió

avergonzado de su propio buen apetito. Ante su plato intacto, Bedelia estaba impassiblemente sentada, con las manos quietas.

—Tú no comes —le dijo Charlie.

No dio señales de haberle oído. Fue como si él le hubiera hablado a la cafetera.

—¡Bedelia!

Ella se enderezó, buscó los ojos de Charlie y se excusó sin hablar, de su falta de atención. Después, haciendo un gran esfuerzo, dibujó en sus labios una sonrisa.

«¡Qué valiente es!» —pensó Charlie—. «¡Con qué coraje intenta dominar su sensibilidad! ¡Y todo por mí!». Y le dijo tiernamente:

—¿Qué te preocupa, Biddy? No será el feo cachivache que has roto hoy. Estoy satisfecho de no verlo más. Nunca me había cautivado; esas baratijas son de mal gusto y, además, ésa se la regaló a mi madre su vieja amiga Adelaida Hawkins, a la que yo no podía ver.

—Charlie, vámonos de aquí.

—¿Estás loca?

—Quiero irme de aquí, ahora. ¡En seguida!

—¡Pero, querida niña...!

—¡Quiero irme de aquí!

—¿Por qué?

—No me gusta *este* lugar.

—Dijiste esta tarde que lo adorabas.

El viento se había hecho más fuerte. Se arremolinaba a través de los campos y sobre las pequeñas colinas; azotaba la casa, batía el río y penetraba en ráfagas, silbando, por la chimenea. Ni las paredes, ni las puertas, ni las ventanas contra las tormentas, podían contrarrestar su furia.

—No te preocupes de la tormenta, querida. Siempre hace lo que ahora, y la casa parece estremecerse hasta los cimientos, pero está sólidamente construida; se ha sostenido por ciento nueve años y aguantará probablemente hasta que nuestros nietos sean mayores de edad. —Esto no afectó a Bedelia, y Charlie añadió—: Si le temes al río, te garantizo que no nos inundará. No es la época, y desde que construimos la terraza de piedra...

—¿Podríamos irnos mañana por la mañana?

—¿Pero qué es lo que se te ha metido en la cabeza?

—Quiero que nos vayamos —dijo ella, reclinándose sobre la mesa y volviendo los ojos hacia él, con pleno sentido de su ruego.

Toda su voluntad estaba concentrada en su necesidad de anular sus objeciones y lograr su deseo.

—Mi vida —dijo él, con la monótona voz con que un padre habla a un hijo rebelde— yo no puedo hacer las maletas y partir porque a ti se te haya ocurrido de

repente la idea de marcharte. No llego a comprender en lo más mínimo ese capricho; ya te había dicho que el invierno aquí era muy duro y tú con testaste que te divertiría mucho la nueva experiencia. Podemos quedar sitiados varios días por la nieve, pero no padeceremos, por otra parte, ninguna molestia. La casa es abrigada y segura y no hay motivo para temer nada.

—¿Tú me amas?

—¡Vaya una pregunta! Esto nada tiene que ver con el amor. Yo tengo mis negocios, es importante para mí que la obra de Bridgeport se haga bien. Mi porvenir depende de ello.

—Podríamos ir a Europa.

—Me parece que no estás en tus cabales.

Ella movió la cabeza.

—Es la locura más grande que jamás he escuchado. ¡En pleno invierno!

—El *Victoria Luisa* saldrá el martes próximo. Podríamos permanecer en Nueva York hasta entonces.

Charlie estaba demasiado abstraído en sus propias razones para preocuparse de por qué y cómo tenía ella esos informes. Hablaba de su casa, de su trabajo, de su cuenta en el Banco. Había gastado mucho dinero ese año: había viajado, contraído matrimonio, comprado el auto y el ajuar de Bedelia y remozado la casa. Del legado de su madre quedaba poco. Sus ingresos dependían de su trabajo. Le había explicado esto a Bedelia antes de casarse, para que no creyera que iba a tener un marido rico: y ella se había reído explicándole lo pobre que ella había sido, y lo rico que él le parecía, y cuán poco le importaba todo ello.

—Por favor, Charlie.

—¿Pero te has vuelto loca? —Y aunque quería disimularlo, estaba muy enojado. Su voz lo traicionaba.

Bedelia lloraba. Sus lágrimas anegaban sus ojos. Y los sollozos levantaban su pecho. El enfado de Charlie se derrumbó. Corrió hacia ella, la abrazó y posó sus labios sobre sus húmedas mejillas. Ante esta seguridad física de su amor se rindió ella en seguida y se abandonó contenta en sus brazos. Pero no cesaron sus sollozos. Estaba torturada por su pena, inconsolable, como un chiquillo que no razona en su desesperación.

Charlie la acompañó a la escalera y la subió al dormitorio, sentándola en la silla color rosa, mientras le abría la cama. Ella permaneció en la silla mientras él iba de un lado a otro preparándole sus cosas de noche y frotándole la frente con agua de colonia.

En tanto que la atendía, Charlie se preguntó y obtuvo satisfactoria respuesta por las causas de su conducta. Otras mujeres se despertaban a medianoche y pedían encurtidos de eneldo; algunas querían fresas en enero. Charlie pensó que la semana

que acababa de finalizar, la excitación de las fiestas, el trabajo preparatorio de Navidad, la conmoción de su ataque, la actitud del doctor y sus trágicos recuerdos eran los motivos que la habían debilitado. Aquel día, también había estado lleno de pequeñas contrariedades. Lo más atemorizante de todo, para una persona acostumbrada a climas benignos, debían ser los truenos de las tormentas de invierno y el salvaje rugir del viento y del río. Maldijo el temporal e imploró a Dios que terminase.

Bedelia estaba tendida en la cama y observaba cómo Charlie colgaba sus vestidos, colocaba los zapatos en el armario, enrollaba su corsé con el cordón y lo ponía en el cajón, en su sitio exacto. El cuarto olía a perfume, a colonia y al calor seco del radiador.

—No creas nunca una sola palabra de lo que Ben te diga —susurró Bedelia.

Charlie viró en redondo.

—¿Ben? ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Está contra nosotros.

Charlie se sentó en la orilla de la cama, tomó la fría mano de Bedelia, y aproximándose a su cara la regañó:

—No seas ridícula. Ben es una magnífica persona, y tú siempre has dicho que te era simpático.

—También está contra ti, Charlie.

—No entiendo qué quieres decir.

—Nos hará daño. No le preocupa nada más que hacernos daño y destrozar nuestra vida...

Charlie miró por la ventana, intentando medir la intensidad del temporal, dudando si sería posible que el doctor pudiera llegar a la casa aquella noche. Las cortinas no habían sido echadas, y la oscuridad de la noche convertía la ventana en un espejo, en el que Charlie vio reflejada la lámpara, la silla rosa y la imagen de sí mismo, sentado al borde de la cama, reteniendo la mano de su mujer. Era un cuadro tranquilizador. Sólidas paredes las guarecían de los terribles efectos de la ventisca.

—Por favor, Charlie, vámonos. No quiero seguir aquí —dijo ella patéticamente, pero pronunciando estas palabras de modo sencillo, como si estuviera proponiendo una tarde de excursión.

—¿Pero, de qué se trata? ¿Es que Ben te ha hecho algo? ¿Acaso te ha insultado? —la sangre hirvió en las venas de Charlie, sus puños se crisparon y sus sienas latieron. Se acordó, entonces, de la manera con que Ben Chaney observaba a Bedelia; hizo memoria de la noche en que en la Taberna de Jaffney ella llevaba la perla negra, y su blanca mano había reposado en la sudorosa de Ben, junto a una fuente de langostas con rodajas de limón.

—¡Vive Dios, voy a estrangularlo!

Ella había ocultado su cara en la almohada y las sacudidas y sollozos empezaron otra vez. El viento arrasaba con todo, arrastrando rocas y desbordando ríos. El cielo parecía próximo a caer, la tierra a estallar, las aguas a crecer y devorarlo todo.

Charlie se sentía impotente contra la histeria de su mujer, y esta sensación de impotencia agravaba su furia. Estaba salvajemente enfadado, los ojos se le salían de las órbitas, su cara se había teñido de púrpura roja y, cuando hablaba, su voz vibraba alterada por la ira.

—¡Dime! —imploró—. ¡Dime! —ordenó. Pero todo en vano. Ella se hundió más en las almohadas, ocultó la cara y se contrajo como si la mano de él la quemara.

La violencia de la tempestad cedió. El viento fue decreciendo, las aguas se adormecieron. La tierra recobró su solidez. Y al cabo Bedelia se quedó dormida, descansando la cabeza en su desnudo brazo. La emoción la había aniquilado.

Dormía como un niño, respirando fuerte. Charlie la tapó; encendió la lámpara de noche y se fue abajo.

Se prometió pensar con calma, juró que haría desaparecer toda sospecha de su mente y se devanó los sesos para hallar los motivos de la histeria de su mujer. Pero resultó tan vano como sus órdenes y ruegos a Bedelia. ¿Por qué le había suplicado que se marchara con ella? ¿Por qué temía a Ben Chaney? «*Él nos hará daño*». «*¿Por qué, gran Dios!*». «*No le preocupa nada más que hacernos daño y destrozar nuestra vida*». Si esto era verdad, si Ben era, como pretendía Bedelia, un enemigo de ellos, ¿por qué no había dado indicios hasta este momento? ¿Es que había intentado... o, ¡Dios no permitiera semejante traición, sino... ¿El amante de Bedelia? ¿Es que Ben presionaba a Bedelia para que huyera con él y abandonara a su marido? ¿Había amenazado Ben, cuando Bedelia rechazó sus propósitos, con revelar su infidelidad?

Charlie no podía creerlo. La idea de semejante traición era el fruto de una imaginación morbosa: fruto maldito, fertilizado por sospechas, miedo y ausencia de la propia estimación. En la casa de Charlie no había sitio para tales traiciones. La infidelidad nunca tuvo albergue en la vieja casa de los Philbrick; jamás pudo tener cabida allí. Los techos se agrietarían, los muros se derrumbarían y los suelos perderían su solidez.

Charlie estaba enfermo de angustia. Las emociones del día habían sido demasiado violentas para un hombre que acababa de levantarse de una enfermedad. Estaba demasiado débil para subir rápidamente las escaleras, y se agarró a la barandilla, izándose, como un inválido.

Como no quería molestar a Bedelia, se desnudó en el cuarto de baño y, al acostarse, se dejó caer con preocupación sobre el colchón. Ella no movió un solo músculo. En pocos minutos Charlie también dormía profundamente. La lámpara de noche de Bedelia alumbraba tenuemente el dormitorio.

Charlie se despertó en medio de una completa oscuridad. Al principio no le

extrañó, porque había estado durmiendo solo, durante su enfermedad, con el cuarto a oscuras. Pero cuando se dio cuenta de que la tempestad azotaba nuevamente la casa, el río bramaba y el viento soplaba furiosamente, le sobrecogió el sentido de la oscuridad y creyó que se había quedado ciego. Buscó a tientas la lámpara de noche y dio la vuelta a la llave. La habitación siguió a oscuras.

En aquel momento de pesadilla no podía hablar ni moverse. Probó a llamar, pero no tenía voz. Alargó su mano temblorosa, pero no pudo hallar a su mujer en la cama. Sobre sus heladas y vacilantes piernas anduvo a través de aquella infinita oscuridad hacia la llave de la luz eléctrica, de la pared. La encontró; oyó el «clic» y esperó la luz. Pero la oscuridad continuaba. Estaba enfermo, desmayado, bilioso, recordando en sus menores detalles las sensaciones que había sufrido antes del ataque, y pensó que iba a caer otra vez sin conocimiento. Entretanto buscó a tientas la fosforera de loza sobre la repisa de la chimenea. Encendió un fósforo y una pequeña llama amarilla perforó la oscuridad, con gran alivio suyo. Su piel se cubrió de sudoroso contento. Con vacilantes manos encontró la vela y el fósforo prendió el pabilo. A los primeros rayos de fluctuante luz vio, sobre la chimenea, el viejo retrato de su madre, con marco dorado. En seguida recobró la inteligencia y la razón, comprendiendo que la tempestad había desconectado los cables de la electricidad; se tranquilizó a sí mismo, diciéndose que sus otras morbosas fantasías se explicarían con igual facilidad, y se reprochó el haber permitido que su mente se infectara con el virus del miedo. Creyó que encontraría a Bedelia durmiendo apaciblemente en la cama, en el sitio de siempre.

Pero no estaba allí. Ni tampoco se había ido a dormir sola en el cuarto que había utilizado durante la enfermedad de Charlie. No estaba en ningún lugar del segundo piso, y cuando, con la vela en la mano, fue abajo, llamándola por su nombre, no recibió respuesta.

Recorrió todas las habitaciones de la casa; pero cuanto quedaba de Bedelia eran algunos vestidos colgados en el perchero, los cacharros de cobre y varias cosas que había adquirido para la cocina, el aroma de sus perfumes y sus ungüentos, las telas que había elegido para almohadones y muebles y los jacintos que crecían en el tiesto azul.

—¡Bedelia! ¡Biddy! ¿Dónde estás?

Sólo el viento le respondió.

Del mundo exterior no se percibía otra cosa que blancura en movimiento. Jirones de nieve se desprendían de las nubes, como plumas de una almohada deshecha. La nieve, arremolinándose en gigantescas espirales, se levantaba del suelo, como fantasmas que huyen del cementerio. Ninguna persona en su cabal juicio podría haberse arriesgado a salir con tal tempestad, se dijo Charlie, mientras descolgaba el farol de su gancho del cobertizo. Se había puesto los pantalones, una camisa de franela, un abrigo de lana gruesa y una gorra.

El farol pendía de su muñeca mientras que, con ambas manos formando bocina ante su boca, gritaba: «¡Bedelia!» «¡Bedelia!». Su mirada quiso penetrar la nieve que caía, pero no pudo ver otra cosa que los agitados círculos blancos levantándose del suelo y los blancos jirones que caían del pesado cielo.

Abrióse camino en la ventisca y subió la pequeña pendiente que conducía a la verja. La nieve tenía cierta altura, y aunque estaba seca y blanda, el suelo era muy desigual y no podía afirmarse al andar.

En el camino tropezó con algo, y vio una mancha oscura sobre la nieve. Al inclinarse sobre ella, el viento le arrebató la gorra y se la llevó revoloteando. Tuvo que frotarse con las manos las orejas, que habían empezado a picarle como si tuviera en ellas un enjambre de abejas. Una de aquellas ráfagas fantasmales de nieve se levantó, llenando sus ojos con su polvo irritante, y las lágrimas le impidieron ver con claridad hasta que, entre dos nubes, pudo identificar el bulto negro como la maleta de tafilete que le había regalado a Bedelia para su cumpleaños.

Pocos pasos más allá, casi en la zanja y semicubierta por la nieve, estaba tendida su mujer. «¡Gracias, Dios mío!», gritó Charlie. El viento se llevó su voz con el frío y los copos de nieve.

La levantó, y llevándola en brazos logró alcanzar la casa, necesitando de todas sus energías para cruzar el patio hasta la puerta del cobertizo. Allí las fuerzas le faltaron y tuvo que apoyarse en la pared para recobrar el aliento. Al fin consiguió entrarla en la casa y la tendió sobre el linóleo del suelo de la cocina; arrodillóse a su lado y quiso tomarle el pulso. En su nerviosismo no pudo encontrárselo. Entonces la incorporó y le aplicó masajes en el pecho, olvidando todas sus sospechas y todo su enojo, y hasta que había intentado huir. Se acordaba, únicamente, de que la amaba y de que había sido feliz con ella.

Bedelia no abrió los ojos hasta que él la hubo llevado al canapé del estudio y cubierto con una manta de pieles. Una sombra cruzó su rostro al mirar a su alrededor y reconocer la casa de la que no había conseguido escapar; cerró de nuevo los ojos

ocultando su mirada de fracaso. Sufría agudamente.

Charlie corrió al sótano y echó carbón a la caldera de la calefacción y, al regresar al estudio, abrió la llave del radiador. Cuando la habitación se caldeó, alzó las pieles y fue quitándole sus ropas empapadas. Bedelia abrió los ojos y lo miró fijamente. Una inexpresiva sonrisa se dibujó en sus labios. Charlie la frotó con una toalla áspera, hasta que le enrojeció la carne; pero ella no cesaba de tiritar. La sumisión de sus ojos negros, sus temblores y su mutismo, le recordaron un perro de aguas que había tenido en su niñez, y la compadeció, como había compadecido al perro porque dependía de él para su alimento y cariño. Envuelta en mantas la llevó, escaleras arriba, a la cama. Ni por un momento, mientras hacía todas estas cosas, mostró el menor resentimiento ni preguntó el motivo de tan extraña conducta.

—Ahora, querida —dijo tiernamente—, vas a tomar coñac y leche caliente y, después, a dormir sin contemplaciones.

Cubrióla con mantas de lana, con la colcha y con el edredón en que su madre había bordado el motivo de la serpiente y la manzana.

Bedelia bebió la leche con coñac, como una niña buena, abrazando con sus manos llenas de hoyuelos el viejo cuenco de plata. Y con igual docilidad obedeció la orden de dormir que Charlie le había dado.

Él salió del cuarto en puntillas. Nada más, por el momento, podía hacerse por ella; pero decidió de todos modos consultar con el doctor. Mientras se dirigía al teléfono pensó qué diría si el médico le preguntaba cómo se había resfriado tan seriamente su mujer, pero resultó que la línea estaba averiada: el temporal había desconectado los alambres del teléfono. Charlie se alegró de ello. El sentido del deber le había obligado llamar al doctor Meyers; pero se sintió aliviado al comprobar que no tendría que contestar a sus preguntas.

Todo este esfuerzo, la energía que había tenido que emplear y la ansiedad que lo dominaba debían haberle agotado. Pero, por el contrario, se encontraba muy despierto y activo. Cuando Bedelía se repusiera del resfriado, tenía que preguntarle algunas cosas muy importantes. En vano trataba de apaciguar sus ansias de saber. Presentaría el asunto con calma, sin demostrar enojo ni desconfianza, sino probándole, con su amor y firmeza, que ella podía, sin temor, confiarse a él. Mientras planeaba todo esto se imaginó a Bedelia y a él mismo sentados junto al fuego, y oyó su propia voz requiriéndola para que lo confesara todo. La imagen no lo aquietó. No podía evitar el recuerdo de sus diálogos con el doctor y se preguntaba si ella había oído las advertencias de aquél. Pero, si esto era así, ¿por qué había esperado cuatro días para que su dignidad herida la obligara a huir? Y, ¿qué tenía ello que ver con su repentina ira contra Ben Chaney?

Sus pensamientos se debatían dentro de oscuros círculos y lo dejaron destrozado. Al cabo de una hora de tortura no se encontraba más sereno que al principio. Luego

se acordó de la maleta y salió a buscarla. Ordinariamente, Charlie no hubiera abierto la maleta de su mujer ni examinado su contenido. Lo consideraba una reprochable conducta: la acción de un hombre que se cree con derecho a leer la correspondencia de su mujer. Tenía, sin embargo, una excusa. La maleta estaba mojada y su contenido se estropearía si no se secaba.

El equipaje de Bedelia consistía en varios pares de medias, una muda, una bata de noche, zapatillas, un quimono negro de crespón de seda con forro azul turquesa y un corpiño. También había cosas de tocador, la caja de cuero en que guardaba sus chucherías y una carpeta de folletos de viajes, con las fechas de salida de la *Cunard*, *White Star* y *Compañía Hamburguesa*. El descubrimiento de estos prospectos puso nervioso a Charlie, pues era la prueba de que la idea de Bedelia de marcharse a Europa no se le había ocurrido espontáneamente en la mesa la noche anterior.

Perezosamente, abrió la caja de cuero. Contenía fruslerías, pequeños recuerdos que las muchachas jóvenes aprecian. En una cajita en forma de corazón vio los negros ojos de Bedelia bajo una selva de rizos, y le sorprendió mucho que su mujer nunca le hubiera mostrado este retrato de su madre. En un sobre desteñido, perfumado con espliego, había una rosa prensada, seca y casi deshecha, y una frágil rama de ciruelo. Había, también, un abanico japonés en miniatura, un cortaplumas con mango de nácar, que tenía una hoja rota, y una cajita redonda para píldoras, con una etiqueta en blanco: contenía polvos blancos, parecidos a los que Bedelia usaba para pulirse las uñas. Por último extrajo el estuche de terciopelo que había contenido el anillo de granates, apretó el resorte y quedó abierto. Allí estaba la perla negra con su engarce de platino y diamantes.

No podemos darle la sortija a Abbie, Charlie, ya no la tengo. La he tirado.

Rápidamente volvió a colocar la sortija en el estuche de cuero almohadillado. Dejó también la carpeta con los prospectos de viaje y lo que restaba de los chillones recuerdos de su mujer.

—¿Estás enfadado conmigo, Charlie?

Él bajó la pantalla. La luz le molestaba y no deseaba mirar la cara de Bedelia ni mostrarle la suya.

—Luego hablaremos de ello. ¿Cómo te sientes?

—He cogido un resfriado muy fuerte.

—Sí. Tendrás que guardar cama.

El cabello negro delineaba el óvalo pálido de la cara de Bedelia, que gemía silenciosamente.

—¿Sufres?

—Me duele el pecho. Pero la culpa es mía. He sido desobediente y merezco castigo.

Esperaba la reacción de Charlie sobre su desobediencia. La palabra que ella había

escogido era demasiado frívola para significar su conducta extraordinariamente anormal. Charlie no sabía qué decir, y simulando que estaba ocupado con la llave del radiador continuaba con la cara vuelta hacia la pared.

—¡Charlie!

—¿Sí?

Bedelia le susurró quedamente:

—¿Qué has sabido de Ben?

Charlie se volvió, en cuclillas, todavía cerca del radiador, y lanzó una mirada rápida a su mujer. Su voz se había hecho más grave y su tono era áspero.

—Nada, y no es fácil que sepamos algo, por algunos días. Los caminos están cortados; no hay electricidad y los cables del teléfono se han caído.

—¡Oh! —dijo Bedelia, y después de reflexionar un poco se rió quedamente—. ¡Rodeados por la nieve! ¿Estamos bloqueados?

—Sí.

—En la escuela nos hicieron estudiar un poema sobre una familia bloqueada por la nieve. ¿Lo conoces, Charlie?

No pudo contestarle. Bedelia se esforzaba por restablecer las antiguas buenas relaciones, como si no hubiera existido su intento de fuga, ni mentiras, ni preguntas incontestadas.

—Tienes que conocerlo —persistió, con voz alegre—. Tú sabes mucho de poesía, Charlie. Creo que es de Lowell.

—No, de Whittier.

—¡Ah! Sí, de Whittier. Me gustaría tener tu memoria, querido.

Él la miró de soslayo y vio que le sonreía tratando de atraerlo, como si nada hubiera sucedido; como si se hubieran acostado confortablemente la noche anterior y despertado uno al lado del otro, tranquilamente, esa mañana.

—Después del desayuno necesito hacerte algunas preguntas, Bedelia.

Ella se arrellanó en la cama y dijo:

—Claro que sí, querido, pero antes hemos de desayunar. Tengo hambre. ¿Quieres hacer el favor de levantar las cortinas? —De nuevo danzaban los hoyuelos en sus mejillas, brillaban otra vez sus ojos y el lustre cremoso de su cutis. Estaba más sonrosada por la fiebre, que la hacía aún más bonita.

—¿Qué hay de Mary? ¿Ha vuelto ya?

—No es posible con esta tormenta. Probablemente la nieve la ha retenido en la granja de Blackman.

—¡Con su pretendiente! —y Bedelia se rió—. Confío en que sabrá aprovechar su buena suerte. —De pronto desapareció su sonrisa, frunció su ceño y hundiéronse sus mejillas; pues, acordándose de la casa, la preocupó cómo iban a arreglárselas con Mary ausente y ella enferma en la cama. ¿Cómo iba a comer Charlie y a estar todo

limpio?

—Déjalo de mi cuenta, yo me cuidaré de ello.

—Pero tú no puedes hacer las faenas de una casa, Charlie.

—¿Por qué no? No hay modo de ir a la oficina.

—No me gusta ver a un hombre haciendo las faenas domésticas.

No había otro remedio. Charlie se fue de buena gana a la solitaria cocina donde no tenía que afrontar engaños ni sufrir remordimientos por su falta de valor para hacerle unas cuantas preguntas a su mujer. Se reprochaba esa debilidad suya, pues sabía que una vez que las expresara, sus temores tendrían substancia y realidad y se vería obligado a actuar.

Bedelia no podía ofrecer excusas. En tanto Charlie no hiciera las preguntas, estaba contenta en dejar las contestaciones en el aire, y cualquiera creería al verla que se había resfriado sacudiendo las alfombras en el balcón. Conforme transcurría el día, parecía como si, tanto ella como Charlie, hubiesen olvidado el intento de fuga. Lo que la hubiera empujado a huir en las tinieblas de la tempestad de nieve se había diluido en el letargo de la fiebre y en la comodidad.

De haber tramado Bedelia algún artificio para reconquistar el amor de Charlie, ninguno le hubiera resultado más efectivo que la fiebre, el confinamiento en la cama y la debilidad. Cuanto más dependiera de él, más se enriquecería su afecto y era más firme en él su convicción de que con semejante fuerza sería capaz de perdonarla.

Su gozo por la debilidad de Bedelia no era signo de crueldad en él. Simplemente era el molde de la escuela de su educación. Le habían enseñado que el hombre es fuerte y frágil la mujer; y que la devoción y el propio sacrificio son la resplandeciente corona del amor. Charlie cocinaba, lavaba los platos, transportaba bandejas, limpiaba lámparas, corría de buena gana cuando ella pedía algo. Bedelia se había entregado completamente a su enfermedad, disfrutando de esa debilidad suya que había convertido a Charlie en su esclavo. Se reclinaba en su brazo mientras él arreglaba las almohadas, y se apoyaba en su fuerza moral confiando en que olvidaría su agravio.

Por la tarde se sintió mejor y quiso sentarse en la cama, y le pidió que le llevara una de sus batas. Charlie escogió el quimono de crespón negro con forro azul turquesa. Mientras lo sostenía, ayudándola a ponérselo, le dijo:

—He deshecho tu maleta, ¿sabes?

—Gracias —le contestó. Desató el cinturón, arregló las arrugas y estiró las anchas mangas diciendo—: Es bonito, ¿no te parece?

—¡Hum, hum!

—¿Quieres darme mi espejo de plata, por favor?, y mi cepillo y mi peine. También mis polvos y la gamuza. ¡Ah!, y la endiablada cajita.

Charlie se estremeció. Bedelia se rió.

—¿Así que has descubierto mi secreto? Espero que no me despreciarás por eso.

—Bedelia —dijo, decidido a aclarar las cosas sin más dilaciones—, me estoy desorientando cada vez más con tu comportamiento. No hay nada divertido para mí en todo esto, y te agradeceré que me aclares la situación.

La voluntariosa criatura rióse aún más frívolamente.

—¡Oh, Charlie!, no seas tan pomposo. Me refiero a la cajita que contiene el secreto de mis rojos labios y sonrosadas mejillas.

—Lo siento, pero no acabo de entenderte.

—*Rouge* —dijo alegremente—. Colorete, como tú lo llamas. Abbie se pinta, también, aunque usa un polvo seco horrible y cree que no se le nota, pero hasta un ciego se daría cuenta.

Silenciosamente observaba Charlie cómo ella cepillaba y peinaba su cabello, lo trenzaba y formaba con las trenzas rodetes sobre sus orejas. Sonreía y hacía guiñitos mientras hundía su diminuto dedo en el bote del *rouge* avivando sus labios y frotando con el color sus pálidas mejillas.

—Estoy mejor así, ¿verdad?

—¿Estás ya arreglada del todo?

Ella colocó el cepillo del cabello y sus cosméticos en el cajón donde guardaba los polvos digestivos de Charlie, diciendo:

—Lo tendré a mano, para que tú no tengas que molestarte tanto.

—¡Bedelia!

—¿Qué, querido?

—Tenemos que tratar de algunos asuntos. Yo creo que podrás, pues ahora estás bastante bien.

—¿Por qué estás tan contrariado, mi vida? ¿He hecho otra vez algo malo?

Al verla atormentada, Charlie creyó que había estado demasiado imponente, de pie ante la estufa, y con los brazos cruzados sobre el pecho. Suavizó su actitud, inclinando su cuerpo hacia adelante y metiéndose las manos en los bolsillos, a fin de no parecer tan severo. Pero su voz continuaba siendo fría, cortante.

—Querida, me gustaría que me explicaras tu conducta.

Ella se examinó las uñas de las manos.

—¿Por qué huiste? ¿Hay aquí algo que te da miedo?

—He tenido miedo de que hubieras dejado de quererme.

La sencillez de su explicación asombró a Charlie. No se le ocurrió contestar nada.

—Tú fuiste rudo la otra noche. Pensé que te habías cansado de mí y que deseabas que me fuera.

—Bedelia, mírame.

Sus miradas se encontraron.

—Tú intentaste escapar en medio de la tormenta; arriesgaste tu vida para abandonar esta casa. Seguramente no fue porque me negué a acceder a tu repentino e

ilógico deseo de marchar a Europa. Tiene que haber algo más que eso.

—Yo te amo tanto, Charlie, que siempre temo no ser digna de ti.

—Bidly, querida, hazme el favor de ser razonable.

—Tú eres mucho más inteligente que yo. Siempre que te veo con Ellen me doy cuenta de cuánto mejor hubiera sido para ti una mujer intelectual.

—Si Ellen me hubiera convenido más, me habría casado con ella, entiéndelo bien. Ahora, sinceramente, dime: ¿por qué huiste?

—Estuviste ofensivo conmigo. Heriste mis sentimientos.

—¿Yo?

—Me hiciste sentir como una oca tonta. —Las lágrimas le asomaban, mientras hurgaba entre las almohadas buscando el pañuelo, hasta que por último pidió a Charlie que le diera uno del cajón de arriba del ropero.

Él la compadecía, lo cual no era razonable; pero no podía remediarlo.

—Yo no recuerdo haber sido cruel, y si algo he dicho que pueda haberte afectado, lo deploro sinceramente. Pero ¿es ese tu único motivo? ¿Te marchaste de esa manera porque pensaste que yo había dejado de quererte?

Ella afirmó con la cabeza.

Charlie se dispuso sombríamente a descubrir su pensamiento. Bedelia enjugóse los ojos y tomó el espejo de mano; cuando notó que Charlie la miraba fijamente, sonrió con tristeza.

Él empezó por aclararse la garganta. Después dijo:

—Tengo, también, algo que confesar. Cuando deshice tu maleta, descubrí algunas cosas.

—No te acuses por ello, querido. Cualquiera, en tu lugar, hubiera hecho lo mismo. Yo creo que fuiste muy amable al evitarme el trabajo de deshacerla.

—Es que descubrí algo... —Se acercó a la cama y la miró de soslayo, tratando de encontrar en su cara algún signo de culpa o de temor; pero ella estaba muy serena. Continuó—: Descubrí, en primer lugar, que tu fuga había sido premeditada; tenías algunos folletos de viaje en tu maleta y sabías las fechas de salida de ciertos barcos. Está claro que lo estabas meditando desde hacía algún tiempo.

—Sí, es verdad —dijo ella amistosamente.

—¡No digas eso!

—Escúchame, Charlie. No es fácil de expresar lo que voy a decirte ahora. Cuando me casé contigo sentía por ti una gran simpatía, una fuerte atracción; pues creí que eras la clase de hombre que podía hacer feliz a una mujer, y yo necesitaba un hombre así. Pretendí amarte más de lo que era verdad. —Un suspiro de penitente se le escapó—. Puedo decirte esto porque ahora te amo desesperadamente, con locura, Charlie. Tuvo que transcurrir algún tiempo para que yo comprendiera cuánto vales. Y cuando me di cuenta de cuán apasionadamente te amaba, empecé a tener miedo. Reconocí

que no era ni la mitad de buena, ni lo bastante inteligente como para ser tu mujer, e hice entonces voto de que si tú te cansabas de mí, o en cuanto yo descubriera que no eras feliz o lamentaras el haberte casado conmigo, me iría.

Bedelia hablaba rápidamente, sus palabras fluían como un torrente y pronto quedó sin aliento.

—¿Por qué? ¡Biddy! —dijo Charlie, conmovido por su dramatismo.

—Quisiera morir antes que herir tus sentimientos, Charlie.

Éste se sentó a los pies de la cama. Estaba emocionado por la vehemencia de su mujer, pero le daba vueltas la cabeza al mismo tiempo; pues si el amor la había impulsado a precipitarse en la tormenta de nieve para abandonarlo por creer que no lo merecía, ¿por qué, pocas horas antes, le pedía que se marcharan juntos? Sintió la tentación de hacerle la pregunta, pero se contuvo para no herirla al demostrar falta de fe en su excusa.

—Sé lo que estás pensando —dijo Bedelia—. Te preocupa saber de dónde habría sacado yo el dinero suficiente para un viaje como ése. Tengo algo más que confesarte, querido.

Al acercarse el momento de conocer la verdad, Charlie no estaba seguro de querer oírla. Su dedo índice recorría las curvas de una serpiente verde de indiana, acolchada en la blanca muselina del cobertor. Mejor sería vivir felizmente —dijose a sí mismo—, que conocer la dolorosa verdad.

Los troncos de los acolchados manzanos eran de colorido bermejo; el follaje, verde con pequeños toques blancos. Cada cuatro cuadros había una redonda manzana de algodón escarlata.

—En noviembre recibí algún dinero de mi propiedad.

—¿Cómo?

—Un legado. La abuela de Raúl se lo dejó al morir ella, y legalmente me ha correspondido. Su familia no quería hacerlo efectivo, pues siempre ha estado en contra de mí; pero tuvieron miedo de que yo promoviera un escándalo y demostrara cuán avaros son, y han tenido que entregármelo.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Ella suspiró.

—Querido, mi querido Charlie, detesto reprocharte, pero —e hizo un leve, despreciativo chasquido con la boca— eres algo celoso, incluso del pobre finado Raúl. Por ello decidí guardar esos fondos en secreto, para comprar con mi propio dinero los regalos de Navidad. Así podía ser todo lo derrochadora que quisiera, sin tener la sensación de que gastaba tu dinero.

—Entonces mentiste al decirme que habías ahorrado el dinero de los gastos asignados a la casa.

—Sí, querido.

—Hubiera preferido que me hubieras dicho la verdad.

—Perdóname, Charlie. Por favor, dime que me perdonarás —dijo, tendiendo hacia él sus manos. Él no las aceptó y cayeron, culpables, sobre la colcha.

—Me moriré si no me perdonas.

—No digas extravagancias.

—No te pongas así, Charlie. Yo te amo. Yo vivo solamente para ti.

Su fervor lo desconcertaba. Se levantó, se alejó de la cama y contempló sobre la chimenea, el retrato de su madre. Harriet Philbrick nunca se había pintado los labios ni las mejillas con *rouge*. El camina recto había sido su único adorno. Estaba sentada en una silla tallada de la época victoriana, y contemplaba al mundo con seguridad absoluta en su propia superioridad.

Enloquecido por la contemplación de los ojos de su madre, Charlie se volvió y exclamó en el mismo tono de voz que ella usaba cuando quería demostrar disgusto:

—¿Por qué me mentiste en lo de la sortija?

—¿Qué sortija, querido?

—Haz el favor de no mentir, Bedelia. Sé que no has tirado la perla negra: Yo la encontré en tu maleta.

—¡Oh! ¿Es eso? Tú la encontraste en mi maleta. Desde luego. Es que desde el momento en que resolví dejarte, no importaba ya que la llevara o no. Ya ves tú, querido, que no has podido corregir mi mal gusto; pues todavía tengo inclinación por esa perla falsa.

—Pero tú me dijiste que la habías tirado.

—No, nunca he tirado esa sortija.

—Tú me dijiste que lo habías hecho.

—¡Vaya una idea más estrafalaria!

—Escucha —casi vociferó Charlie—, tú me lo dijiste en Navidad. Yo quería regalársela a Abbie y tú aseguraste que la habías tirado.

Bedelia negó con la cabeza.

—Lo recuerdo perfectamente —dijo Charlie—. En dos ocasiones lo has dicho. La noche que cenamos en casa de Ben, también.

—¡No! —interrumpió ella—. ¡No! Yo no he dicho nada de eso. Fuiste tú quien lo dijo. Recuerdo que tú dijiste a Ben y a Abbie que yo había tirado el anillo, y yo no repliqué porque no quise contradecirte en público, especialmente después que Abbie había hecho la halagadora observación de que era un esposa excepcional. Me intrigó cómo pudo ocurrírsete tal cosa, y pensaba preguntártelo cuando estuviéramos solos, pero te dio el ataque aquella noche y me asusté tanto que lo olvidé completamente.

—¿Pretendes sostener que no me dijiste en Navidad que habías tirado la sortija?

—Yo no pretendo sostener nada —repuso Bedelia—. Estoy postrada en cama, enferma como un perro, y es una gran crueldad de tu parte estar ahí, de pie, y afirmar

que yo te he dicho algo semejante.

—Podría jurarlo —contestó Charlie.

—Probablemente lo habrás imaginado. Tú tienes una magnífica y fecunda imaginación, Charlie.

No se le ocurrió ninguna respuesta. Ella podía tener razón. Él estaba seguro de que Bedelia le había dicho que había tirado el anillo.

¿Podía ser imaginación solamente? No. ¿Era engañosa su memoria?, ¿su verdad, ilusión?, ¿su realidad, mera fantasía?

Una pregunta sinceramente contestada podía haber esclarecido toda la confusión. Pero a Charlie le repugnaba interrogar a su mujer sobre sus relaciones con Ben Chaney. ¡Cuánto más feliz sería si atribuía todas sus sospechas al producto de su sobrecargado cerebro! La verdad era que Charlie no deseaba conocer la verdad y voluntariamente se dejaba confundir por el aire inocente de Bedelia y se derretía con sus encantos.

Aquella noche Charlie despertó al contacto de unos dedos helados que tocaban su cara. Se había acostado en su antiguo dormitorio, el mismo que tenía cuando era soltero y vivían sus padres. Mientras Charlie estuvo enfermo, Bedelia había ocupado este cuarto. Su pañuelo, olvidado en la mesita de noche, envolvió con su fragancia a Charlie mientras se dormía.

Aspiró nuevamente y percibió el perfume más fuerte y próximo. Creyendo que esto y la impresión de los helados dedos eran parte de algún sueño, conservó cerrados los ojos y se volvió hacia la pared. La fragancia disminuyó, pero los dedos parecieron tirarle de su carne y a través de las paredes de su adormecimiento oyó pronunciar su nombre.

Bedelia estaba inclinada sobre la cama. En una mano sostenía la vela que Charlie le había dejado encendida al lado de la cama. Era larga cuando él la dejó allí, a las ocho de la noche, pero ahora estaba consumida hasta un centímetro de su base. El chal blanco de Angora resbalaba sobre los hombros de su mujer y su cabello colgaba en negras greñas. Sus ojos ardían con un fuego de inquietud que parecía avivarse constantemente y morir. Sus mejillas estaban encendidas de rojo.

Por la mente de Charlie cruzó, como un relámpago, el eco de la voz del doctor Meyers, y la advertencia del anciano volvió a tomar cuerpo. Pero se libró de su terror al recordar la disculpa del médico, y, ya completamente despejado, se sentó en la cama y dijo con voz firme:

—¿Qué pasa? ¿Te duele algo? ¿Qué es?

Bedelia no podía hablar. Parecía menos febril que asustada; violenta como un animal espantado. Su garganta, hinchada, palpitaba. Finalmente consiguió susurrar:

—Hay alguien abajo.

—Es imposible —contestó Charlie.

—Yo lo he oído. Alguien que está moviéndose. —Charlie se inclinó sobre ella y le cubrió los hombros con el chal que llevaba semicaído.

—No deberías andar por ahí con este frío, querida. Vuélvete a la cama. Estamos aislados de todo el mundo. Nadie puede acercarse a nosotros.

Sin prestar atención, sorda a sus palabras, insistió:

—Tengo miedo. Alguien está aquí. —Estaba inclinada sobre la puerta, escuchando.

Charlie oyó el río rebotando, chocando y deshaciéndose contra las rocas, y los usuales crujidos y rumores de la vieja casa. Se puso la bata verde nueva, que le había regalado su mujer, sujetó su cinturón apretadamente alrededor de su cintura y encendió una vela. Bedelia estaba agachada al lado de la cama, mirándolo.

Así que él inició la salida, ella le gritó:

—¡Espera! ¡No te vayas!

—No seas loca. Estoy seguro de que no hay nadie allí. Bajaré para asegurarme y quitarte la preocupación. Vuélvete a la cama y abrígate con muchas mantas. Te calentaré un poco de agua para la bolsa de goma.

—Te quiero tanto, Charlie, que me moriría si algo te sucediera.

La acompañó hasta el dormitorio delantero y luego le arregló las ropas de la cama. Ella lo miraba ansiosamente mientras salía con la palmatoria en la mano.

¿Por qué, si no existía posibilidad de que entrara en la casa ningún intruso, si estaban tan aislados que nadie podía alcanzarlos, por qué latía tan fuerte su corazón, como si él también hubiera oído al enemigo de Bedelia, y temiera encontrárselo en la oscuridad? Pisaba con precaución, de puntillas, sosteniendo la palmatoria con la mano izquierda, de modo que le quedara libre y lista la derecha. En las sombras danzantes proyectadas por la vela veía movimientos sospechosos, y cada rincón le parecía ocupado por una multitud que lo esperaba. Mientras abría puertas y entraba en los oscuros cuartos, su cuerpo se estremecía.

Exploró toda la casa, mirando en los armarios y detrás de los sofás y pupitres. Nadie había allí. Su aislamiento era tan completo como lo había sido siempre; la noche, quieta; la nieve, sin fisuras... Afuera nada se movía, excepto el río, arrastrándose como una serpiente negra entre las rocas cubiertas de nieve. Mientras, desconfiado, trasteaba por la cocina para calentar un cacharro de agua, se dio cuenta de que le tenían en aquella tensión ruidos que no le eran familiares. Bedelia dijo:

—Lamento haberte molestado. ¿Me lo perdonas, querido?

Él llenó la bolsa de goma; la envolvió en una toalla y la colocó debajo de los fríos pies de Bedelia.

—¿Por qué estás tan nerviosa? Tal vez sería mejor que hablaras con el doctor sobre esas pesadillas. Eso no puede ser normal.

Ella le besó y dijo que estaba demasiado fatigada para hablar entonces de esas

cosas. ¿Querría perdonarla y dejarla dormir?

Por la mañana estaba mucho mejor. Su nerviosismo había desaparecido con la fiebre, y se encontraba de mejor humor.

—Me perdonas por haberte molestado anoche, ¿verdad? —imploró Bedelia.

Charlie estaba de pie al lado de la ventana, de espaldas a la cama. La helada había endurecido la nieve, que brillaba como una capa de azúcar sobre un pastel de boda. Ningún vehículo había profanado aquella blanca superficie.

—No puedo comprender cómo se te ocurrió pensar que anoche alguien andaba en la casa. Tú sabes que estamos completamente aislados.

Ella no contestó inmediatamente. Tres segundos más tarde, Charlie sintió sus cálidos y húmedos labios en la mejilla. Ella le decía, con su sonrisa y con sus besos, que deseaba olvidar sus horribles pesadillas. Su blando peso gravitaba sobre él y rogó:

—Por favor, no estés incomodado. Me moriré si te pones contra mí.

—¿Por qué dices siempre eso, Bedelia? Nadie está contra ti.

—La gente habla a mis espaldas. Tú no lo sabes. Quieren indisponerte conmigo.

—Eso es absurdo. ¿Quiénes son? Además, nadie podría hacerme ir contra ti. Eres mi mujer y yo te amo entrañablemente. Pero no puedo evitar sentirme herido y disgustado cuando me mientes.

Ella cambió la conversación.

—Mira el río, qué negro parece en contraste con la nieve. ¿Se hiela alguna vez?

—Aquí, no. Se mueve siempre. Pero hacia abajo, cerca del molino, ahora debe estar hecho un bloque. Cuando estés curada del resfriado te enseñaré a patinar.

—¿Cuánto tardará en fundirse la nieve?

—Tardará semanas, a menos que venga un deshielo prematuro.

—¿Pasaremos mucho tiempo bloqueados por la nieve?

—No. De ninguna manera. Estarán ya limpiando la carretera. Debe haber mucha nieve en la ciudad.

—Tal vez no la limpien nunca.

—Si no lo hacen, dejaré de pagar mis impuestos. Esta carretera se limpia siempre: es una vía importante.

—¿Y los caminos secundarios?, ¿los limpiarán también?

—No, hasta que la naturaleza lo haga.

—Entonces Ben quedará sitiado por mucho tiempo.

Charlie hizo un movimiento afirmativo. Bedelia no disimuló su satisfacción. Quiso levantarse, pero Charlie insistió en que guardara cama otro día más. Trabajaba tan satisfactoriamente toda la mañana como una sirvienta de a veinticinco centavos la hora. Bedelia le pidió varias veces que descansara pero a él le divertía el trabajo. El esfuerzo físico le impedía pensar, y al mediodía se sentía tan vigoroso y atontado

como un atleta.

—De ahora en adelante —dijo, mientras llevaba al dormitorio la bandeja con el almuerzo de Bedelia— no tendré compasión cuando oiga a las mujeres que se quejan dél trabajo de la casa. Es mucho más agradable que hacer trabajar el cerebro.

Bedelia se rió. Estaba muy bonita, sentada, con su espalda apoyada en las almohadas y su mañanita de lana rosa.

Comió todo su almuerzo y agradeció efusivamente a Charlie sus bondades para con ella. Él había subido leña y le encendió un fuego en el dormitorio.

—¡Eres muy bueno, queridísimo! Eres demasiado excelente para cualquier mujer. No pensé que un *hombre* pudiera ser tan bueno.

—Parece como si no tuvieras mucha fe en nosotros.

—¡Los hombres son malos!

—Querida niña, eso parece demasiado amargo.

—Tú no sabes, Charlie. No hay en el mundo muchos hombres como tú. Los otros son terribles. Cuando te hicieron a ti, se destruyó el molde.

—Tú has sido infortunada. Te has encontrado con unos pocos hombres malos y juzgas a todo el sexo por ellos. ¡Hay muchos hombres buenos y correctos!

—¡No! ¡No! Tú no sabes de eso. Son malos. ¡Bestias!

Charlie estaba impresionado por su aspereza. Recordó ciertas historias que su mujer le había contado y sintió compasión por ella, que habiendo sufrido tanto cuando era muy joven, había llegado a perder, desde entonces, la fe en la naturaleza humana. Esto explicaba sus prejuicios y la falta de equilibrio en sus emociones.

Por ser guapa y radiante, al principio él la miró como una mujer pletórica de vida, pero ahora la veía como una inválida, cuya salud podía restablecerse únicamente por su constante devoción y ternura. Ella tendría que aprender a confiar ciegamente en su marido, decirle la verdad y librarse a sí misma de todos sus odios y amarguras.

Sintiéndose más un padre que un marido, se inclinó sobre la cama y besó a Bedelia en la frente. Ella rodeó su cuello con sus brazos, le atrajo a sí convulsivamente y apretó sus labios contra su boca, su barbilla, su mejilla.

Charlie permaneció con ella hasta que se quedó dormida, con su mano caliente oprimiendo la suya. Le abrió suavemente los dedos, le subió el embozo y salió.

El *rouge* de sus labios había dejado impresa una huella que parecía una cicatriz en su mejilla.

Lavó los platos del almuerzo y los puso otra vez en el estante. Después se fue a su «caverna» y llenó la pipa. Mientras empujaba el sillón Morris hacia la ventana, decidió que dejaría de preocuparse por Bedelia. Con el tiempo, si tenía bastante paciencia y simpatía, ella acabaría por confiar en él. Y era mejor enterarse de sus pecados... o de sus locuras... por su confesión voluntaria, que arrancarle forzosamente los hechos. Estaba seguro que si buscaba el mal encontraría las cosas

mucho más negras que si se ablandaba y llegaba a saber la verdad suavemente. El posapié del sillón *Morris* se deslizó hacia fuera; Charlie se acomodó *confortablemente* y comenzó a fumar su pipa con gran fruición.

Una sombra se deslizó ante la ventana. Charlie se levantó de un salto. La sombra se movió más allá de la ventana, dobló la esquina de la casa y se detuvo en la puerta principal. Era Ben Chaney que había bajado de la colina con su calzado para nieve. Sonó el timbre de la puerta.

—¿Cómo está usted? —preguntó Ben. Se inclinó sobre su cintura, apoyándose en la pared para desabrocharse los esquíes. Llevaba un sobretodo corriente con solapas de terciopelo, sombrero *derby*, bufanda de lana encarnada y orejeras.

—¿Cómo está usted? —contestó Charlie.

—Me las he arreglado para sobrevivir. Es difícil creer que nos hallamos solamente a cien kilómetros de Herald Square, ¿no es verdad? Me siento convertido en un esquimal. —Miró a Charlie, examinando su cara, completamente inexpresiva—. Créame —continuó Ben—, si yo fuera un esquimal, la última persona que desearía tener en mi choza sería a Hannah. Me ha contado la historia de cada uno de los menos interesantes vecinos de la comunidad. ¿No va usted a invitarme a entrar?

—Pase usted.

Los ojos de Ben escudriñaron el vestíbulo y la escalera, y antes de seguir a Charlie a su «caverna» echó una fugaz mirada hacia el salón.

—He intentado telefonarle, pero mi línea está cortada.

—También lo está la nuestra.

—¡Condenado inconveniente! No he podido tener noticias del amigo que está en camino para visitarme: el de Saint Paul, como usted sabe. Supongo que los ferrocarriles estarán bloqueados.

—Probablemente.

—El de Nueva York, seguro. Pero no sé si habrá podido llegar hasta allá. Sin duda habrá quedado detenido en alguna parte, Ithaca o Rochester. —Ben estaba junto al radiador, frotándose las manos.

—¿Tiene usted frío? —dijo Charlie—. ¿Quiere algo de beber?

—No es mala idea. Un trago de coñac daría en el blanco. —Siguió a Charlie al comedor, siempre frotándose las manos y preguntó—: ¿Qué piensa de mí con este calzado para la nieve?^[6]

—No creía que sabía usarlo.

—Tampoco yo. Ya había abandonado toda esperanza de ser rescatado, y me resignaba a la muerte lenta por aburrimiento, cuando los hijos de Asa Keeley llegaron con calzado para nieve y me trajeron éste.

—Ha aprendido pronto.

—Al principio di unos cuantos traspies, pero los muchachos me hicieron algunas

indicaciones, y aquí estoy sin ningún hueso roto —se reía francamente. Su liberación de la casa y de la compañía de Hannah le había puesto de buen humor.

—A su salud, Horst. ¿No va a beber usted?

—No me apetece —murmuró Charlie, que no estaba de humor para chocar su vaso con el de Ben Chaney.

—¡A su salud! —repitió Ben. y de un trago bebió su coñac—. ¿Cómo se siente?

—Muy bien —dijo Charlie a regañadientes.

—¿Y Bedelia?

—Ella no está bien.

—Lo siento. ¿Qué le pasa?

—Un fuerte resfriado con fiebre. Creo que es gripe.

—Malo, malo... ¿Ha venido el doctor?

—¿Cómo podría llegar hasta aquí?

Ben se rió.

—Todavía soy el hombre de la ciudad. Bueno, esto ha sido un experimento. Es un placer verlo. Charlie.

Mientras hablaba de modo inconsciente. Ben no dejaba de mirar a su alrededor. Ningún rincón de la habitación había escapado a su examen. En algún tiempo, Charlie había creído que este hábito de observación era signo de su sensibilidad artística ante las formas y superficies; pero ahora decidió que denotaba indebido interés en Bedelia y cuanto la rodeaba. A despecho de su creciente aversión, Charlie reconoció en la vitalidad de Ben, en su intenso color moreno, en las distinguidas facciones de su cara de nariz delgada y altos pómulos, cualidades atractivas para una mujer.

Charlie sentía crecer su irritación. Miró a Ben, que apropiado del sillón *Morris* y acomodado a su placer en él, jugaba con el abrecartas del abuelo de Charlie, y lo abordó:

—¿Qué le ha hecho usted a mi mujer? ¿Qué es lo que la ha hecho tan desdichada?

La pregunta alarmó a Ben. La forma de su cara pareció cambiar. Sorprendió la mirada de soslayo de Charlie e inmediatamente varió de expresión y, con ojos cuya vidriosidad disimulaba sus sentimientos repuso:

—Yo no le he hecho nada a su mujer.

—No me mienta. Tengo que averiguar qué hay en todo esto. Usted ha hecho algo, o dicho algo, que la ha puesto al borde de la postración nerviosa. ¿De qué se trata? Si usted la ha ofendido... —y la voz de Charlie se apagó. A despecho de su deseo de mantenerse sereno demostraba una pasión tremenda. Su cara habíase vuelto color remolacha, una vena sobresalía en su frente y sus puños se abrían y cerraban de continuo.

Ben se recostó en el sillón, tratando de aparecer sosegado, pero vigilaba

atentamente a Charlie mientras al propio tiempo se mantenía en guardia.

—¿Le ha dicho Bedelia que yo la he ofendido?

—Creo más en la palabra de mi mujer que cuanto usted pueda decir para convencerme. Sé que Bedelia es sincera conmigo, por lo tanto es inútil que se ande usted por las ramas. ¿Qué sucedió entre usted y ella el otro día?

Ben no contestó en seguida. Charlie sintió escarnio en su silencio y pensó que Ben estaba tomándose tiempo para fabricar alguna mentira con que suavizar al marido engañado. Cuanto más esperaba Charlie, más fuerte era su determinación de obtener una respuesta concreta.

—¿Qué le ha dicho su mujer de mí?

La insolencia de la pregunta pasmó a Charlie. ¿Qué derecho tenía Ben Chaney para pedirle explicaciones a él, el injuriado, el marido agraviado? Pero esta posición no era segura para él: y su derecho, inestable, toda vez que no había podido conocer la verdad de boca de Bedelia. Su ignorancia lo tenía indefenso y le llenó de ira.

—¡Maldita sea! Usted no tiene derecho a hacerme preguntas. Dígame la verdad o yo se la sacaré a la fuerza.

Ben enarcó las cejas.

—No puedo defenderme hasta que no haya oído la acusación. Dígame de qué se trata y yo le contestaré sinceramente.

Charlie hubiera preferido luchar antes que discutir, pero no había nada que justificara la lucha: pues Bedelia nunca había confesado infidelidad ni Charlie había descubierto nada comprometedor en sus relaciones con Ben. Por el contrario, ella le había expresado que le tenía miedo.

—¿Por qué mi mujer tiene miedo de usted? Dígamelo sinceramente —le inquirió Charlie.

—¿Tiene miedo de mí? No sabía eso. La última vez que la vi estuvo muy cordial. —La voz de Chaney era serena, pero sus ojos brillaban mucho. No estaba tan tranquilo como quería aparentar.

—¿Qué sucedió el otro día, que la hizo intentar fugarse en lo más fuerte de la tempestad?

Ben dio un salto.

—¡Intentó huir! ¿Cuándo?

Las posiciones se habían invertido. Ben había pasado a ser el curioso, el impaciente, Y Charlie tenía las armas de lo que sabía y el poder de martirizarlo.

—Vamos, dígame —Ben no intentaba disimular su ansiedad—. Huyó en lo más fuerte de la tempestad, según dice usted. ¿Después que el doctor Meyers y yo estuvimos aquí la otra tarde?

—Dice que usted está contra ella. ¿Qué significa eso?

Ben volvió al sillón *Morris*. Por un momento pareció absorto en sus

pensamientos. Había tomado otra vez el abrecartas y apuntaba con él contra el dorso de su mano. Al fin, evitando mirar a Charlie, dijo:

—¡Al infierno con ello! Tendré que decírselo a usted.

—Entonces, ¿usted tiene algo que confesar?

—Siéntese.

Charlie no quería sentarse, pero no disponía de tiempo para malgastarlo discutiendo. Se sentó en el mismo borde del asiento y tamborileó sus dedos en el armazón de madera.

Ben dejó de punzarse la mano y usó el brazo de la silla como blanco.

—Es una historia larga. ¿Empezaré por hablarle a usted de Barrett?

—¿Quién diablos es Barrett?

—Keene Barrett es el hombre de Saint Paul. Acuérdesse que yo mencioné su nombre el otro día. —Ben estudiaba la cara de Charlie para ver si sus palabras causaban algún efecto.

—¿Lo mencionó usted? Probablemente yo no estaría escuchando. ¿Qué tiene él que ver con usted o con mi mujer?

—Keene Barrett debía haber llegado la noche que usted vino a mi casa a comer, pero hubo tormenta en el Oeste medio y su tren se retrasó. Llegará aquí tan pronto como los caminos estén abiertos.

Siguió un silencio. No era el confortable silencio de una pausa en una buena charla entre amigos, sino el triste silencio del recelo.

—¿Qué tiene que ver ese Barrett conmigo? —preguntó Charlie, atropelladamente.

Ben había decidido contar la historia de acuerdo con un plan, y no iba a dejar que Charlie, con su impaciencia, le llevara por otro camino. Recostándose en su sillón y dejando caer el abrecartas, empezó:

—Keene Barrett tenía un hermano, Will. Ellos poseían... Keene Barrett posee todavía, un par de farmacias, una en Minneapolis y la otra en Saint Paul. Los asuntos iban bien, porque ambos eran competentes hombres de negocios, y también buenos farmacéuticos. Pusieron fuentes de soda, arreglaron los escaparates y lograron buenas ganancias en las ciudades gemelas. Keene era el comerciante, Will el farmacéutico. Hasta el día en que murió, disfrutó despachando recetas.

—Oiga, Chaney, todo eso no me interesa —gruñó Charlie—. Yo le he hecho una pregunta y...

—Encontrará usted la respuesta bastante pronto —interrumpió Chaney, y continuó con su historia—. Keene tenía una mujer bonita y gorda y tres hijos. Apremiaba a su hermano para que se casara. La señora Keene era aficionada a organizar pequeñas reuniones, invitando a preciosas muchachas, y hacía que su cuñado Will las acompañara a sus casas. Al fin creyó que le había encontrado un magnífico partido en una muchacha, cuyo padre era miembro de la Bolsa de

Minneapolis.

Charlie dio un profundo suspiro, confiando en distraer a Ben y hacerle abandonar el relato. Ben le reclamó silencio con un movimiento de sus manos, y prosiguió:

—Hace ahora dos años, Will tuvo una pulmonía, y fue a reponerse a Hot Springs. Un día, su hermano recibió un telegrama en el que Will decía que había conocido a una muchacha que le gustaba lo bastante como para casarse con ella. Una semana después recibió otro anunciando que Will regresaba a casa con su mujer. La señora Keene quedó decepcionada, pero éste dijo que la vida privada de su hermano era asunto sólo de él y recomendó a su mujer que olvidara la Bolsa y diera la bienvenida a su nueva cuñada. Toda la familia fue a la estación a recibirla —Ben había empezado otra vez a jugar con el abrecartas—. Estoy haciendo un relato infernalmente largo. Pero usted debe conocer todos los detalles.

—En nombre de Dios, ¿por qué?

—Pronto lo verá. La recién casada resultó ser un encanto. Al cabo de una semana la señora de Keene estaba satisfecha de haber perdido las acciones de la hija del bolsista. Todo el mundo amaba a Maurine... éste era su nombre... Maurine Cunningham. En el club de *whist*^[7] tuvo un éxito clamoroso, y todas las señoras organizaron almuerzos en su honor. Will Barrett no había sido nunca tan feliz en su vida y contaba a su hermano, todos los días, cuán adorable era su mujer. Era cariñosa, alegre, cuidadosa, y además, buena cocinera. Alquilaron un piso amueblado, pero Maurine no estaba satisfecha con sus utensilios de cocina y siempre compraba nuevos cacharros y platos. A veces, Will tenía que trabajar por la noche, en la tienda de Minneapolis, y Maurine acostumbraba hacerle compañía sentada en un sillón de la sala de recetas. Al regresar a su casa, se detenían en algún jardín o en alguna cantina subterránea a tomar un vaso de cerveza. Will era aficionado a la cerveza.

—No veo por qué me cuenta usted todo esto —interrumpió Charlie. Estaba aporreando con su puño el marco del canapé, en preparación de un golpe más a su gusto—. Permítame que le diga, Chaney, que si usted está intentando evitar mis preguntas...

—Cálmese usted —ordenó Ben—. Le he dicho que había un motivo para que yo le contara esta historia, y pronto lo comprenderá, demasiado pronto, tal vez, para su propia tranquilidad.

—Está bien, pero dese prisa. No me importan los detalles. La vida doméstica de la familia Barrett parece bastante gris. En fin, ¿qué sucedió?

—Se habían casado en el mes de marzo. A principios de junio hubo un congreso de farmacéuticos en Chicago. Los Barrett decidieron convertir el viaje en unas vacaciones, y se llevaron con ellos a sus respectivas mujeres. Tomaron el tren hasta Duluth y allí embarcaron en el vapor del lago. Mientras estaban sentados sobre cubierta un hombre se les acercó y dijo: «¿Cómo está usted, señora Jacobs?». Todos

creyeron que estaba trastornado, pero él miraba derechamente a Maurine y continuó: «Sabía que la encontraría. Tengo buenas noticias». Ella pareció muy mortificada. «Lo siento, pero no sé quién es usted», dijo. El hombre preguntó entonces si no estaba hablando con la señora de Arturo Jacobs, de Detroit.

Will dijo entonces: «Debe estar usted equivocado. Esta señora es mi mujer».

«El hombre se excusó explicando que deseaba no haber ofendido a nadie: sucedía que había un notable parecido entre la señora de Barrett y la señora de Jacobs. Esto no era nada extraordinario y le ocurre a todo el mundo; pronto dejaron de pensar en ello. Ya bien entrada la noche, cuando los demás se habían acostado, Keene Barrett estaba paseando sobre cubierta, y aquel hombre, acercándosele, le explicó por qué estaba tan disgustado por no encontrar a la señora Jacobs. Él era un agente de seguros, y Arturo Jacobs un joyero, cliente suyo. Jacobs había fallecido y su viuda había cobrado cincuenta mil dólares. Había alguna deducción de honorarios, derechos y costas, pero más tarde resultó que se había cometido un error en la contabilidad y la compañía de seguros era deudora a la señora Jacobs de doscientos cincuenta dólares. Intentaron comunicarse con ella, pero se había ido sin dejar su nueva dirección. La compañía de seguros, sabiendo lo mucho que se las critica actualmente, quería pagar hasta el último centavo que adeudaba a la beneficiaria, y pidió al agente que había vendido la póliza a Jacobs que la buscara. Nadie supo dónde estaba, ni la familia Jacobs en Detroit, ni su abogado, ni ninguno de sus amigos.

»Mientras iba recordando a la señora Jacobs —dijo el agente— le parecía que era más clara de color que la señora de Barrett, pero como ésta llevaba sombrero, pudo haberse equivocado. Keene creyó que todo aquello era una farsa, pues el hombre insistió en darle su tarjeta *comercial*, y le pareció un hábil truco del agente de seguros para trabar conocimiento. Cuando regresaba a su camarote, Keene rompió la tarjeta y echó los pedazos por la borda.

Ben hila una pausa y se sirvió otra copa. Charlie movía nervioso los pies. Estaba enfermo de impaciencia.

Al volver del congreso —continuó Ben—, Will alquiló una casita de verano en las orillas del lago Minnetonka. Los Barrett eran hombres de aire libre, aficionados a los botes y a la pesca, así como a los deportes de invierno; patinar y esquiar. Maurine no era tan aficionada como ellos, pero Will se complacía en enseñarle natación y a timonear. A Maurine le gustaba el campo e insistió en ocuparse ella misma de las faenas de la casa: y cuando Will estaba en la ciudad, en su trabajo, ella amasaba pasteles, cosía, y leía novelas.

«Un sábado, los Keene Barrett salieron a comer con Will y Maurine. Will bebió unas cuantas botellas de cerveza y se puso algo alegre. Quería salir con todos a pasear en su canoa. La señora Keene se horrorizó y dijo a Will que de ningún modo ni por ningún motivo debía llevar a Maurine a pasear en canoa a altas horas de la noche,

sobre todo teniendo en cuenta su estado».

Por primera vez Charlie demostró interés en el relato y preguntó:

—¿Está embarazada?

Ben asintió con un movimiento de cabeza y continuó:

—Will se enfadó con su cuñada porque lo había reprendido. Y dijo que la excursión había sido idea de Maurine. Frecuentemente paseaban de noche, en la canoa. Fuera como fuese transcurría la noche. Will quedó amodorrado por la cerveza y no se habló más de ir al lago. A las once, los Keene Barrett se marcharon y Maurine declaró que estaba tan cansada que antes de cinco minutos se quedaría dormida. La primera noticia que tuvo de ellos después Keene Barrett fue que su hermano había fallecido aquella mañana. Maurine había ido corriendo hasta la casa de su más próximo vecino, a medio kilómetro, y golpeó desesperadamente su puerta, pidiendo socorro. Su marido, dijo, había desaparecido. Su cama estaba vacía.

»Los vecinos, con sus hijos, regresaron con ella a su casa, y uno de los muchachos vio flotar la canoa tumbada sobre un costado. Encontraron el cuerpo de Will debajo del embarcadero. Parecía como si al querer embarcar hubiera perdido pie y se hubiera caído al agua, quedando aprisionado entre los pilares: eso sólo podía haberle ocurrido a un hombre como él, acostumbrado a embarcaciones, si estaba abotagado y borracho por haber tomado demasiada cerveza.

Ben entonces, aguardó a que Charlie dijera algo. Charlie se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Qué le pasó a la mujer?

—Sufrió un colapso. Keene estaba consternado, pero él y su mujer creyeron que su primer deber era cuidar de su cuñada. Financieramente, Maurine quedaba bien, pues Will tenía una póliza de seguro de vida por treinta y cinco mil dólares. El importe asombró a Keene: era una gran carga la que Will había arrostrado; pues aunque las farmacias prosperaban, costaba mucho su sostenimiento y los ingresos de los hermanos provenían principalmente de los sueldos que retiraban. De todas maneras, Keene se sintió satisfecho de que Maurine y su hijo por nacer tuvieran con qué vivir y no gravitaran sobre él.

»A las seis semanas, poco más o menos, de la muerte de Will, Maurine decidió que un cambio de ambiente la distraería de los trágicos momentos pasados, y fue a Kansas City a visitar a una tía suya. Había desocupado el hotelito y estado viviendo en Saint Paul, en casa de sus cuñados. Al marchar dejó muchas cosas en el desván: peroles y platos de fantasía, ropa interior de invierno y su abrigo de pieles. Toda la familia la acompañó al tren. Ella los besó a todos ardorosamente y, con lágrimas en los ojos, les dio repetidas gracias por sus bondades. Y ésta fue la última vez que ellos vieron a Maurine.

—¡Cómo! ¿Quiere usted decir que nunca más la volvieron a ver?

—Nunca.

—¿Cómo sucedió eso?

—Recibieron un par de cartas, una escrita con el membrete del hotel Mühlbach y otra con el papel litografiado y en relieve que Charlie le había llevado de uno de los proveedores que vendían a la farmacia material de escritorio para regalos.

—Usted ha dicho «Charlie».

—Quería decir Will Barrett.

—La habitación está helándose —dijo Charlie, y abrió la llave del radiador—. He mantenido buen fuego en la caldera en atención al resfriado de mi mujer, pero esto se caldeó demasiado, y cerré la llave del radiador. —El vapor silbaba en las tuberías.

—Un día —prosiguió Ben— la señora Keene dijo que estaba preocupada por Maurine. La pobre muchacha había soportado el golpe valientemente, pero su sistema nervioso podía haberse resentido más seriamente de lo que ellos creyeron. La mujer de Keene llamó al médico de la familia y le preguntó en qué fecha debía nacer el bebé de Maurine. El doctor dijo que ignoraba que Maurine estuviera embarazada, aunque ello no era imposible. Ella había cuidado cuando su crisis nerviosa pero como no hubo complicaciones de otro género, no le había hecho ninguna revisión general.

»Keene empezó entonces a preocuparse. Telegrafió a Mühlbach. Su telegrama fue devuelto, informándosele que la señora Barrett no estaba en el hotel. Telegrafió nuevamente preguntando si había dejado las señas de su dirección, y le contestaron que nunca había estado en el hotel. Tenían, sin embargo, correspondencia para ella, pero resultó que eran cartas de Hazel y Keene Barrett:

»Pasó tiempo. Keene trataba de tranquilizar a su mujer diciéndole que Maurine era descuidada y perezosa y que cualquier día les sorprendería telegrafiadolos para que la esperaran en la estación a la llegada del tren. Necesitaría sus cosas de invierno, sobre todo el abrigo de pieles.

»Un día, mientras ordenaba los papeles de su pupitre, Keene encontró un sobre que contenía los talones de las reservas de sus camarotes en la travesía a Chicago. Se los enseñó a su mujer, que se echó a llorar acordándose de lo felices que todos habían sido y pensando si la pobre Maurine, muerta en algún accidente de tráfico o de ferrocarril, no habría sido enterrada en la fosa común por falta de identificación. A Keene los talones de los pasajes le suscitaron otro recuerdo: el agente de seguros y el relato del caso de la señora de Jacobs y las curiosas coincidencias con el de Maurine.

»Escribió a la compañía de seguros y preguntó si podían darle la dirección de la viuda a la que recientemente habían pagado treinta y cinco mil dólares. Pocos días después recibió la visita de dos personas: una, el vicepresidente y gerente general de la compañía de seguros, y la otra, un detective particular.

—Continúe —dijo Charlie.

—Keene no había mencionado el incidente Jacobs en su carta, pero la compañía

lo había relacionado inmediatamente con la desaparición de Maurine, y le hablaron de un tercer caso en Memphis. Todas las historias tenían ciertos puntos de contacto con la del noviazgo, casamiento y repentina muerte de Will Barrett. McKelvey, el hombre de Memphis, había muerto envenenado después de cenar pescado. Su mujer había comido una chuleta recalentada, pues no le gustaba el pescado. Algunos amigos de McKelvey y otros conocidos recordaron que, cuando iban al hotel Peabody a comer las famosas ancas de rana o los *snappers*^[8] colorados, ella pedía pollo o asado. No se le hizo autopsia. ¡Es mucha la gente que ha muerto de comer pescado en malas condiciones!

»Jacobs, el marido de Detroit, se quedó dormido en el baño y se ahogó.

—¡Caramba! —dijo Charlie.

—McKelvey, el primer marido de nuestra lista, era director de un periódico y había ido a Asbury Park para pasar sus vacaciones de verano; allí se encontró con una encantadora viuda llamada Anabela Godfrey. Jacobs encontró a Cloe Dinsmore en un tren en ruta para el Derby de Kentucky; le sacó una ceniza del ojo y le explicó qué tenía que hacer con sus apuestas. Su familia quedó complacida con el casamiento, a pesar de que ellos eran judíos y la desposada no, porque era tan amable y seria, que pensaron le apartaría del vicio de jugar tan importantes cantidades.

»En todos los casos la mujer era guapa, sobresaliente en sus maneras y muy hábil para encantar a la familia del marido. Se trataba siempre de una viuda que se había encontrado con su marido en un balneario o, como en el de Jacobs, yendo a las carreras.

»La señora de McKelvey y la señora de Barrett dijeron hallarse embarazadas cuando sus maridos se aseguraron la vida por sumas considerables. No sabemos si también en el caso de la señora Jacobs, pues aún cuando ella cenaba con su suegra todos los viernes, no reveló ningún secreto. Pero los hombres como Jacobs son bien precavidos, y como se jugaba gran parte de sus ingresos, no era extraordinario que se asegurara la vida por cincuenta mil dólares.

Con serena voz, Charlie preguntó:

—¿Por qué me cuenta usted esta historia?

Ben levantó la vista. Sobre la boca de Charlie se veía la curva mancha impresa por los labios de Bedelia.

—Arturo Jacobs era joyero. Coleccionaba perlas negras.

—Es una historia interesante. ¿Otro trago?

Charlie inclinó la botella sobre el vaso vacío de Ben. Su mano y su voz eran seguras y su expresión tranquila, Ben era el que mostraba nerviosismo. Se abrasó la garganta con el licor, movió la cabeza e hizo una mueca.

—No me gusta contarle todo esto, Horst; pues usted es endiabladamente magnífico, y desde que vine a vivir aquí yo he... —se interrumpió y dejó caer un

puño sobre el brazo de su silla. ¡Al demonio con todo! De todas maneras, más pronto o más tarde tendrá que saberlo.

Charlie miraba al suelo.

—Yo pinto —dijo ceñudamente Ben, pero solamente como pasatiempo, y ello me ha servido de ayuda en este caso. Ella dijo que su primer marido era artista. Permítame que le entregue mi tarjeta.

Extrajo su cartera y le dio una tarjeta a Charlie. En ella se leía: «Benjamín Wallace Chaney e hijos. Investigaciones particulares», y la dirección en Broad Street, Nueva York. En la parte inferior, en la esquina izquierda. «Mr. B. W. Chaney. Jr.».

Charlie arrojó la tarjeta al cesto de los papeles.

—En la actualidad estamos trabajando en un asunto de la federal Insurance Company, la South and Western, The Holtsehold y la New Colonial and Family Life. —La última nombrada era la compañía de seguros en la que Charlie había asegurado su vida por sesenta mil dólares.

—Desde el invierno último estas compañías se han combinado en el mismo esfuerzo para descubrir a la mujer o mujeres complicadas en estos casos. En su mayor parte ha sido un trabajo vulgar y rutinario... porque hemos examinado las vidas de las mujeres cuyos maridos habían suscrito pólizas o aumentado de importe de las que tenían desproporcionadamente con sus ingresos. La mayoría de ellas son nerviosas, consentidas, con miedo a quedarse solas. Uno puede hacer las averiguaciones y comprobaciones referentes a las vidas de esas mujeres en pocos días. Tienen familia, amigos, certificados de estudios. Pero cuando una mujer habla de un pasado cuya comprobación no puede hacerse, cuando no se puede localizar un solo amigo, ni una casa donde haya vivido, ni una tienda donde haya comprado...

Charlie se había dominado admirablemente durante la primera parte de las revelaciones, pero de pronto empezó a gritar:

—¡Fuera de aquí! ¡Salga de aquí!

Ben notó la roja mancha en el labio de Charlie, señal dejada por el afecto de Bedelia, y sonrió levemente. Esta sonrisa fue demasiado para Charlie, que se abalanzó y le golpeó. Ben estaba descuidado y quedó sin aliento. Charlie estaba de pie, dominando el sillón *Morris*, con el puño en alto pronto a golpear de nuevo. No era ésta manera correcta de luchar. Pero no se cuidaba ahora de las reglas de lucha. Su ira era violenta y sus instintos lo empujaban a castigar a su enemigo.

Se inclinó hacia adelante y su puño quiso alcanzar la barbilla de Ben. Pero éste ya estaba en guardia, y aunque sentado, pegó fuerte. Charlie se tambaleó hacia atrás. Ben se enderezó. Charlie se repuso y avanzó. Ben era más bajo, pero tenía escuela y experiencia de lucha, mientras que su oponente no había usado sus puños desde su juventud, y no tenía otra guía que su ira. Luchó rudamente, pero sin eficacia. Ben le echó un brazo alrededor de la cintura y, volteándolo, lo tiró al suelo. Quiso

levantarse, pero Ben estaba vigilándolo. Cada uno de sus movimientos eran fáciles, economizando sus esfuerzos, rápidos y seguros. Charlie no quiso rendirse hasta que su furor quedó satisfecho. Luchó salvajemente. Rodaron a todo lo largo de la habitación. Finalmente, Ben lo clavó contra el suelo y le puso una rodilla encima, de modo que quedó completamente sin defensa. Ben se levantó, se estiró la chaqueta, arregló su corbata y se alisó el cabello, y hasta que Charlie se puso otra vez de pie, estuvo dándole la espalda para que no sintiera su humillación demasiado vivamente.

Charlie permanecía en el centro de la sala; sus manos y brazos pendían sin vigor de sus golpeados hombros. Había perdido la lucha y permitido que le sacudieran. Entonces vio que la pugna carecía de sentido, pues aunque él hubiera destrozado a Ben, no por ello hubiera cambiado ninguno de los hechos explicados por el detective.

Cuando Charlie habló nuevamente escogió con cuidado sus palabras y, articulándolas claramente, dijo:

—Creo saber por qué me ha contado esta historia y qué quiere usted que yo crea de ella. Pero está equivocado. Ha seguido una falsa pista. No quiero oír hablar más del asunto.

—No le culpo a usted —dijo Ben, suavemente—. Yo hubiera hecho lo mismo a cualquiera que hubiera formulado semejantes alusiones respecto a mi mujer. Pero la realidad sigue siendo...

—¡No quiero oír nada más de sus realidades!

—Puede ser que le parezcan más interesantes cuando usted haya ingerido una dosis de veneno en su arroz hervido.

—¡Váyase al diablo! —vociferó Charlie.

—Probablemente había algún narcótico en el último jarro de cerveza de Will Barrett. Ella pudo haberse apoderado de todos los narcóticos y venenos que necesitaba en tanto permanecía sentada en la sala de recetas con su marido. Cuando él se metía en el cuarto de aseo o salía a atender a algún parroquiano, ella pudo proveerse lo suficiente para sus futuros negocios.

—Son puras conjeturas. Nada prueban.

—Un individuo de Topeka (Kansas), Alfredo Hall, comerciante en carnes, murió a consecuencia de haberse espolvoreado con un insecticida sus tostadas, en vez de con azúcar en polvo. Había salido a una excursión de pesca y se hacía su comida. Su mujer había decidido ir con él; pero, como tenía palpitaciones en el corazón, el doctor le prohibió toda clase de ejercicios. Así, el pobre Alfredo tuvo que irse solo. La noche antes de salir, preparó su mochila, muy bien provista con platos de estaño y fiambreras para la comida. Su mujer se la había regalado para su cumpleaños. Algunos vecinos les habían visitado aquella noche, y Hall les enseñó la nueva mochila antes de irse a la cocina a prepararla. Pocos días después algunos *Boy Scouts* encontraron su cuerpo al lado de un fuego campestre apagado. Y había polvo

insecticida en uno de sus espolvoreadores. Era corto de vista y debió equivocarse tomándolo por azúcar en polvo cuando empaquetó las cosas.

—Sucedan accidentes —dijo Charlie.

—Los hay, y nadie acusó a la pobre viuda. No es caso nuestro; por lo tanto, no lo investigamos. Hall no se había preocupado de asegurarse debidamente y todo lo que ella recibió fueron unos cuarenta mil dólares en metálico. Únicamente le cuento el caso Hall para hacerle ver cuán cuidadoso ha de ser un hombre con sus tostadas.

Charlie quería parecer indiferente.

—Usted no es corto de vista, pero padece de indigestiones. No se ponga nervioso otra vez —se apresuró a decirle Ben—. Es solamente para que vea cómo muchos hombres han caído por sus puntos débiles; uno, por corto de vista: otro, por gustarle el pescado; otro, porque no podía beber cerveza sin ponerse un poco alegre. Y siempre el mismo plan, tan cuidadoso. Palpitaciones en el corazón, aviso a los médicos, oportunos regalos de cumpleaños, aversión al pescado, pasión por paseos a la luz de la luna.

—¿Así que las sospechas de Meyers procedían de usted?

—Yo necesitaba tener aquí a una persona de confianza, no sólo para que lo vigilara todo, sino también para evitar que se deslizara algo en sus alimentos o medicinas. Si usted hubiera muerto después de todos estos síntomas auténticos, habría sido lo más natural del mundo que el doctor hubiera escrito *Indigestión aguda* en el certificado de defunción, y así hubiera quedado.

—Pero era indigestión aguda. Usted sabe muy bien que había tenido dispepsia por algún tiempo.

—Eso pudo producirse artificialmente.

—¡No diga tonterías!

—Existen varias drogas capaces de producirla. Digital, por ejemplo. Y ella estuvo dándole a usted un sedante...

—Un simple bromuro que Loveman nos preparó —Charlie se había vuelto displicente—, y no quiero oírle más sus repugnantes sospechas. El doctor hizo un análisis, ¿no es cierto? ¿Y qué demostró? Usted sabe tan bien como yo que he tenido un ataque de indigestión aguda, y nada más.

—Yo estaba aquí cuando usted se lo dijo a su mujer —le recordó Ben—. Usted podrá acordarse que, acto seguido, yo mencioné el nombre de Keene Barrett por vez primera. Y lo hice intencionadamente, pues quería que ella supiera que no se encontraba tan segura como suponía.

—¡Maldito sea usted! —gritó Charlie, con las cuerdas vocales saliéndosele del cuello y la voz tensa—. ¿Qué derecho tiene usted para hablar de ella de este modo?

—Porque le convenía mucho que el análisis se hiciera y resultara negativa. Otro ataque hubiera parecido normal y, si resultaba fatal, ella habría podido acusar al pobre

viejo Meyers por diagnóstico equivocado y tratamiento inadecuado.

—Usted no tiene pruebas de nada.

—¿Se dio usted cuenta de su conducta —preguntó Ben, astutamente—, de cómo se comportó en cuanto olió el humo de sus cigarros de Pasenas?

—¿Qué había de particular?

—Los olores son un poderoso estimulante de la memoria. McKelvey fumaba esa marca: los hacían especialmente en Cuba para los miembros de su club. Ella no habría reaccionado tan violentamente con el aroma del humo de un cigarro ordinario.

—Gracias por su meditado regalo de Pascuas —dijo Charlie.

—¿Sabe usted que nunca ha existido ningún Raúl Cochran en Nueva Orleans? —Ben esperó la contestación de Charlie. Pero parecía que éste no había oído—. Ninguno de los artistas ha oído nunca su nombre, ni ninguno de los propietarios del Barrio Francés, ni de las tiendas en que se venden artículos para pintar.

—Ellos vivían apartadamente en un piso barato. Probablemente pagaban su alquiler en metálico. No conocían a casi nadie.

—Entonces, ¿qué me dice de esas reuniones que daban tan pronto podían disponer de un pollo y una botella de clarete? Y, ¿qué de los amigos que insistieron en que sus pinturas se vendieran en subasta, de modo que *el marchante* no pudiera explotar a la pobre viuda? Y, ¿dónde está el *marchante*?

Charlie no contestó.

—Yo conozco a los artistas —dijo Ben—. He vivido con ellos en colonias de verano y he pasado con pintores todo mi tiempo disponible. Todos, en una cosa, son iguales, todos hablan de sus pinturas a cualquiera que quiera escucharlos, y muchos piden crédito a quien les vende pinceles y telas. ¿Cómo es, pues, que nadie, allá abajo, recuerde a un pintor llamado Raúl Cochran y a su bella mujer? Por el amor de Dios, Charlie, quítese esa mancha roja de su cara; parece un payaso.

—¿Un mancha roja?

—Evidentemente ha sido usted besuqueado.

Avergonzado, Charlie sacó su pañuelo.

—En el lado izquierdo, un poquito encima de la boca. —Ben hablaba impertinentemente—. No hay cuadros con la firma de Cochran, no existe el *marchante*, ni los amigos, ni crédito en las tiendas, ni rastro alguno de Raúl o Bedelia. —Charlie miraba la mancha roja de su pañuelo—. Ni en el Municipio ni en ningún hospital hay constancia de la muerte de Cochran.

Charlie consiguió decir con mortecina voz:

—Yo he hablado con gente que la había conocido.

—¿En las Fuentes del Colorado? La habían conocido allí, ¿no? Lo mismo que usted.

—De todos modos, no creo que todo eso tenga relación con Bedelia.

—Puede que esté usted en lo cierto. Yo no tengo pruebas de que Anabela McKelvey, Cloe Jacobs y Maurine Barrett sean la misma mujer. Pero tienen un detalle en común. Eran tan poco fotogénicas todas ellas, a pesar de ser bellezas, que le tenían más miedo a las cámaras que a las pistolas... o al veneno. ¿Le ha hecho usted alguna vez una fotografía a su mujer?

Charlie no pudo contestar. Había perdido su costosa Kodak alemana en una excursión por las montañas con la señora Bedelia Cochran. Ella le había permitido sacarle algunas instantáneas; pero después, la Kodak, de modo completamente accidental, cayó por un escarpado.

—Cuando yo sugerí que posara para su retrato —dijo Ben— vaciló al principio y me dijo que era muy mala modelo. Cochran había intentado pintarla varias veces, pero tuvo que desistir, me dijo ella. Le rogué que me dejara probar, y al fin consintió. Entonces, conspiramos al respecto, pues ella había decidido ofrecérselo a usted para su cumpleaños, e insistió en que querría pagarme por ello. Yo sabía, desde luego, que el retrato nunca llegaría a terminarse.

La Kodak había sido un regalo de su madre, y Charlie siempre la había cuidado mucho. Podía recordar, casi con certeza, haberla colocado, junto con su chaqueta y su mochila, cerca de una roca, a buena distancia del borde del escarpado, antes de ir a recoger leña para el fuego. Después Bedelia le dijo que debía estar abstraído, pues ella había visto la cámara muy cerca del borde y pensó advertírselo, pero no le gustó hacerle un reproche.

—Esas esposas —continuó Ben—, tenían otro rasgo en común. Anabela, Cloe y Maurine fueron siempre de amables maneras, dóciles y pacíficas. McKelvey, Jacobs y Barrett eran maridos felices como pocos hay. Deduzco de ello que una mujer que considera su matrimonio como cosa pasajera puede esforzarse en ser agradable para su marido. No tiene que preocuparse si por darle un dedo él toma toda la mano. No es de extrañar que la señora de Keene Barrett pensara que su cuñada echaba a perder con sus mimos a su marido.

Charlie salió al vestíbulo y miró escaleras arriba: había oído algo en el piso alto. O tal vez había simplemente imaginado oír toser a Bedelia. Pero cuando subió velozmente las escaleras, se encontró con que la puerta del dormitorio estaba herméticamente cerrada, y se alegró, pues ¿qué podía pasar si Bedelia hubiera oído la historia de Ben? Charlie estaba avergonzado porque había escuchado todo lo que Ben quiso contarle, y se despreciaba a sí mismo por haber perdido la pelea.

Abrió la puerta suavemente y entró en el dormitorio, en puntillas. Al acostumbrarse sus ojos a la penumbra, vio claramente las facciones de su mujer: la bonita naricilla, su boca de muñeca, las trenzas rizadas y la redonda barbilla. Dormía apaciblemente, como un niño.

Nuevamente abajo, mirándolo a la cara, le dijo a Ben:

—Haga el favor de no hablar fuerte. No quiero que alguien oiga lo que nosotros decimos.

No quiso usar el nombre de su mujer, ni siquiera referirse a ella con un pronombre. Charlie estaba más sereno y más en condiciones para llevar hasta el final su discusión. La visita al dormitorio y el espectáculo del tranquilo y descuidado sueño de su mujer habían restablecido su fe en ella.

Estuvo tentado de abusar de Ben, agostando su orgullo con fieros insultos; pero esto, comprendió al momento, no daría más resultado que el que le habían dado sus puños.

—No puedo encontrar ni una sola razón que me induzca a creerle a usted —comenzó diciendo Charlie—. Usted entró en mi casa bajo falsos pretextos; usted ha sido insincero conmigo desde el mismo momento en que nos conocimos; usted aceptó nuestra hospitalidad y pretendía ser nuestro amigo en tanto que nos espiaba. ¿Por qué tendría yo que creerle?

—Qué terrible sorpresa, ¿verdad?, cuando me oyó ella mentar el nombre de Barrett.

—¿Sí? —preguntó Charlie, fríamente.

—¿Por qué rompió la figurilla? Se le resbaló de las manos en cuanto oyó decir que Barrett venía hacia aquí.

—Pudo ser un accidente —logró decir Charlie con una sonrisa de condescendencia.

—¿Dijo ella después algo referente al asunto?

—Nada. Usted es el único que ha mencionado el nombre de Barrett en esta casa.

Esto era literalmente verdad. Bedelia no había mencionado a Barrett como su enemigo; éste era el papel de Ben. *Nos hará daño. No le preocupa nada más que hacernos daño y destrozarnos nuestra vida.* Su voz sonaba como un eco en los oídos de Charlie y podía ver sus sombreados ojos y pobladas cejas, inclinada sobre el plato de comida intacto.

—Cuando Barrett llegue aquí, si es Maurine, la identificaré —concluyó Ben. Pasó al vestíbulo y descolgó el sobretodo—. No ha sido ningún placer contarle todo esto; pero usted lo ha querido. Mi plan era esperar hasta que estuviéramos bien seguros. — Se puso los mitones y se envolvió el cuello con la bufanda.

Charlie no tenía nada más que decir, y Ben se marchó sin despedirse. Un impulso obligó a Charlie a ver cómo partía su visitante, y permaneció en la ventana del salón mientras Ben se ataba los esquíes. Parecióle que empleaba mucho tiempo en ello. Finalmente vio que se lanzaba hacia afuera, moviéndose pesadamente al principio; pero, encontrando luego su posición de equilibrio, ganó velocidad. Ben cruzó el puente y subió la colina de la margen opuesta del río. Todavía no eran las cuatro, pero ya oscurecía. No soplaba viento y el mundo parecía absolutamente en reposo, a no ser

por la oscura sombra de Ben proyectada en la nieve. La forma iba disminuyendo y desapareció en la cumbre de la colina.

Charlie se retiró de la ventana. En la incierta luz del salón vio las formas de las cosas: las sillas, la mesa y el sofá y los espacios entre ellas, y se acordó de cuando él y Bedelia habían movido los muebles una y otra vez hasta quedar satisfechos con su distribución. La existencia de Bedelia en aquella casa había cambiado la antigua vivienda. Su sello estaba en todo, en el papel de las paredes, en la tapicería, en los espejos, en los candelabros, en los anaqueles y en las cornucopias. Su cestito de labor estaba sobre la silla baja, y sobre la mesa del comedor florecían los jacintos blancos que ella había cuidado en el cuenco de mayólica.

El silencio fue rasgado por un alarido. Charlie creyó que el vendaval había arreciado y anunciaba la llegada de otra tormenta. En el segundo chillido reconoció la voz de su mujer. *¿Había gritado Maurine Barrett cuando fueron a decirle que el cuerpo de su marido estaba enganchado entre los pilares del embarcadero?*

Subió precipitadamente las escaleras. La voz de su mujer flotaba en la oscuridad, buscándolo a él.

—He tenido una horrible pesadilla, Charlie. He soñado que te habías muerto.

¿Por qué me estás mirando tan fijamente?

Bedelia estaba sentada en la cama y se recostaba en las almohadas. Había pedido a Charlie que le trajera su mañanita rosa, y cuando se hubo atado el lazo debajo de la barbilla, y peinado su pelo y retocado los labios, estaba tan sonrosada y atrevidilla como una colegiala. El cuarto era seco y caliente, y el olor de los cosméticos le daba la agradable atmósfera de un invernadero.

—Me estás mirando de un modo muy extraño, Charlie. ¿Estás enfadado conmigo, querido?

Charlie se acercó a la cama. Bedelia le tendió la mano y él la tomó: ella la atrajo hasta su cara y la apretó contra su mejilla.

El relato de Ben quedaba en la lejanía, y Charlie vio la inocencia con mañanita rosa, y escuchó los rosados labios pidiéndole amor, aspirando su seductor perfume en tanto que tocaba su cálida mano. Aquella mujer era la suya; él la conocía íntimamente y no era ciego a sus defectos y debilidades. La amaba con locura, deslumbrado por sus encantos: pero no había perdido la cabeza tan totalmente que pudiera confundir una vulgar aventurera con una mujer honrada. Y la mujer descrita por Ben era, todavía, mucho peor que una aventurera: era un odioso monstruo, una sirena, una vampiresa, Lucrecia Borgia y Lady Macbeth en una sola pieza. Charlie no era tonto. Podía haber sido en exceso confiado, más aún con los extraños: pero tenía sus normas de conducta y creía que sus amigos eran como él.

La mujer de Barrett había sido una mercenaria. La señora Jacobs una mujer fría y calculadora. Anabela McKelvey no podía haber prometido ninguna sesión por su impulsividad.

Tengo apetito dijo Bedelia.

—Voy a prepararte algo para cenar. No tardaré más de diez minutos —prometió Charlie.

Se sintió aliviado al salir del dormitorio, pues en su presencia no podía pensar con claridad. Bajó apresuradamente las escaleras diciéndose a sí mismo, con frases solemnes, que Ben Chaney había cometido una equivocación odiosa, y que la perla negra era lo que Bedelia decía: una imitación de cinco dólares. La pasada semana Ben convirtió en melodrama un caso de indigestión común; y ahora estaba convirtiendo unas minúsculas coincidencias en una montaña de pruebas. ¡Un detective! Si Charlie lo hubiera sabido al principio, nunca habría intimado con Ben Chaney. Tal vez era un *snob*; los Philbrick siempre habían sido *snobs*, pero nunca fueron víctimas de las humillaciones que pueden resultar de intimar con inferiores.

¿Su madre habría invitado a comer a un detective? Le parecía oír la respuesta: «Uno podría también comer con un ladrón». ¡Que viniera Barrett, y de una sola mirada el hombre de Saint Paul reduciría a cenizas las teorías de Ben!

Mientras descendía las escaleras y la imaginación de Charlie destruía los amenazantes dragones, sucedió un milagro: ¡Luz! ¡Luz después de las tinieblas! ¿Podía haber más claro símbolo de esperanza? Desde luego, si en vez de imputarlo a la Providencia, hubiera buscado una explicación científica, podría haberlo atribuido a los trabajos de la compañía de Luz y Fuerza de Connecticut, cuyos operarios habían reparado los cables rotos por la tempestad. La repentina iluminación del vestíbulo se debía, además, al propio descuido de Charlie, que se había olvidado de darle vuelta a las llaves de electricidad cuando, estando encendidas, se cortó la corriente.

En su actual estado de ánimo, Charlie prefería la explicación milagrosa. La fe se nutre no por la inteligencia, sino por la emoción, y ésta es hija del deseo. Con tal de saberla desear con suficiente voluntad, uno puede llegar a creerse cualquier cosa. *La Kodak había caído al precipicio por accidente*. Charlie tuvo la más tranquilizadora visión de haberla dejado descuidadamente en el borde.

Se dispuso a hacer té. La cocina era el reflejo de las más estimables cualidades de su mujer. En cada cacharro de cobre se repetía su brillante miniatura. Charlie cantaba mientras hacía las tostadas en la nueva máquina eléctrica de Bedelia, y preparó en un hornillo una tostada cubierta de queso. Se sintió superior a las idioteces de Ben y tan alejado de él como un dios. Su voz le parecía sólo ligeramente inferior a la de Caruso. Tuvo que concentrarse a la vez en las tostadas, en la máquina eléctrica, en el queso derritiéndose en el hornillo y en el agua que hervía en una olla.

Charlie, después de fregar el linóleo, cubrió el piso de la cocina con periódicos. Charlie era ante todo un arquitecto muy bueno y ganaba bastante dinero; pero que no se sentía orgulloso de fregar la cocina y extender periódicos por el suelo. Mientras iba del fogón a la mesa, con la olla en su mano, un título atrajo su atención y se agachó para leerlo, olvidándose de todo lo demás, por lo que se armó un lío en la cocina: la olla, se inclinó demasiado y su tapadera resbaló, vertiéndose el agua caliente; las tostadas se quemaron, y el pan con queso del hornillo se hizo carbón.

El periódico daba cuenta de que un solterón, de cuarenta y siete años de edad, dignatario de una iglesia de New Hampshire, estaba convicto del asesinato de su hermana, solterona también. El declarante decía que ésta había intentado separarlo del profesor de piano con quien él tuvo relaciones ilícitas durante diecisiete años. Charlie raramente leía semejantes historias. La clase de gente que cometía asesinatos, o se dejaba asesinar, era para él tan incomprensible como los igorrotos^[9] más salvajes, y aquel crimen tan alejado de su mentalidad como hara-kiri o los matrimonios entre niños. El hechicero que se tatúa y danza para exorcizar al diablo no le parecía más remoto que el eclesiástico de New Hampshire que pudo asfixiar a

su hermana con una almohada de seda verde del sofá.

El agua hirviente derramada cubrió y oscureció el periódico. De la tostada venía olor a chamuscado. El queso derretido burbujeaba quejumbrosamente. Tenía que dar la vuelta a las llaves, retirar enchufes, secar el suelo, cortar pan y hervir agua otra vez y volver a tostar queso. Charlie trabajó sin respiro, cantando fuerte, entrechocando los platos y tapando ruidosamente los cacharros. (Los hechiceros danzan para exorcizar los malos espíritus). Charlie Horst trató de imitar a Caruso. Por temor a excederse, derramó el té, desenchufó antes de que las tostadas se doraran, y el pan con queso resultó insípido. Pero continuó cantando fuerte, como si su voz encorajinada pudiera espesar la salsa, dorar las tostadas, hacer más fuerte el té, dispersar las sombras de la escalera y revivir la fe que le había parecido tan firme cuando empezó su trabajo en la reluciente cocina.

Maurine Barrett había sido una buena ama de casa; equipó su cocina con los más recientes inventos; sus batidoras de huevos y abrelatas eran la última palabra, y cuando se marchó, lo había guardado todo en el desván de su cuñado.

—Charlie, querido, esto es delicioso —dijo Bedelia del pan con queso—. Eres mucho mejor cocinero que yo.

—Eso es una mala cena y tú, una mentirosa zalamera.

—No. No debes decir que es mala. Es deliciosa. —Bedelia sonreía, mostrando sus hoyuelos y acariciando con sus negros ojos a su marido.

El cuarto olía suavemente con el aroma de su perfume.

Ya de noche sonó un timbre. Charlie y Bedelia se asustaron, pues se habían olvidado del teléfono.

—Deben haber restablecido la comunicación —dijo Charlie.

Bedelia asintió con un movimiento de cabeza. Tenía una aguja de hacer ganchillo en la boca y no podía hablar.

La telefonista llamaba para ver si la línea funcionaba. El cable principal había sido desconectado —por la nevada, dijo— y la compañía tenía la satisfacción de informar a sus abonados que el servicio había sido restablecido.

Charlie no se sintió tan satisfecho del restablecimiento de las comunicaciones telefónicas como del de la luz eléctrica; porque aquél no era un milagro, sino un presagio.

Su casa era otra vez parte del mundo, del que la tempestad lo había separado. Ahora vendrían con palas a quitar la nieve, y no volvería a haber paz en su casa.

—Así que ya tenemos el teléfono conectado —dijo Bedelia.

—Sí. —Su voz era brusca. Habían pasado más de cuatro horas desde que Ben saliera de allí, y nada se había hablado de la visita.

Charlie empujó una silla hasta cerca de la chimenea del dormitorio. Bedelia

siguió haciendo ganchillo. De vez en cuando medía la zapatilla que estaba haciendo con la ya terminada.

—¿Cuándo limpiarán la nieve?

Charlie carraspeó, tratando de dulcificar su voz.

—No lo sé. ¿Por qué te preocupas tanto de ello?

—¡Es tan divertido estar sola contigo! Quisiera que no nos liberaran nunca.

—Moriríamos de inanición.

—Viviríamos de galletas. Tenemos mucha harina. Prefiero vivir contigo comiendo sólo galletas, Charlie, que pato asado y ostras con cualquier otra persona.

Él miraba fijamente al fuego. Una repentina ola de indignación se levantó en su espíritu, resentido por los modos y gracias de Bedelia, y la franqueza de sus infantiles palabras. Su imaginación era, desde luego, fútil; pues en cuanto se volvió y la vio tan sonrosada a la luz de la lámpara y con el lazo graciosamente anudado bajo su barbilla, su arrebató volvióse contra él mismo por haber permitido que su fe se alterara.

—¿Tú me crees, Charlie?

—¿En qué tengo que creer?

—En que yo te amo más que a todo lo del mundo.

—No seas tonta.

—No sé qué quieres decir con eso. No sé si te refieres a que yo debería saber que crees que te amo, y es tontería preguntártelo; o que no crees que te quiero más que a nada en este mundo.

¿Cómo era posible que una mujer tan pequeña hubiera sido capaz de ahogar a un hombre que había pasado toda su vida manejando embarcaciones y entregado a la natación? Si Will Barrett bebió demasiada cerveza, podía no haberse dado cuenta de quién le empujó fuera del muelle; pero hubiera recobrado el conocimiento por efecto del agua fría.

Pensando en esto, Charlie percibía toda clase de sensaciones: perdía el equilibrio, caía, se estremecía al sentir el agua cerrarse sobre su cabeza; forcejeó, contuvo la respiración y se debatió en sus intentos para volver a la superficie. Sus brazos batían el agua nadando a ciegas hacia los puntales que sostenían el muelle. Borracho o sereno, él no se hubiera dejado ahogar, pensó. Pero, si le hubieran administrado alguna droga y no estuviera en pleno dominio de sus sentidos, el agua podía no haberle estimulado, y era todo muy distinto.

—¡Gran Dios, me estoy poniendo malo! ¿Has dicho algo. Querido?

—No.

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo?

—¿Estoy enfadado?, pues lo siento.

—Tal vez te moleste encontrarte confinado en la casa, sin otra compañía que la

mía. Sé que no soy demasiado intelectual, pero hago lo posible para no resultarte pesada.

—Mi vida, tú no me resultas pesada en absoluto.

Sonó el teléfono, con gran satisfacción de Charlie, que tuvo así excusa para irse abajo.

Llamaba Ellen.

—¡Hola, Charlie! ¿Estás bien?

—¡Hola! ¿Cómo estás tú? ¿Ya puedes salir?

—Gracias a Dios, sí. Sólo estuvimos bloqueados un día, por mala suerte, y he tenido que ir a mi trabajo como de costumbre. Por ahí deben andar las cosas bastante mal, ¿no es así?

—Estamos muy bien —dijo Charlie.

—La ciudad ha estado muy animada, pues todo el mundo trabaja con picos y palas: además de los pobres que recibían paga por su labor, trabajaban también el alcalde, los concejales, los comerciantes y los banqueros. Los pobres estaban disgustados porque otros comerciantes hacían el trabajo que les correspondía, quitándoles la oportunidad de hacer algún dinerillo; pero hay tanta nieve que tendrán ocupación para muchos días aún. Mañana irán hacia donde estáis vosotros.

—Eso es bueno.

—No pareces muy entusiasmado. ¿Qué te pasa? ¿No quieres que te abran el camino? —Charlie no contestó, y después de una pequeña pausa Ellen añadió con regocijo poco conveniente—: Supongo que cuando hace poco que uno se ha casado no importa quedar aislado del mundo. ¿Cómo lo ha tomado Bedelia?

—Está en cama con un resfriado.

—¡Oh!, ¡qué molestia! Salúdala de mi parte —dijo Ellen por deber de cortesía. Pero su voz se reavivó al exclamar—: Charlie, tengo sorprendentes noticias para ti. Una carta de Abbie. ¿Qué te parece?

—¿Están otra vez de moda los polizones?

—Charlie, no seas pesado. Esto es importante. Se refiere a alguien muy allegado a ti.

Se le oprimió el corazón.

—Es sobre tu vecino, el señor Chaney.

—¡Oh!

—Es sorprendente. ¿Te leo lo que dice Abbie? —Se oyó el ruido de un papel—. Antes de leértelo, déjame que te diga una cosa, Charlie. Nunca me ha gustado ese hombre. Puedes preguntárselo a Abbie. Me ha parecido, desde el primer momento en que lo conocí, un hombre tortuoso.

—Bueno. Sigue, léelo.

—No voy a leer toda la carta, pues tú sabes de qué modo procede Abbie; leeré

sólo la parte que interesa. Dice: «El Destino nos ha gastado la más irónica de las bromas y tu querido Charlie —y un risita contenida estremeció el alambre— es la víctima. La noche pasada estuve en una recepción de Año Nuevo, en casa de los Hatton, que eran íntimos amigos nuestros cuando yo estaba casada con Walter. Me uní a un grupo desconocido que escuchaba a un caballero de edad contar fascinadoras historias sobre crímenes y latrocinios en Kansas City, y otros lugares. Yo pensé que debía ser algún director o redactor de periódicos, como Norman Hapgood o Lincoln Steffens. Créeme, era verdaderamente distinguido. No había entendido bien su nombre; más tarde fui hasta la ponchera y pregunté a la señora de la casa. Figúrate mi sorpresa cuando ella me dijo que era un *¡detective!*».

—¡Oh!

—Abbie lo ha subrayado y ha puesto dos signos de admiración.

—¿Qué más dice?

—La señora de la casa me explicó que no es nada parecido a un policía. Es un investigador particular de muy interesante historia. Había alquilado una casa al lado de la residencia veraniega de la señora, que quedó muy sorprendida al saber que era detective; pero resultó persona muy decente y respetable, y cuya hija, Beatriz Chaney, se había ido a Mount Holyoke. Después de saber esto, me las arreglé para hablar a solas con el anciano caballero. Cuando le dije que había conocido a un joven de su mismo apellido, me interrumpió preguntándome si había visto los cuadros de su hijo. Evidentemente no se interesa por sus pinturas más que tú. Le manifesté que su trabajo me parecía inteligente, pero algo *fauve*; y él observó que muchas señoras jóvenes sienten, respecto al muchacho, lo que yo.

«Son, sin duda alguna, gente distinguida, y si puede permitirse costearle un auto a su hijo y que se pase la vida pintando, deben tener dinero. No veo ningún motivo para que tú seas tan...».

Ellen suspendió la lectura.

Después de un silencio, subrayado por el zumbido de los alambres, Charlie dijo:

—Continúa. ¿Qué más dice?

—No es nada. Abbie dice algo raro.

—¿Qué tú eres una *snob* o una pedante?

Ellen rió intencionadamente.

Siguió otro silencio y después Ellen dijo, con brevedad:

—Abbie cree que cualquier hombre soltero debe fascinar a una solterona.

Charlie rióse mecánicamente.

—Pero si tú eres todavía una chiquilla, querida. Y Ben es muy atrayente. Abbie no va tan descaminada, después de todo.

—A mí no me interesa.

Esto complació a Charlie. Era egoísmo suyo, después de casado con otra mujer,

alentar todavía el afecto de Ellen; pero era cosa humana y su admiración por Ben se había convertido en envidia.

—Yo no creo que sea tu tipo, Nellie. No es bastante para ti.

—¡Oh, Charlie! —y la risa de Ellen se hizo más sincera y alegre.

La zumba había alegrado el humor de Charlie. Al colgar el auricular y emprender la subida de la escalera, parecía como si de nuevo se hubiera encarrilado su vida, y se vio como Ellen lo juzgaba: como un hombre que se había casado impulsivamente, pero con buen sentido.

—Ellen ha charlado mucho tiempo, ciertamente —dijo Bedelia cuando él volvió al dormitorio.

Charlie se quedó paralizado. ¿Es que la puerta estuvo abierta todo ese tiempo? ¿Qué habría oído su mujer de lo que Ellen dijo respecto de los detectives?

—Ellen no se enamorará jamás de Ben —continuó su mujer.

Charlie pudo moverse de nuevo y hablar. Estudió la cara de Bedelía y no notó otra cosa escrita en ella que mera curiosidad. Había sido Ellen, no él —recordó—, quien había mencionado a los detectives; él nada había dicho de lo que hacía Ben.

—Son cosas de Abbie —comenzó Bedelía, con astucia—. Probablemente la empuja hacia el primer recién llegado para que deje de ser solterona.

Esta palabra, empleada con humildad por Ellen, y cáusticamente por Bedelía, irritó a Charlie.

—Ellen no es solterona. Es todavía joven y guapa.

—No te preocupes por Ben. Nunca lo amaré. Todavía está demasiado enamorada de ti.

—No digas tonterías —replicó Charlie, poniéndose colorado.

—Pero nunca te tendrá. Se lo impediré. Tú eres mío.

Charlie se encogió de hombros, como si considerara la conversación demasiado trivial para ser continuada, y se alejó de la cama.

La voz de Bedelía lo persiguió;

—Ellen desea que yo muera, y así podrá casarse contigo.

—Esto fue dicho con tal calma, que no parecía algo absurdo, sino la cosa más lícita y natural.

Charlie viró en redondo.

—No vale la pena hablar de esas cosas, y deseo que no repitas semejantes tonterías.

—¿Lo deseas tú también? ¿Quieres tú que yo muera para poder casarte con Ellen?

—Es lo más ridículo que jamás haya escuchado. Ellen es una espléndida y bonísima muchacha. Semejante pensamiento jamás cabría en su mente.

—Ella está contra mí, Charlie. Ellen y Ben trabajan de acuerdo.

Se alejó de nuevo y se encontró cara a cara con su propia imagen, reflejada en el

alto espejo de pared. Tenía la sensación de haber cambiado y creía que encontraría la prueba de ello en su aspecto. Existía, desde luego, cambio; pero no era suficiente para reflejarse en sus maneras, en su habla, ni en la expresión de su cara. Se manifestaba más propiamente en cómo observaba a Bedelía, sus palabras y la expresión de su fisonomía.

Ella prosiguió, tranquila:

—Tú no conoces bien a la gente, querido... Crees en los demás con demasiada facilidad. Y los que admiras más, resultan ser los peores.

Él se volvió y la miró fijamente, pensando si Bedelía había elegido un camino indirecto para hablarle de sí misma.

—No te acabo de entender, querida.

—Tú no puedes decir qué es lo que la mayoría de la gente está pensando —continuó diciendo casi alegremente—, ni cuáles son sus planes, ni qué opinan de ti. Los que parecen más inofensivos, suelen ser los que engañan más.

La familia de Jacobs había sentido gran afecto por Cloe, la recién casada con Arturo. Era una amable y serena muchacha, y la anticuada familia judía no tomó en cuenta que ella era gentil.

—Tú eres tan bueno, Charlie, que no ves la maldad en los demás, y crees que todo el mundo es decente. No tienes idea de lo perversas que son las personas.

Charlie volvió otra vez ante el hogar. Sentía el cuerpo pesado y su mente entorpecida por la fatiga. Sabía que algo grave existía más allá de las palabras de Bedelia y temía que le dijera más de lo que él pudiera soportar. Se llamó a sí mismo cobarde, pero siguió deseando poder volver a la sencilla tranquilidad de los días de Navidad.

La calma de Bedelia había desaparecido. Observaba a Charlie, consciente de que no le había conmovido nada de lo que ella le había dicho; y se apresuró a repetirle que si él conociera el mundo, como lo conocía ella, se daría cuenta de cuán vil era la gente, y cuán raras eran sus propias virtudes.

—Tú eres extraordinario, Charlie, tú eres algo puro; ignoras que la gente está proyectando siempre el mal del prójimo. Y si yo te quiero tanto es por eso: porque no hay ni el más leve rastro de sospechoso en todo tu ser. Confías en todo el mundo; crees que todos son tan buenos como tú.

—Querida —dijo logrando dominarse hasta el punto de poder hablar suavemente—, si sigues descuidándote te volverás histérica.

—Cuando estuviste tan enfermo, aquella noche, estaba preocupadísima. Tuve miedo de que murieras. Y si hubiera sucedido, me habría matado: temí, si morías, quedarme sola otra vez. ¿No me crees? Yo quería matarme aquella noche.

—Por favor, Bidy... —le dijo con amabilidad—, no debes excitarte tanto. Vamos a dejar esta conversación; si no, te subirá la fiebre.

—¿Por qué tenía yo que vivir sin ti?

—Es natural sentir así cuando se está enamorado. Se cree que es la única razón de la vida. Pero se sobrevive y, al cabo de algún tiempo, probablemente se encuentra que existe mucho placer en seguir viviendo.

—Yo no lo encontraría sin ti.

Charlie exhaló un hondo suspiro.

—¿Qué pasó entonces con Cochran? Tú dices que le amabas; y, sin embargo, conseguiste vivir muy bien sin él.

—Charlie, tengo que revelarte algo.

Charlie se acercó más al fuego. Un escalofrío estremeció su cuerpo, y se frotó las manos.

—Las mujeres, somos a veces, embusteras. Tenemos miedo de no ser amadas lo suficiente y decimos pequeñas mentiras para dar celos. Cuando yo te conocí, Charlie, y te hablé de mí misma, intenté darte celos diciéndote que había amado a Raúl y sido feliz con él. Esto era falso. No fui dichosa. Vivimos una existencia dura y nunca me sentí feliz hasta que me casé contigo. Antes de conocernos, querido, créeme, no sabía lo que era el amor —Bedelia susurró la última frase; como si las palabras fueran demasiado sagradas para pronunciarse en voz alta.

Raúl Cochran había parecido un ser real, casi vivo, cuando Bedelia le refería a Charlie episodios de su vida en el estudio de Nueva Orleans. Los celos de Charlie por el marido difunto habían alcanzado una emoción muy agitada. Ahora los celos estaban muertos: las explicaciones de Ben los habían destruido, y Charlie había enterrado el cadáver; pero habría deseado poder sentir otra vez su llamarada.

—El hijo... nuestro hijo, no me hace ninguna falta. Pero lo deseo tan sólo porque te amo tanto —murmuró Bedelia con ronca voz.

No le había sugerido su mujer que aumentara su seguro de vida. Se debió a su iniciativa, no a la de Bedelia. Cuando ella le manifestó que estaba embarazada, él adivinó, en sus ojos, miedo ante el porvenir y comprendió que temía la inseguridad.

«Voy a aumentar mi póliza del seguro de vida», había dicho él, y los ojos de Bedelia se llenaron con lágrimas de gratitud.

Bedelia se dedicó a hacer ganchillo. Los dedos hacían saltar la lana, mientras hablaba.

—Una noche, Charlie, en el cuarto de baño... tu bata vieja, gris y roja, estaba colgada en la puerta...; aún siendo fea y sencilla... me hizo pensar en lo sencillo y bueno que eres y lo poco que te ocupas de ti... y de pronto se me ocurrió la idea de tener un hijo, que fuera tuyo también, Charlie... —Sus manos estaban tan inseguras que tuvo que suspender otra vez el ganchillo, y se rió nerviosamente.

—Siempre he sentido miedo; pero aquella noche, cuando miraba tu vieja bata, comprendí que no tenía que temer nunca más. ¿Tú me comprendes?

Charlie, que no estaba seguro de su voz, asintió con un suave gesto.

—¿Estás contento?

El gesto se repitió, pero más breve.

—Nunca pensé en contarte esto. Pero tú no eres como los demás; eres bueno, y una mujer puede contártelo todo y tú hacerte cargo.

Su voz temblaba y en sus ojos brillaba la sinceridad. *Barrett se había alegrado cuando su mujer le dijo que estaba embarazada, y McKelvey probablemente ofrecería una ronda con sus excelentes cigarros habanos. No se sabía si Cloe Jacobs había confesado tal secreto; pero Jacobs no tenía necesidad de que se le inspirara un mayor seguro de vida.*

Charlie fue abajo, pero esta vez cerró la puerta del dormitorio.

Telefonó al doctor Meyers.

—Hola, Charlie. Estaba pensando en usted. Ayer traté de telefonarle, pero estaba desconectado. ¿Cómo se encuentra usted?

—Muy bien.

—¿Cómo va la digestión?

—Bastante bien.

—¿No hay calambres?, ¿náuseas?

—Le llamo por mi mujer, doctor.

—¿Qué le sucede?

—Quiero hacerle a usted una pregunta —antes de continuar hablando, Charlie compuso y recompuso en su mente las palabras—. Mire; tiene un fuerte resfriado, gripe, creo yo. Quiero saber... ¿es peligroso en su estado?

—Que se quede en cama.

—Sí, ya está. Pero yo quisiera saber... Bueno, ¿usted sabe que está embarazada, verdad?

—Naturalmente. La examiné el otro día.

—¡Ah! ¡La ha examinado! —Y el corazón de Charlie empezó a latir de prisa—. Así que realmente está... Quiero decir, doctor, si todo marcha bien.

—¿Ella no se lo ha dicho? ¿Qué pasa, Charlie? ¿Por qué está usted tan nervioso?

—Quería estar seguro de que ella estaba bien —dijo Charlie.

—Yo he conocido mujeres con ideas absurdas —el doctor se reía—; pero es la primera vez que encuentro esos síntomas en el padre. No se preocupe, Charlie. Su mujer es sana, y no permita que nadie le diga que hay peligro después de los treinta años. Ustedes deberían tener dos o tres más.

Era verdad, entonces, que Bedelia estaba embarazada. La mentira que había contado a los otros maridos no existía ahora. Y no cabía duda de por qué ella se mostraba tan sensible al respecto. Los fantasmas de sus falsedades habían vuelto para perseguirla. Había mentido con tanta frecuencia que ahora la verdad la asustaba. La

comprobación de su embarazo, junto con el resultado del análisis que demostró que Charlie no había ingerido dosis alguna de veneno, era prueba de que Bedelia no planeaba la muerte de su marido. Ella llevaba en sus entrañas un hijo suyo y pensaba en el futuro. Lo que parecía pura histeria era el camino de la vida, al que se aferraba, con delicada y desesperada persistencia. Ella le amaba.

—¡Buen Dios! —exclamó Charlie al darse cuenta de la ironía de su situación.

—Querido, ¿por qué te quedas tanto tiempo ahí abajo? —preguntó su mujer.

—Subo al momento —ofreció Charlie.

Pero no regresó inmediatamente al dormitorio. Tenía que examinar sus pensamientos y contemplar la situación. Por un momento, había admitido la posibilidad de culpa de su mujer. Suponiendo que resultase inocente; ¿podría él, como el viejo doctor, desprenderse de su prejuicio tan elegantemente como se suelta un bisturí cuando se ha concluido la operación? *Su mujer es sana... ustedes deberían tener dos o tres más.* ¿Es posible que se sospeche, en la semana de Navidad, que una mujer está envenenando a su marido y, en la primera semana del nuevo año, ofrecerle una bendición como esposa y madre virtuosa? Si las historias de Ben Chaney no resultaban verdaderas, ¿en la semana próxima, podría Charlie desprenderse de sus sospechas con parecida facilidad?

Supongamos que Ben se hubiera equivocado, sospechando de una mujer inocente, por haber seguido una pista falsa. Supongamos que la pobre Bedelia era la víctima de una monstruosa broma. Ben podía no ser detective, sino simplemente un maniático inteligente.

Durante treinta segundos estas risueñas esperanzas se alojaron en el corazón de Charlie. Respiró libremente y emprendió la subida de las escaleras hacia el cuarto donde lo aguardaba su amada esposa. *En las sombras del recodo de la escalera, Will Barrett se le acercó con una cínica sonrisa en los labios y una advertencia brillando en sus ojos de ahogado.*

Ya hacía años que Charlie había aprendido a limpiar su mente de preocupaciones, ni más ni menos que como se limpiaba los dientes antes de acostarse; y se sentía orgulloso de su habilidad para librarse por la noche de las preocupaciones de sus negocios y se alababa con frecuencia por dormir más profundamente en las situaciones difíciles. Esta noche, mientras se desnudaba, se limpiaba la boca con una solución antiséptica y hacía su ronda por la casa, cerrando los radiadores y apagando las luces, acordó enviar a paseo a los Barrett, Jacobs y McKelvey, a todos, con la misma firme seguridad.

No podía dormir. Pero Charlie no quería admitir que el horror le mantenía despierto, y permitía la entrada de los tres fantasmas en su dormitorio. De alguna parte de la casa llegó un repiqueteo insidioso; porque su ritmo era de perfecto compás

de tres por cuatro.

—Es la puerta de la bodega —susurró Charlie a la oscuridad—. He olvidado sujetarla. Recuerdo que lo he olvidado. —No estaba bien seguro de ello; pero la cama estaba caliente y las habitaciones tenían mucha corriente de aire. Y el pensamiento de una excursión a la bodega le ponía la carne de gallina.

Decidió encender las luces para dispersar las ilusiones que medran en la oscuridad y olvidarse del repiqueteo al concentrar su atención en la realidad. Dormía en su antiguo cuarto, y le pareció, al ir sus ojos acostumbrándose a la claridad, que nunca había abandonado la cama de bronce de soltero para dormir, en la de cuatro columnas de cerezo, con su mujer. En la pared opuesta pendía un boceto que él compró durante sus años de principiante en Vale. Una bandada de patos silvestres volaba eternamente hacia la izquierda. «Tiene movimiento», había explicado Charlie a su madre que lo observaba cuando lo estuvo colgando.

La puerta de la bodega seguía golpeando. La mirada de Charlie iba del vuelo de los patos a los libros, en la mesa de noche. Mientras leía los títulos, el sentido del pasado se reavivó y Charlie recordó que su madre había muerto hacía ocho meses y que Bedelia, su mujer, había elegido aquellos libros. El gusto de Bedelia era horrible. Charlie había intentado desviarla de Laura Jean Libbey leyéndole *La Revolución Francesa*, de Carlyle. Ella escuchó devotamente al principio; pero, más tarde, confesó que los buenos libros la dormían...

Charlie abrió el primer libro. Era exactamente lo que esperaba: una hermosa heroína cuyas guedejas flotando al viento habían quedado enzarzadas en la selva. A distancia se oía el tantán^[10]: el caudillo negro estaba a punto de arrastrar a Lady Pamela al matorral cuando Cirilo llegó oportunamente para salvarla de algo peor que la misma muerte. El héroe luchó solo y venció a la salvaje horda; triunfó el amor, y en los viriles brazos de Cirilo, Lady Pamela rióse del recuerdo de la disputa que los había separado en el partido de tenis organizado por la falsa Rosamunda.

Charlie se sintió interesado, no por tan extraordinarias virtudes y tribulaciones, sino por los nombres propios:

Christian, Pamela, Cirilo, Rosamunda. Jamás María ni Bill ni Pedro o Juana.

Manrine, Cloe, Anabela.

¿Y Bedelia?

El nombre del padre de Bedelia era *Courtney Vance*. Bedelia había entretenido a Charlie con divertidos y dramáticos relatos de su vida; y ahora, cuando él quería situar cronológicamente esos relatos, se daba cuenta de que nunca le había contado la historia de su vida desde el principio al fin y en orden, sino en trozos y a retazos.

Sus ojos se fijaron en el vuelo de los patos salvajes, y vio a la niña Bedelia, Bedelia Vance, con los negros tirabuzones cayéndole por la espalda, siguiendo sumisamente a su institutriz y bajando la escalinata de su mansión en San Francisco.

Su padre había sido un *gentleman* inglés; pero el abuelo, hijo más joven de su familia, no tenía bienes de fortuna y emigró a California cuando la fiebre del oro. La familia de su madre era irlandesa, de buena sangre; pero arruinada por su afición a los caballos y por la ingratitud de los labriegos. Pero el abuelo encontró oro; comidas para veinticuatro personas se servían en vajilla de oro en un comedor con ventanales y vidrieras. La música llegaba hasta el cuarto de los niños, donde la pequeña Bedelia dormía con un camisón de la franela francesa más fina, bordada a mano por las costureras de la familia.

El terremoto de 1906 los dejó arruinados, y en la pensión de la escuela las alumnas, que habían obedecido todos los caprichos de Bedelia como esclavas, se volvieron contra ella y la hicieron sufrir tanto que tuvo que marcharse. Huérfana, herida por la pobreza, con un solo orgullo para sostenerla, Bedelia aceptó el empleo como señorita de compañía de una irascible señora vieja, muy rica, que al principio la trató duramente, pero que después la quiso como si fuera una hija.

En el balneario de moda en el Este... Arbury Park... la joven señorita de compañía encontró y amó a un joven millonario, que quiso casarse con ella y donarle su fortuna, pero fue apartado de la felicidad por su familia, que no quería a la muchacha porque era pobre y tenía que ganarse la vida trabajando.

El joven millonario había muerto tuberculoso y, poco después, la ahora apaciguada anciana señora también falleció, dejándole a Bedelia un legado que se convirtió en un pleito, promovido por los parientes de la anciana, gente tacaña y, naturalmente, opuestas a una muchacha que supo lograr el cariño y el afecto que ellos jamás tuvieron. Antes que desmerecer ante sus propios ojos pleiteando por dinero en un tribunal público, prefirió marcharse a Chicago, donde trató de ganarse la vida honestamente en una fábrica de corpiños, que en realidad era un taller donde se explotaba al obrero con trabajo a tanto por pieza, y en el que ella habría seguido empleada si no hubiera tenido que abandonarlo por las malas intenciones del propietario. Poco después de salir de allí se encontró con *Raúl Cochran*.

Era la primera vez que Charlie reconstruía y consideraba la historia de su mujer como un todo, y la vio como una novela genuina de Laura Jean Libbey. Las historias parciales que en diferentes ocasiones le había contado ella, le parecieron en su día completamente reales. No existía razón alguna para desconfiar de aquella cálida voz, ni percibir engaño en aquellos negros ojos. ¿Por qué él, que había sido cautivado por ella, debía poner en duda la pasión del millonario tísico, la gratitud de la irascible y anciana señora y los perversos propósitos del fabricante de corpiños?

El compás de tres por cuatro continuaba. Charlie apagó la luz y resolvió quedarse dormido inmediatamente. El tac-tac de la puerta de la bodega se convirtió en el tantán que Lady Pamela había oído en la selva, y Charlie sintió que se helaba por completo, con frío húmedo, como si estuviera sumergiéndose en el agua, y se debatió en la

oscuridad tratando de librarse de los espesos matorrales y encontrar los postes del muelle.

McKelvey había muerto de ptomaína^[11] después de comer pescado. Su mujer había tomado una chuleta recalentada, porque no le gustaba el pescado.

—Bedelia —decía Charlie, mientras daba traspiés en la oscuridad, buscando la causa del repiqueteo—, Bedelia es aficionada al pescado. Particularmente al pescado de agua dulce, como truchas o percas.

La puerta de la bodega era inocente. Estaba cerrada y corrido el cerrojo nuevo. Charlie, que de ordinario era tan agudo localizando sonidos en la noche, se engañó esta vez. Ya no estaba seguro de haberla oído realmente. Su nervios estaban alterados, su imaginación trabajaba más de lo normal. Cuando se convenció de que no existía repiqueteo alguno, éste empezó a oírse de nuevo.

Subió de mala gana y con sus zapatillas sueltas la escalera del desván, y alargó la mano en busca de la bombilla que pendía del retorcido cordón en el centro de la desalentadora oscuridad. Su llegada perturbó a los ratones que invernaban allí. Oyó el rápido y ligero roce de sus patas y sintió que le arañaba algo frío al cruzar sus desnudos pies.

Jacobs era judío; uno de esos atentos maridos, probablemente de los que les llevan a sus mujeres flores los sábados y se aseguran la vida por más de lo que pueden permitirse. ¿Cómo se las arregla uno para ahogar a un hombre en el baño? ¿Jacobs también fue narcotizado, o sorprendido, halagado y entretenido hasta que dos frágiles manos pudieron sin esfuerzo, empujarlo hacia abajo? El agua era caliente, color verde mar sobre el blanco del baño; el cuarto de baño olía a humedad y jabón perfumado, y el agua formaba círculos concéntricos sobre la cabeza muerta.

—¡Cristo! ¡Me vuelvo loco!

Hablaba en voz alta. Su invocación retumbó en el oscuro desván. Su mano encontró y perdió la bombilla. Tanteó, buscándola de nuevo, y la oscuridad le pareció agua cerrándose sobre su cabeza. Sin aliento, resolvió abandonar su propósito; pero enfadado, pateó, e intentó otra vez alcanzar la luz. Al cabo lo encontró y dio vuelta a la llave, quedando sorprendido por el repentino brillo de claridad, vio el delgado maderamen y las sombras profundas del desván; se arrastró hasta la ventana, la abrió, escupió al viento y probó cuatro veces los ganchos de los postigos, hasta convencerse de que cada postigo quedaba seguro.

Cuando empezó a desandar el camino alzó la mano para apagar la luz; pero vaciló, temeroso de un viaje de pocos metros hasta la escalera del desván. Podía dejar la luz ardiendo en beneficio de sus nervios, y subir por la mañana a apagarla. Pero hubiera sido impropio de Charlie Horst, que cuando joven había sido enseñado a tener buen sentido, y se despreciaba a sí mismo por sentir miedo. Apagó la luz y descendió las escaleras, recelosamente, mientras el tac-tac de tres por cuatro seguía

persiguiéndolo.

Ya en la cama otra vez, se preguntó con indignación qué tipo de hombre sería el que aceptara la palabra de un desconocido en contra de la de su propia mujer, y permitiera a su imaginación inflamarse por una novela barata de amor. La próxima semana, a la clara luz del día, analizaría todos los hechos, separando la verdad de la fantasía, sopesaría las pruebas y honradamente resolvería lo que debiera creer. Pero, entretanto, iba a olvidarse de todo y a serenarse con una noche de sueño.

¡Condenado Ben Chaney! Charlie había sido feliz hasta que apareció y considerándose el hombre más afortunado del mundo... ¡Ah!, ¡si Ben no se hubiera acercado a la verja aquella tarde de octubre, preguntándoles si sabían de alguna casa en los alrededores que él pudiera alquilar! ¡Si Charlie no hubiera sido imprudente y disoluto con su dinero, asegurándose la vida en más de lo que era razonable para un hombre de sus ingresos! ¡Si su estómago no se hubiera indisciplinado en la última semana, provocando la situación que trajo tantas preocupaciones! ¡Si McKelvey no suspirara cuando la cama crujía, si Jacobs no murmurara con cada tictac del reloj, si Barrett no hiciera guardia sobre su cama, soplando su fría respiración sobre la cama de Charlie!

No había más que un camino para resolver el problema: la línea recta, la mínima distancia entre dos puntos de vista. Charlie debía decirle, cara a cara, a su mujer: «Bedelia, mi querido amor, Ben me ha contado una historia absurda. Naturalmente, yo no he creído ni una sola palabra; ese hombre debe estar loco y comprendo que tu instinto femenino te haya prevenido contra él; pero, como la historia te concierne, es mejor que la conozcas».

Se escuchaba su propia voz repitiéndole la historia de Ben, hablándole de Maurine Barrett y del hombre del barco que la saludó como señora de Jacobs. Veía la cara de Bedelia mientras escuchaba cortésmente, pero sin gran interés.

El espectáculo era tranquilizador. Reconfortado por el sentido común, resolvió hablarle de ello francamente; le causaría a Bedelia algún dolor, pero terminaría con las dudas. Firmemente convencido de que los fantasmas nocturnos se desvanecerían con la clara luz del día, Charlie se durmió.

—¡Charlie, querido! —llamó Bedelia.

Eran casi las once de la mañana y Charlie no había cumplido aún su determinación de contarle el relato de Ben Chaney. No se había olvidado ni cambiado de propósito, y su primer pensamiento en cuanto abrió los ojos aquel día había sido cumplirlo. Pero Bedelia se despertó tarde. Mientras tanto, Charlie hizo todo el trabajo de la casa. La tarea había sido fastidiosa. Se sintió inquieto, impaciente, dándose cuenta de cada minuto, de todos los pensamientos que asaltaban su mente, del menor movimiento de sus músculos. Sin embargo, quiso que la casa estuviera limpia y arreglada antes de enfrentarse con Bedelia para interrogarla: no quería provocar el desorden sentimental sin tener la casa ordenada, porque con todo revuelto le hubiera sido más difícil mantener su serenidad.

Hacia las doce y media, Bedelia le llamó para decirle que estaba despierta y pronta para tomar su desayuno. La fiebre había remitido, pero tosía mucho; Charlie creyó que sería mejor que permaneciera en el dormitorio aquel día. Llevaba la bonita bata de lana verde con mangas acampanadas, bordadas en oro, negro y rojo.

—Me gustaría tomar un huevo esta mañana, Charlie querido.

—Sí, mi vida.

Cuando regresó con la bandeja del desayuno, encontró el dormitorio ya arreglado: el edredón de moaré color rosa extendido sin una arruga, y las almohadas debajo del travesero. El cuarto parecía un escenario compuesto a propósito para la gran escena.

Charlie decidió que la dejaría tomar el desayuno antes de empezar con la indagatoria. Colocó la bandeja encima de una mesita, al lado de la ventana, y relleno la tapizada silla con almohadas para que Bedelia estuviera más cómoda. Comía despacio, mirando a través de la ventana y como soñando, mientras tomaba a sorbos su café. Más allá de la ventana todo relucía. La nieve, limpia y pareja, se extendía hasta el horizonte. En ambas márgenes del río las oscuras rocas estaban ribeteadas de carámbanos, como si tuvieran barbas de hielo; también colgaban del tejado y del marco de la ventana, y los rayos del sol los quebraban en irisados colores.

La taza de café quedó vacía por fin. Charlie acercó más su silla de modo que entre él y su mujer quedara solamente la pequeña mesa con los platos vacíos. Bedelia parecía abstraída. Las facciones de su cara veíanse limpiamente modeladas y su cutis resplandecía con fino brillo. Charlie apreciaba estas cualidades; pero, ahondando más en todo ello, esperó con ansiedad su reacción al decirle de improviso y mirándola de soslayo:

—¿Por qué te turbaste tanto cuando Ben nombró a Keene Barrett?

Repentinamente, todo el asunto le pareció absurdo.

McKelvey, Jacobs y Barrett eran meros espectros que no podían resistir la clara luz del día: los pescadores azules pintados en los planos de madera de sauce que tenía ante sí le parecían más reales.

—Ben es un embustero. No hay una sola palabra de verdad en nada de lo que él dice —afirmó Bedelia, con calma, como si la repentina y brusca pregunta no la hubiera alterado lo más mínimo. Y con el mismo tono de voz, añadió—. ¿Tú me quieres, Charlie?

Él no respondió. Los espectros, felizmente, se esfumaban y, mientras no fueran otra cosa que fantasmas creados por la crueldad de Ben Chaney y su atormentada imaginación, nunca podrían afectar ni dañar a los Horst. Pero una vez que su mujer nombrara a McKelvey, a Jacobs y a Barrett, ya no serían duendes, sino cadáveres de hombres que fueron en un tiempo felices maridos.

—Tú ayer me amabas. Me has amado hasta que vino y te contó todas esas mentiras.

—¿Cómo sabes que estuvo aquí?

—El timbre de la puerta me despertó. Y oí que te decía que los hijos de Keeley le habían enseñado a marchar con esas raquetas para la nieve.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Y por qué no me lo has dicho tú?

—Si oíste lo que me contó, Bedelia, sabes ya por qué no he dicho nada.

—Tú creíste lo que te dijo, por eso temes hablarme.

—Yo no quería herirte —dijo Charlie.

—Me hierde más el que tú creas mentiras sobre mí. No comprendo cómo puedes. ¡Sus mentiras! Es el hombre más engañoso que he conocido. Nunca ha dicho ni una sola palabra de verdad desde que lo conocemos.

—¿Entonces tú sabes lo que me contó? —preguntó Charlie, vacilante.

—¿Te acuerdas de lo que anoche te dije? Si yo no te amara tanto, no habría querido tener un hijo tuyo. No lo deseaba; tú lo sabes.

—¿Estabas realmente embarazada cuando por primera vez me lo dijiste? ¿O fue un ardid tuyo para inducirme a aumentar mi seguro de vida?

Bedelia se volvió color escarlata. Su boca de muñeca se convirtió en una delgada línea.

—Acerca del hombre de Saint Paul, Barrett, ¿qué tienes que decirme, Bedelia?

—Estoy de cuatro meses. Muy pronto empezaré a sentir su vida.

Apelaba claramente a la conmiseración de Charlie, pero él tenía derecho a no dejarse impresionar. De todos modos era cosa tan natural en una mujer decirlo, que, por un momento, pareció aclarada la atmósfera, y él sintió todo lo que un marido debe sentir cuando su mujer le habla del hijo que lleva en las entrañas.

La mecedora chirriaba, y Charlie pensó que debería decir a Bedelia que convenía engrasarla.

Levantó ella la cabeza altivamente y dijo:

—Eso significa que Ben ha creído a los Barrett.

Charlie se estremeció.

—Siempre estuvieron en contra mía. Debes creerme, Charlie. ¿Me crees?

¡Esto era una confesión! No como Charlie la había esperado, pero no menos real por eso. Al fin, un fantasma se había convertido en uno de aquellos maridos. Charlie, aún habiendo previsto semejante momento crítico, quedó anonadado. Su cara se alteró y su cuerpo se retorció. Cerró los ojos creyendo que si la ocultaba de su vista podría resistir mejor.

Bedelia lo observaba atentamente, y cuando vio que por fin abría los ojos, le dirigió una implorante mirada. Pero Charlie desviaba de Bedelia la suya, mientras ésta lo apremiaba con sus excusas y lo envolvía con explicaciones en la esperanza de conmooverlo.

—Se enfurecieron cuando Will se casó conmigo. La mujer de Keene quería que él se casara con una rica heredera, cuyo padre era importante bolsista, y cuando supieron que Will se había casado con una muchacha sin fortuna, montaron en cólera. Espera que te diga cómo es Keene: su boca parece un libro de notas de bolsillo. —Y la de Bedelia, para imitarla, hizo un gesto de astucia y codicia—. El habla poco, como si las palabras costaran dinero; y cuando supieron que Will me había legado todo su seguro de vida, él y su mujer, Hazel, se comportaron conmigo de un modo atroz. —Los ojos de Bedelia medio se cerraron y se estremeció levemente—. Ahora intentan revolver el asunto, porque piensan que asustándome podrán sacarme algo de aquel dinero.

También los parientes de la irascible y vieja señora se habían puesto en contra de Bedelia y lo mismo la familia del millonario tuberculoso cuando éste la quería nombrar heredera de su fortuna.

Hubo un largo silencio que rompió Charlie.

—Me dijo Ben que los Keene Barrett te apreciaban. Después de la muerte de tu marido, hicieron cuanto les fue posible para consolarte.

—¡Que me apreciaban! —Las ventanas de su nariz se movían agitadamente—. Me habría gustado que hubieras oído sus insultos. Hazel no pudo soportar que Will me comprara un abrigo de pieles, pues lo más que ella había podido obtener de Keene fue uno de felpa con un raquíptico cuello de astracán. Ahora ella posee el mío de topo y, además, todo lo mío que dejé allí.

—Es muy natural. Tú se lo dejaste a ella, ¿verdad? ¿Entonces, por qué el conflicto?

—Tenía que añadirle cincuenta pieles para que le viniera bien a la medida de su

busto. Todo eso no es más que un complot para sacarme dinero. Para eso Keene gasta en detectives.

—Si no había más en todo el asunto —dijo Charlie—, ¿por qué desapareciste?

—Ya te lo he dicho. Los Barrett me hacían la vida imposible.

—¿Y por qué cambiaste de nombre?

—Tenía miedo —dijo, bajando sus párpados como si sus enemigos la asediaran y tratara de evitar el ver sus caras—, porque sabía que nada los detendría hasta dar conmigo y arrebatarme el dinero.

—No había necesidad de cambiar por eso de nombre. El dinero del seguro era legalmente tuyo, y no podían quitártelo.

—¿Realmente? —preguntó con gravedad.

—Bedelia, hazme el favor de decir la verdad —rogó Charlie—. Yo no estoy contra ti; yo soy... —resistiéndose a hablar en términos demasiado efusivos, terminó la frase, diciendo—: Y quiero ayudarte en todo esto.

—¿Tú me crees?

—Temo que no.

Bedelia pareció ofenderse.

—Tú me diste un nombre falso cuando nos conocimos y cuando nos casamos permitiste que pusieran ese nombre falso en el acta de matrimonio. No sé, pues, si somos o no legalmente marido y mujer.

—¡Oh! —gritó ella—. ¡Esto es terrible!

—No es tan terrible como las otras cosas —dijo Charlie.

—Pero yo *quiero* estar casada contigo.

—¿Es que tú no quisiste también estar casada con los otros?

Bedelia permanecía recostada contra el respaldo de la silla y con la vista baja examinaba sus manos cerradas. Nunca la había visto Charlie tan malhumorada y descompuesta.

—¿Es que no *quisiste* tú estar casada con los otros? —repitió Charlie.

—No hubo otros —contestó, sin apartar los ojos de las manos—. Ningún otro, excepto tú y Will.

—¿Qué hay, pues, de Raúl Cochran?

Quedó silenciosa un momento y después le dirigió una mirada tan suplicante que él se olvidó de las infamias y lamentó la rudeza de sus palabras. Treinta segundos después se arrepintió de haber mostrado aquel destello de compasión y se reprendió por no ser un hombre bastante fuerte para enfrentarse con el mal y vencerlo en un cuarto de hora.

Una nube se interpuso en los rayos luminosos del sol. La pureza y el brillo de aquel día desaparecieron. La nieve parecía de color gris sucio. Allá, en el camino, una docena de hombres abrigados hasta las orejas echaban con palas la nieve a los lados

de la carretera y la apilaban en sucios montones. Charlie adivinó la pregunta en los ojos de Bedelia y la contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza: su aislamiento iba a terminar pronto. Los pobres de la ciudad estaban limpiando el camino que conducía hasta la puerta de la casa.

A mediodía, los hombres cesaron en su trabajo y, saltando a los carruajes, se fueron.

—Se han ido —dijo Bedelia.

Pareció que Charlie no había oído. Había perdido el sentido del tiempo, de las cosas que lo rodeaban y de su peculiar situación. El reloj dio la hora, pero Charlie no contó las campanadas. Bedelia lo observaba nerviosamente, mientras él se paseaba de un lado a otro con la vista fija en la alfombra.

—Charlie, he dicho que se han ido.

—¿Quiénes?

—Los hombres que limpiaban el camino. No han llegado todavía hasta aquí con su trabajo.

—Se han ido a comer. Probablemente al comedor de Mitch. El vecindario paga todo eso.

—¿Volverán?

—A la una.

—¡Oh, querido! —dijo Bedelia, contrariada—. Quizá sería mejor que nosotros tomáramos también algo.

—No tengo apetito.

Charlie se alegró de ello, porque no se sentía con humor para dedicarse a pequeñeces.

—Me complacerías si no continuaras haciendo eso —lamentó Bedelia.

—¿Haciendo qué?

—Yendo y viniendo por el cuarto como un león enjaulado. Me pones nerviosa.

La queja parecía denotar una pequeña querrela doméstica, sin indicios de drama ni de tragedia. Charlie encontró su pipa sobre la chimenea, pero no la encendió. Sujetó entre sus dientes la boquilla, en tanto sostenía el fósforo sin prender, en su mano.

—Yo te amo mucho, Charlie. ¿No quieres creerlo?

Empleó un largo rato en encender la pipa, dio unas chupadas y tiró el fósforo.

—Si me amas tanto, ¿por qué me has mentado?

—He sido muy desgraciada en la vida.

Había algo de ingenuo y, a la vez, de astuto, en el modo de comportarse Bedelia. Tenía cierta esperanza en que Charlie se mostrara compasivo y, al verse decepcionada, se dirigió al espejo; se alisó el cabello y, tomando la pasta para colorear sus labios, se frotó con ella la boca. Después se acercó apresuradamente a

Charlie, se puso frente a él y, sin enojo alguno, con humildad le dijo:

—Tú no sabes cuán desgraciada he sido. ¡Tú no lo sabes!

Él le miró la raya que partía su cabello y contestó:

—Quiero saber la verdad de tu vida empezando por el principio.

Bedelia suspiró.

En la raya que dividía su peinado el color era más pálido que el resto del cabello. A Charlie no le gustó esto, y se alejó. No sacó la conclusión que hubiera sacado una mujer; que Bedelia se teñía el cabello, pero se sentía disgustado sin saber por qué. Como Ellen, detestaba toda clase de artificios.

—¿Quiénes eran tus padres? —preguntó bruscamente—. ¿Dónde has nacido? ¿Cómo fue tu infancia?

—Pero ya te lo he dicho, querido. —Su actitud era circunstancial, y, hablando rápida y mecánicamente, continuó—: Mi familia era una de las mejores de San Francisco. Antes del terremoto, nosotros éramos muy ricos. Vivíamos...

Charlie se encogió de hombros y se sintió tentado de zarandearla.

—Sé esa historia. No la creo. Dime la verdad.

—¡Oh, mi vida! —murmuró ella.

Charlie dejó caer sus manos. Se alejó unos pasos y se volvió, mirándola sin acercarse.

—Mira, Bidy, puedes hablarme sinceramente. Yo no estoy contra ti; soy tu marido, y hago lo posible para ayudarte. —Decía todo esto en voz baja, como queriendo darle a entender que no la maltrataría si decía la verdad.

Aparecieron a torrentes las lágrimas anegando los ojos de Bedelia y corrían por sus mejillas, sin que ella intentara contenerlas ni secarlas; permanecía de pie, vencida, apretándose el cuello con ambas manos. Su mirada, sin dirección, no veía nada, y sus ojos no tenían otra misión que la de llorar. No sollozaba. Charlie nada podía hacer, como no fuera esperar que cesara aquel llanto.

Por fin terminaron las lágrimas. Se restregó los ojos con los puños, sonrió tristemente y, con el pañuelo de Charlie, se limpió las mejillas y los ojos, en tanto que decía:

—Siento haberme comportado como una chiquilla.

—¿Quieres beber un poco de agua?

—No, gracias.

—¿Coñac?

—No. Nada, gracias.

Miró alrededor del cuarto. Su mirada era investigadora y parecía que Charlie era alguien que ella nunca hubiera visto. Su aflicción había sido como un síncope y, al volver en sí, el ver las cosas familiares, la ayudaba a recobrase. Pronto la sonrisa apareció en sus labios y fue otra vez dueña de sí misma. Se sentó en la silla próxima a

la ventana.

Charlie tomó asiento enfrente y la tendió la mano por encima de la mesa. Ella la tomó tímidamente.

—Voy a hacerte muy pocas preguntas, y tú debes contestarlas con sinceridad, Bedelia: Nada me enojará ni herirá mis sentimientos. Puedes ser tan sincera conmigo como si hablaras contigo misma. ¿Me lo prometes?

—Sí, Charlie. Lo prometo.

Así se entregaba ella a Charlie y confiaba en que él la protegería. Su mano temblaba en la suya. El sentido de la responsabilidad aumentaba la tensión en él. No sabía qué iba a hacer después de conocer la verdad.

—¿Cómo te llamas?

—Bedelia Horst.

Charlie movió la cabeza.

—No, no es esto lo que yo quiero. Necesito la verdad, ¿fuiste bautizada?

Ella hizo un signo afirmativo.

—¿Qué nombre te pusieron?

—Bedelia.

—Creo que me prometiste decir la verdad.

—Mi madre acostumbraba llamarme Anita.

Charlie notó que había hecho algún progreso.

—¿Anita qué?

—Anita Torrey.

—Anita Torrey. ¿Éste es el nombre con el que te llamaban cuando eras pequeña, verdad?

—Torrey con y. T-o-doble-r-e-y.

—¿Qué clase de apellido era ése?

—El apellido de mi madre.

—¿Y por qué no el de tu padre?

Palideció y quedaron sin sangre sus mejillas, al tiempo que otra vez se echaba las manos al cuello.

—Comprendo —dijo Charlie, afablemente—. ¿Así que tú no has conocido a tu padre?

Ella lo miró inexpresivamente.

—¿No sabes algo referente a él? Su edad, su nacionalidad, de qué familia procedía, cuál era su profesión...

—Provenía de una aristocrática familia inglesa. Su padre era el hijo menor de su casa y vino a este país, porque...

—Bedelia —interrumpió Charlie—, éstas no son cosas de juego. Tú me prometiste decir la verdad, ¿vas a cumplir tu palabra?

—Sí —contestó humildemente.

—Háblame de tu padre.

—Ya te lo he dicho. Cuando en su casa tenían invitados, él me llevaba a ver los salones, bajándome del cuarto de los niños. Había platos de oro sobre la mesa y música de orquesta. Mi madre tenía pendientes de diamantes y...

Charlie, saliéndose por la tangente y con la esperanza de empujarla a la sinceridad, le preguntó bruscamente:

—¿Te acuerdas de McKelvey?

—¿Quién?

—¿No fue tu primer marido?

—Mi primer marido fue Herman Bender.

Charlie, ante tan inesperada declaración, saltó de su silla preguntando descompuesto:

—¿Quién era ese Herman Bender?

—Ya te lo he dicho —contestó suavemente—, mi primer marido. Nos casamos cuando yo tenía diecisiete años. Era el propietario de una cochera de alquiler.

Charlie se estremeció horrorizado. Estaba preparado para oír cosas tremendas; pero en relación con hechos que ya conocía y considerados en su mente, mas la declaración de Bedelia le sorprendió por completo.

—Prometí decirte la verdad —le dijo ella.

—Sí, sí, desde luego —balbuceó—. Adelante, y cuéntame lo referente a Herman Bender.

—Nunca hablo de él, porque no me gusta recordar cuán horriblemente se portó después la gente conmigo. Tuve que salir de la ciudad: murmuraban, diciendo que yo sabía lo de las setas. Se pusieron celosos cuando se enteraron que recibía los mil dólares.

—¿Murió Herman después de comer setas?

—Yo deduzco que no eran realmente setas; pero ¿cómo podía yo saberlo? Él me había enseñado a distinguir si eran o no venenosas. Siempre se iba al monte a cogerlas: era una excelente comida y no le costaban nada.

—Tú le diste a comer setas y murió, ¿y luego tú recibiste algún dinero?

—Las preparábamos siempre con mantequilla.

—¿De qué estás hablando?

—De las setas. No quería comerlas si no estaban guisadas con mantequilla.

—Quiero saber eso de los mil dólares.

Ella hablaba suavemente.

—Nada sabía yo, en verdad, acerca de los mil dólares. Había oído algo sobre un seguro, pero no supe lo que significaba hasta que la compañía me remitió el dinero.

—Entonces, ¿por qué le diste de comer setas?

—A él le gustaban mucho. Y podíamos obtenerlas de balde: todo lo que costaba era salir afuera y cogerlas. —Tenía en tensión los músculos de su cara—. Era mezquino. Yo nunca creí que tuviera algún dinero, pues pretendía que iba a terminar sus días en un asilo. Decía que los caballos comían mucho y se tragaban todos los beneficios.

—¿Dónde era eso?

—En las afueras de San Francisco. Ya te he dicho que yo nací en California.

También le había dicho otras cosas. Veía ahora cómo ciertos destellos de verdad asomaban entre sus falsedades, y comprendió que hasta cuando ella intentaba ser franca lo adulteraba con engaños. Para Bedelia no existía una precisa y clara línea divisoria entre la sinceridad y la invención.

—¿Tú amabas a Herman Bender?

Ella se rió irónicamente.

—Entonces, ¿por qué te casaste con él?

Bedelia miró a través de la ventana. Los carromatos habían traído nuevamente a los hombres al trabajo. Al lado de la carretera iban creciendo los montones de nieve, y los trabajadores avanzaban hacia la verja de la casa, en su tarea de limpiar de nieve el camino.

—Tenía un buen negocio, y no le atemorizaba el matrimonio —contestó Bedelia, volviéndose otra vez a Charlie.

—Debe ser muy duro casarse a los diecisiete años sin sentir amor por el marido.

Bedelia movió los labios, pero no pronunció palabra alguna. En su interior, se debatía consigo misma discutiendo la realidad de algo que había surgido en su cerebro, y aguardaba la oportunidad de decirlo.

—Habla, di lo que sea, Bedelia; yo procuraré comprenderte.

Las palabras salieron de su boca, como una cascada.

—A veces era bueno conmigo y a veces, horrible. Me pegó y me arrojó al suelo sin sentido. ¡Tú no sabes, Charlie! Era avariento, y me pegaba si le pedía dinero. Y, tal vez tú no quieras creerlo —sus manos protegieron su vientre—, por culpa suya aborté.

—Pero tú cobraste mil dólares por haberle dado a comer setas.

—¡No! —gritó—. Sinceramente digo que nunca pretendía eso. Quería darle una comida económica. Fue más tarde cuando averigüé que él, después de haberle yo dicho que íbamos a tener un hijo, había asegurado su vida en mil dólares.

—Eso es muy difícil de creer —dijo Charlie—. El haberse asegurado demuestra consideración y ternura y, al propio tiempo, que estaba satisfecho de que tú le trajeras un hijo. Es difícil de creer que te pegara y te hiciera abortar.

Bedelia tenía la cara color escarlata, y golpeó con los puños la mesa, diciendo:

—Tienes que creer lo que he dicho, Charlie. Hay muchas cosas que tú ignoras,

porque no conoces gente mala. Un marido siempre se siente satisfecho cuando le dicen que va a ser padre por primera vez; se cree un personaje. Y esto es exactamente lo que le ocurrió a Herman, cuando yo se lo dije. Pero su carácter era terrible y, una vez que se enfadó, olvidó completamente mi estado. Sintió mucho que perdiera el hijo.

—Podías haber tenido otro.

—Si él hubiera vivido... —dijo ella, piadosamente.

—O, tal vez, si tú no lo hubieras evitado; puesto que, al parecer, sabes cómo.

—Entonces no lo sabía. Era muy ignorante aún y sabía pocas cosas. Fue más tarde, mucho tiempo después, cuando me enteré de todos esos asuntos.

—¿Lo sabías cuando te casaste con McKelvey?

Charlie estaba acostumbrado a su inexpresiva mirada y habló con voz autoritaria y fuerte.

—¡Bedelia! ¡Mírame!

Ella volvió hacia él la cabeza como un médium obedece a su hipnotizador, pero sus ojos siguieron velados. Charlie alargó una mano por encima de la mesa; le apretó la barbilla hacia arriba, obligándola a mantener la cara vuelta hacia él. De pronto, ella sonrió. El hielo había desaparecido de sus ojos, que otra vez brillaban llenos de vida, mientras su boca sonreía, cálida y amorosamente.

Sintió Charlie que procedía brutalmente al proseguir interrogándola.

—¿Qué hay de McKelvey? ¿Estuviste, o no estuviste casada con él?

—No me acuerdo.

Charlie creyó, entonces, que quizás Herman Bender no era del todo culpable de sus arrebatos; pero, sintiéndose impotente, apaciguó su furia.

—Es imposible olvidar a una persona con la que se ha estado casada. No creas que soy tan cándido que vaya a tragarme esa explicación.

—Haz el favor de no gritarme, Charlie. ¿Qué quieres que yo haga, si se me ha olvidado?

—Tu memoria sirve a tu conveniencia. Esta misma mañana me has dicho que nunca hubo otros maridos, excepto Will Barrett y yo; y, repentinamente, haces aparecer a ese Bender.

—Herman era tan poquísimo para mí, que ya hace mucho tiempo que me había olvidado de él.

Charlie movió dubitativamente la cabeza.

—No siempre recuerdo las cosas desagradables —dijo Bedelia, lamentándose de tal modo que, al mirarla Charlie en la cara, comprendió que por fin había dicho una verdad.

Aún intentó él, con paciencia, poner algún orden y lógica en aquella historia.

—¿Qué hiciste después de la muerte de Bender?

—Me marché.

—¿A dónde?

—A diferentes sitios. Hice compañía a una señora anciana y rica, y viajamos mucho. Estuvimos en los lugares de moda: Nantucket, Bar Harbour y Asbury Park.

Charlie recordó que Ben había hablado de Asbury Park como el escenario del encuentro con McKelvey.

—¿Encontraste a alguien allí?

—Es donde me encontré con Harold De Graf, de quien ya te he hablado. Era del Sur, de magnífica apariencia e inmensamente rico; pero estaba tuberculoso. Se enamoró de mí...

—Bedelia —interrumpió Charlie, fastidiado—, ya conozco esa historia. Lo que yo deseo es la verdad. Tú me prometiste decirla, recuérdalo.

—Sí, querido.

—¿Había, pues, una señora anciana y rica y un millonario tísico?

—Desde luego. Ya te hablé de ella. Quería dejarme mucho dinero, pero sus parientes estaban en contra mía; en particular, su sobrino, que era un perdido, y cuando rechazé sus proposiciones amorosas...

—¿Y qué me tienes que decir de Jacobs? —le preguntó, cortando su explicación.

Bedelia no respondió, pero con la mano izquierda cubrió vivamente su derecha, en la que llevaba la sortija de oro y granates que Charlie le había regalado para reemplazar la de perla negra.

—¿Así que te acuerdas de Jacobs?

Una vena muy abultada, en línea diagonal desde la raya de su peinado hasta el ojo izquierdo, dividió la frente de Bedelia. Charlie notó cómo le palpitaba, y cómo los dientes se hinchaban en el labio inferior de su boca.

—Por fuerza has de acordarte de Jacobs. Tienes y conservas la perla negra.

Cuando, por fin, ella habló, Charlie pudo ver la marca de los dientes en el labio.

—Era mía. Tenía derecho a guardarla.

—Debe haberte parecido bastante duro tener que abandonar todo lo demás —dijo Charlie, con frialdad—, todos tus vestidos, los cacharros de cocina y tus abrigos de pieles. Pero te quedaste con la sortija, y esta sortija te vendió.

—Hablas como si no me quisieras.

Los hombres, abriendo camino en la nieve con sus palas, habían alcanzado el trozo de carretera frente a la casa, y el vasto silencio que la circundaba fue roto por el sonido metálico de las herramientas y por las estrepitosas y alegres risotadas de los trabajadores.

Charlie tenía las piernas entumecidas. Le dolía la parte posterior del cuello. Un poco más allá de la terraza, el río se deslizaba tan alegremente como siempre, y al poniente se destacaban en el cielo, como islas en un mar de color perla, las nubes

bellamente iluminadas por el sol en su ocaso. El carromato había venido para recoger a los paleadores de nieve, que volvieron a la ciudad para cobrar su paga en el Ayuntamiento. Eran las cinco de la tarde y hacía como una hora que Charlie permanecía de pie junto a la ventana.

Se acordó, con asombro, de que no había telefonado a su oficina; a pesar de que el aparato estaba ya nuevamente conectado desde la mañana de aquel día: ni una vez pensó en llamar. Cuando murió su madre había telefonado tres veces al capataz de su obra.

Bedelia dormía. La disputa la había agotado, pero fue capaz de echar a un lado su preocupación y acostarse en la cama, haciéndose un ovillo como una gata. Charlie no encontró semejante refugio para su pena.

Cuando se decidió a preguntar a su mujer sobre las acusaciones de Ben, esperaba Charlie obtener una confesión o una negativa. No obtuvo ni una ni otra, y sí solamente evasivas. No declaró ella conocimiento ni matrimonio con Jacobs y McKelvey, pero se vio que ambos existían en algún rincón de las sinuosas avenidas de su memoria. Al mencionar Charlie a Jacobs hizo ella un involuntario gesto hacia la mano en que había lucido la perla negra. Y Asbury Park, sitio donde se conocieron Anabela Godfrey y McKelvey, era el escenario de su soñado idilio con el tuberculoso millonario. Todo el tejido de su trama estaba urdido con madejas de verdad coloreadas con los tintes del engaño.

Y existía también un Herman Bender, propietario de una cochera de alquiler, marido olvidado por la mañana y recordado en la tarde. Si aquella muerte había sido, como ella pretendía, por accidente, fue un suceso importante y muy afortunado para Bedelia; pues la liberó de un compañero desagradable, dotándola además de mil dólares que, en aquella ocasión, le representaban una fortuna. La muerte de su marido había sido un raro golpe de suerte, y el desdichado accidente, modelo para crimen que, en una u otra forma, había ella repetido sin ningún remordimiento, y siempre con mayor astucia y refinamiento. El cuerpo de Charlie se estremeció al recordar las emociones que le embargaron cuando ella, por primera vez, le confió que estaba embarazada.

Ella nunca había admitido el asesinato. Ni Charlie había hecho la pregunta directamente, pues su delicadeza se lo prohibía; porque no podía hablarle a Bedelia de asesinato, como no se puede hablar de deformidad en presencia de un defectuoso.

Algo conmovedor existía en su confesión de haberse casado con Herman Bender, porque él quiso y era una manera de vivir bien. Ninguna otra respuesta hubiera podido demostrar más claramente que en su juventud fue sórdida su existencia. Todo eso de la mansión en San Francisco, los aristocráticos antepasados, la vajilla de oro, los músicos contratados y los diamantes en las orejas de su madre no eran más que sueños de una infancia pobre y de ingratos recuerdos.

Charlie sintió compasión porque ella no pudiera desenvolverse fuera del ámbito de esas humillaciones; pero era demasiado honrado para aceptarlo como excusa para sus crímenes, pues si todos aquéllos que han tenido una infancia sórdida hubieran de convertirse en asesinos, el ochenta por ciento de las personas, al menos, sería homicida.

Las privaciones en la edad temprana, la infelicidad y el hambre pueden conducir a renegar de la sociedad, a la amargura, a la protesta y también al saludable intento de hacer un mundo mejor para la nueva generación; pero ningún juez consciente querría aceptar semejante excusa para un premeditado, cruel y taimado asesinato.

No existían dudas sobre los motivos de sus crímenes: había matado por dinero, y había conducido su vida como un hombre de negocios que espera lograr una respetable fortuna para su vejez. Calculó sus asuntos con agudeza, e invirtió parte de su capital en cada nueva aventura. No había en aquello misterio ni grandeza algunos; sólo el enigma de un alma que es capaz de cometer crímenes tal normal y eficientemente como un hombre de negocios planea una operación financiera. ¿Por qué hay personas incapaces para el crimen, mientras otras matan con la mayor sangre fría? Éste es el misterio más misterioso de todos, el problema que nadie, detective, médico ni psicólogo ha podido resolver.

Charlie recordaba el relato del periódico referente al eclesiástico de New Hampshire, que había asfixiado a su hermana con un almohadón, porque al cabo de diecisiete años de unas relaciones amorosas, él creyó que su hermana se inmiscuía en ellas. ¿Por qué, después de diecisiete años, precisamente en aquel día particular?

El color de alhucema y coral se esfumaba en el cielo de poniente.

La luz del crepúsculo flotaba en el aire como la bruma.

—¡Charlie!

Charlie se estremeció.

—Estoy en el piso bajo.

Con el chal blanco de la madre de él sobre los hombros, el vestido verde desvaneciéndose en la sombra y el blanco marco de la puerta encuadrando su figura, parecía uno de esos desvaídos retratos que cuelgan en la difusa luz de los viejos museos europeos. Al acostumbrarse la vista de Charlie a la penumbra, vio el óvalo de su cara y sus negros ojos, y su manos en el chal.

—No deberías haber bajado.

—Charlie, tengo que hablarte.

—Muy bien. —Se dirigió hacia la sala de estar que parecía más segura que el estudio, porque era más grande. Bedelia eligió un sillón, mientras Charlie encendía todas las luces y prendía en la chimenea un montón de papeles arrugados bajo la leña.

—El camino está ya despejado, Charlie, y podríamos ir a la ciudad.

—Nuestro sendero no está libre aún.

—Pero tú puedes abrir paso, ¿verdad?

—Intentaré hacerlo antes que nada mañana por la mañana.

—¿Cuánto tiempo emplearás?

—Dos o tres horas, creo yo.

—¡Oh! —dijo Bedelia, después de un silencio—, entonces podríamos tomar el tren de las diez y diez.

—¿Para dónde?

—Para Nueva York.

Charlie no contestó. Bedelia examinó la vitrina. Quedaba un espacio vacío que algún tiempo fuera ocupado por la figurita del marqués de Dresde y su amante. ¡Cuántas cosas habían sucedido desde que ella dejó caer el adorno, que no tuvo tiempo de reordenar los anaqueles! Se acercó a la vitrina y colocó un vaso de Sevres en el espacio vacío, pero movió la cabeza, desaprobando, y lo volvió a poner en el anaquel superior, donde definitivamente quedaba bien emplazado.

—¿Por qué quieres ir a Nueva York? —preguntó Charlie por fin.

Bedelia dejó el vaso en su sitio y dio un paso atrás para estudiar los estantes.

—De vacaciones, querido. Podríamos ir a cualquier parte del sur de Europa. Italia me gustaría. Los ingleses van siempre a Italia en invierno.

—No te entiendo.

Esto era falso, pues precisamente Charlie sabía qué era lo que ella había querido eludir.

—Ambos hemos estado enfermos, Charlie. Tú has tenido una fuerte indigestión y mi resfriado puede durarme todavía meses. Unas vacaciones nos serían beneficiosas.

Intentaba dar a su sugerencia el tono de lugar común, tal y como sus amigos lo interpretarían al enterarse de que Charlie y su mujer habían decidido tomarse unas vacaciones de invierno.

Charlie se aclaró la garganta y dijo:

—¿Es para evitarte el encuentro con Barrett?

Bedelia se acercó nuevamente a la vitrina y ensayó el efecto de un adorno de plata, delicado y muy forjado, en el lugar que había ocupado el grupo de Dresde.

—¿Tienen pruebas contra ti?

La contestación llegó a Charlie con voz muy distante.

—No entiendo qué quieres decir.

—Si Barrett te identificara, ¿probaría eso algo? ¿Podrían sostener ahora, después de tanto tiempo, que Will Barrett fue narcotizado antes de caerse al agua? Y aún cuando pudieran demostrarlo, ¿constituiría ello realmente una prueba? Desde luego, el que tú desaparecieras y cambiaras de nombre no es nada favorable.

Bedelia alteró las posiciones de una cigüeña tallada en marfil, un perro de porcelana, un elefante en cornerina y una pareja de gatos en jade blanco.

La heterogénea colección de animales la complació. Dio unos pasos hacia atrás para estudiar el efecto de lejos.

—Nada poseen contra mí, excepto las sospechas de sus infectas mentalidades.

Su voz no era provocativa, sino meramente desdeñosa, como si hablara de mala gana sobre algo desagradable, ajeno completamente a ella.

—Entonces, ¿por qué no quedamos y luchar? ¿Por qué marcharnos?

—Prefiero ir al extranjero.

—Supongamos que Barrett te identifica como su cuñada; esto nada prueba en definitiva contra ti. Y, además, sucedió en otro Estado. Todos tus asuntos han ocurrido en Estados diferentes, ¿verdad? Minnesota, Michigan y Tennessee. Se produciría un infernal caos jurídico. ¿Y es que tienen prueba de algo?

Mientras decía eso, Charlie contemplaba el triunfo en la Sala del Tribunal y al juez inclinándose desde su alto sillón para estrechar la mano de la acusada, absuelta; mientras el leal marido de pie, a su lado, la sostenía por el brazo.

—Primero tendrían ellos que identificarte como la mujer de Barrett, como a Anabela McKelvey y como a Zoe Jacobs.

—Cloe —rectificó ella.

Charlie retrocedió tan rápida y precipitadamente que por poco no tropezó con el fuego de la chimenea.

Bedelia comenzó a hablar con gran vivacidad del viaje a Europa. En invierno, el mar podía estar alborotado; pero la travesía no duraría más de una semana. París, primera etapa, pensaba ella; pues había suspirado toda su vida por ver París, y además quería hacerse algunos vestidos nuevos. Después, Italia; o, si así lo prefería Charlie, la Riviera. Bedelia había leído mucho sobre la Riviera, y estaba al tanto de los «Grandes Hoteles», de los paseos junto al mar y de los casinos de juego.

—Podríamos, incluso, ir a Montecarlo —dijo Bedelia que, no satisfecha aún con el arreglo de los anaqueles, tenía sobre la palma de su mano derecha los tres monos de marfil que los Johnson le habían regalado por Navidad. Su consejo «no ver el mal, no escuchar el mal, no hablar mal» en realidad equivalía a cultivar el mal deliberadamente. El cuidado de evitar todo lo que fuera desagradable y de mal sabor era, no sólo la más grande falta de Charlie, sino la de su familia y la de su clase. Apartando su vista y su oído del mal, lo alentaban y le daban buena luz, aire puro y espacio para florecer. El hombre civilizado no es el que quiere ignorar el mal, sino el que lo ve claramente, oye sus más débiles vagidos y lo desenmascara a grandes gritos desde los tejados de las casas.

Un simple alfilerazo había destruido todo su entrevisto triunfo. La audiencia judicial que vio como fácil victoria, habíase convertido en una pesadilla. Imaginó a su mujer en el estrado de los testigos, interrogada, vuelta a preguntar y anonadada; los fognazos del magnesio, los titulares de los periódicos y los relatos de los

suplementos dominicales. Los reporteros escudriñarían en los secretos de la vida de la criminal con su último marido, y nada de su matrimonio sería suficientemente íntimo para escapar al coro de periodistas cursis y lacrimosos, que lo servirían al público en su empalagosa prosa; compadeciéndose del pobre marido por haber sido dominado por semejante Barba Azul femenino, aunque considerándolo afortunado por haber escapado vivo de sus manos.

Bedelia abandonó la vitrina y se acercó a Charlie con la bata verde suelta, pero delineando el cuerpo; y él comprendió que no hubiera sido necesario preguntarle al doctor Meyers sobre el embarazo, pues era ya muy visible. Charlie contó los meses con sus dedos y sintió frío en el espinazo. El telégrafo relampaguearía la noticia de costa a costa cuando naciera el hijo de Charlie Horst y en los pueblecitos más remotos los periódicos publicarían su nombre. Y aunque el Tribunal absolviera a Bedelia, el estigma permanecería; sería una mujer marcada, fijamente observada y murmurada donde quiera que fuera y su hijo también sería marcado con el mismo estigma.

Bedelia continuaba hablando de Europa. Escuchándola se creería que Venecia y Roma no estaban más lejos que Georgetown y Redding. Había leído todas las novelas románticas y en su imaginación no había sitio para amantes fugitivos como en el lago de Como. Podían alquilar una casita sobre una colina..., una «villa», como allí la llamaban, con jardines y terrazas, pérgolas y estatuas, olivos y naranjos y limoneros.

—Los limoneros floridos huelen más dulcemente que los naranjos —díjole, gravemente—. Tendríamos cuatro o cinco criados, como vosotros hacéis en el extranjero: no cuestan más que un buen criado aquí y especialmente con los salarios que esperan cobrar en la actualidad; aquéllos se sienten dichosos trabajando por poco dinero, y siempre te sirven el café de la mañana en la cama.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charlie, irritado por completo de aquellos planes—. Nosotros no podemos vivir en el extranjero.

—¿Por qué no?

—Mi casa y mi ocupación están aquí.

—Podríamos cerrar la casa. Bachman te cuidaría el negocio, o podrías transferirlo. El juez Bennett se ocuparía de tus asuntos.

—Así que ya has arreglado a tu gusto mi vida, ¿verdad?

—No te incomodes, querido. Sería tan delicioso vivir en un clima templado, calentándose al sol y nadando en pleno invierno. ¿No te gustaría nadar en febrero, Charlie?

Evitando deliberadamente el motivo real del viaje, hablaba como si no se tratara de otra cosa que de días de sol y limoneros en flor. Charlie la miró atentamente y vio que estaba embelesada con su nuevo sueño, y pensó si se habría sugestionado ella misma creyéndose esa nueva mentira.

—Estoy resuelto a quedarme aquí.

Hizo ella unos lindos pucheritos, irritada suavemente porque su obstinado marido no quería satisfacer su capricho.

—Querida —y la voz de Charlie sonaba como la de su madre en sus momentos de severidad—. Nosotros no podemos vivir en cualquier parte. Hemos de vivir aquí. Cuando te pedí que te casaras conmigo, dije francamente que no era rico. No tengo rentas, excepto la de mi trabajo; e incluso éste, nada es sin mi presencia. Por lo tanto, es inútil discutir. No podemos irnos.

Ella sonrió graciosamente y dijo:

—Yo tengo mucho dinero.

—¿Tú? —y simultáneamente recordó que ella le había hablado de la herencia de la abuela de Raúl Cochran y de que nunca había existido tal Raúl Cochran.

—Tengo casi doscientos mil dólares.

—¿Tú?

—Casi; desde luego, he tenido que gastar algo de ellos.

—Dónde has... —empezó a decir; pero se cortó a media frase, porque sabía muy bien de dónde había sacado ella el dinero.

—Sería, por tanto, facilísimo para nosotros vivir en el extranjero. De la renta, sin sacar el capital.

—¡No creerás que voy a vivir de ese dinero!

—El interés, al cuatro por ciento, nos daría ocho mil dólares al año. Si quisiéramos más seguridad, y lo colocáramos sólo al tres por ciento, nos darían seis mil. Con esto, en Europa, se vive a lo príncipe.

—¡Dios mío! —gritó Charlie—, ¡Dios mío!

—Muy bien. Como tú quieras, si es así como lo tomas —y sus pintados labios se cerraron cruelmente.

Volvióse con brusquedad y sus enaguas de seda hicieron eco a su movimiento. Charlie oyó el frufrú de la seda mientras ella subía la escalera, y aquel ruido, que siempre le había parecido tan femenino y atrayente, era ahora el murmullo de la maldad.

El tren de Danbury silbó al tomar la curva y Charlie sacó su reloj para comprobar la hora: sus costumbres no habían variado, a pesar de sus conmociones y tormentos morales. Él era, todavía, Charlie Horst, nacido y crecido en aquella bonita casa, buen arquitecto y estimable ciudadano. Su reloj marchaba siempre bien, sus zapatos brillaban, las facturas eran pagadas el primer día del mes. Miró a su alrededor: el agradable cuarto, las llamas crepitando en la chimenea, el sofá-confidente en el mirador.

—¡Querido! —llamó Bedelia.

—¿Dónde estás?

—En la cocina.

—Creí que estabas arriba.

—He bajado por la escalera de servicio.

Se había quitado el chal blanco y puesto un delantal sobre su bata verde. El delantal, de tela a cuadros rojos y blancos, y su actitud ante el fogón, con la cabeza inclinada sobre el perol y una cuchara grande en la mano, reconfortó a su marido.

Pero la ilusión de paz no perduró. Saltó un muelle, chirrió el metal y un ratón chilló dolorosamente. Bedelia se abrazó el cuello y miró a Charlie con ansiedad. Éste abrió el armario inferior de la despensa y sacó la trampa que se había colocado allí; Bedelia se volvió de espaldas.

—No te impresiones —dijo Charlie y, al dirigirse al cobertizo en el patio, pasó cerca de Bedelia con la trampa oculta tras de su cuerpo, para que ella no la viera. En el cobertizo terminó el asunto, utilizando un pequeño martillo con el que, de un golpe, mató al ratón.

Cuando regresó a la cocina, encontró a Bedelia encaramada en el taburete, con sus pies recogidos debajo de ella, y los brazos alrededor de su cuerpo.

—No tengas miedo. Ya está muerto.

—No me habría importado si hubiera muerto instantáneamente. Pero sufro cuando veo algo debatirse por su vida. Era una ratita preciosa.

—Tal vez fuera un macho.

—Todas las cosas indefensas me parecen femeninas a mí.

Volvió a su trabajo. Charlie se lavó las manos y se las secó en la toalla de la cocina. Estaba agitado: sus nervios saltaban, su cuerpo vibraba estremecido. Años y años había estado atrapando ratas y ratones en aquella casa; las tenía por una peste y nunca se había afectado por su muerte. Pero la angustia de Bedelia se le había contagiado.

La cocina estaba en silencio, excepto el ocasional ruido de los altos tacones de Bedelía sobre el linóleo. Charlie no pudo aguantar más el silencio y dijo:

—Mi madre era lo mismo. No podía soportar ver morir nada.

Bedelia volvióse del fogón para alcanzar algún condimento del armario de las especias. A Charlie le pareció su cara la de un sordomudo. Sus ojos se volvieron vidriosos y su boca era un nudo.

Comprendió entonces que aquel semidesmayo había sido intencionado y que era uno de los métodos de Bedelia para borrar las escenas desagradables, y se sintió exasperadamente enojado. Con la garganta oprimida y la voz áspera, dijo:

—No hay que hacer aspavientos por la muerte de un bicho. Un ratón parece una pequeña cosa indefensa, realmente atractiva: pero es destructora y peligrosa, una plaga. Tenemos que libramos de ellas por nuestra propia seguridad.

Bedelia llevó el mezclador de especias hasta el fogón y espolvoreó con él el perol.

—Apuesto a que no sabes qué tenemos para cenar.

Su voz era reposada y su cara parecía suave. Sonreía y los hoyuelos se hicieron más profundos al dar un hondo suspiro de satisfacción mientras removía la sopa en el perol. Parecía muy dulce y femenina, pequeña, deliciosamente absorta en su doméstica ocupación.

—Puede decirse que, aún no habiendo elementos en la despensa, me las he arreglado para preparar una sopa deliciosa. ¡No tienes idea de lo habilidosa que soy!

Vertió la sopa en dos tazones y los colocó en una bandeja que Charlie llevó al comedor, siguiéndole ella con otra bandeja en la que había un plato tapado con una tapadera.

—Adivina qué hay ahí —le ordenó, mientras lo ponía sobre la mesa.

—¿Qué?

—Es una sorpresa para ti, querido. Uno de tus platos favoritos —dijo Bedelia, levantando la cobertera.

La tostada a la francesa estaba cocinada a la perfección, mostrando la dorada superficie abundantemente espolvoreada con fina azúcar.

A la mañana siguiente, muy temprano, un auto, el primero en pasar después de la tormenta de nieve, rechinó en el camino. Un poco después Mary salvó el kilómetro y medio que la separaba del final de la carretera. Pasó entre los escombros que rodeaban la casa, entrando por la puerta de atrás, se quitó sus mitones y, con sus entumecidos y rígidos dedos, consiguió encender la cocina. Después de haberse calentado y poner sobre el fogón la cafetera, calculó hasta qué hora podrían dormir los Horst, pues tenía noticias que comunicar a Hannah; pero no podía usar el teléfono mientras los señores estuvieran aún durmiendo.

Subió a las ocho y media. Ordinariamente, a tal hora, el señor y la señora habían terminado su desayuno y Mary estaba a punto de concluir de fregar los platos. En la casa reinaba un silencio mortal. Mary golpeó tímidamente en la puerta del dormitorio.

—Adelante —dijo desde adentro la señora, que estaba de pie junto a la ventana, llevando puesta la bata azul con cintas color de rosa. El cabello pendía en trenzas sobre los hombros.

—He regresado —anunció la criada.

—Me alegro, Mary.

—Espero, que no estará usted enfadada conmigo, señora. Estuve bloqueada por la nieve.

—Nosotros también.

Mary miró a su alrededor. Notaba que algo faltaba, pero no sabía qué.

—Sin duda, habrán podido ustedes arreglarse bien sin mí.

—El pobre señor tuvo que hacer todo el trabajo, yo he estado en cama con un fuerte resfriado.

Los ojos de Mary se posaron sobre la cama. Sólo en un lado de ella se había dormido, y entonces comprendió qué era lo que faltaba.

—¿Dónde está el señor?

—Temimos que se le contagiara mi resfriado y se ha ido a dormir al otro cuarto.

—¿Quiere que lo despierte? Tengo ya hecho el café y el plato de avena cocida, así que ustedes podrían desayunar dentro de cinco minutos.

—No, déjalo dormir.

—¿No llegará tarde al trabajo?

—Tiene aún que limpiar el sendero. No puede sacar el auto hasta que lo haya dejado transitable.

—Podría ir andando hasta la carretera y tomar allí el autobús.

—No importa. No le despiertes.

—¿Quiere usted su desayuno ahora?

—No. Esperaré a que él se levante.

Mary se quedó plantada, frotándose los dedos de un pie contra el tobillo del otro. Tenía noticias propias. Con mal contenidas risitas explicó a Bedelia que se había comprometido con Hen Blackman.

Bedelia exteriorizó su aprobación.

—Tal vez la nevada ha sido una bendición disimulada, Mary. Le dije al señor el otro día que si eras nada más que la mitad de lista de lo que yo me figuraba, no dejarías escapar la ocasión.

Mary, halagada porque la señora había hablado de ella, difícilmente podía contener su contento. Y refirió, con todos los detalles, cómo se le había declarado Hen.

—Usted, señora, lo ha sabido antes que Hannah —dijo, confiriendo todo el honor de la primacía a su ama.

—Tan pronto se levante el señor y nos hayas servido el desayuno, se lo puedes telefonar.

Mary contenía aún sus risitas de contento cuando se dirigió a la cocina. Su risa cesó de repente y lanzó un grito: había visto en la escalera de servicio una informe cosa blanca flotante dirigiéndose hacia ella.

—¿Se ha asustado, Mary? Lo siento —y Charlie salió fuera de la oscuridad. Llevaba pantalón negro y camisa blanca.

—¡Creí que era usted un fantasma!

Con sus zapatillas de fieltro, se deslizaba sin ruido sobre el suelo. Bedelia no lo oyó entrar en el dormitorio y, al oír «Buenos días, querida», dio un salto.

—Parece que voy asustando a las señoras, esta mañana —dijo Charlie.

—Martín ha pasado ya con el carro de la cerveza —dijo ella.

—Sí: lo he oído. Pero tuve pereza de levantarme. No me he dormido hasta la madrugada.

Bedelia miró todo lo que había a su alrededor en la habitación, dejando posar su vista por un segundo en ésta o aquella pieza del mobiliario, examinando después la siguiente, hasta que las hubo estudiado cuidadosamente todas. ¿Es que pensaba en los otros cuartos que había dejado y, comparando éste con aquéllos, deseaba permanecer aquí entre las colgaduras hechas con su máquina de coser, los colores escogidos por ella y la cama en la que durmió con Charlie? ¿Había enterrado con los maridos las otras cosas que dejó atrás, las pieles y lujosos vestidos, los peroles de cobre, las cacerolas, las ingeniosas batidoras de huevo y los abrelatas?

Para ella la perla negra tenía más importancia que Jacobs. Quería tenerla para lucirla en el casino de Montecarlo. ¿Querría conservar también ahora el anillo de

granates que Charlie le había regalado para Navidad?

—¿Piensas todavía en Europa? —preguntó él.

Ella aparentó no haber oído. Charlie pensó si debería repetir la pregunta. No querría perder su sangre fría, pero no podía evitar resentirse por la indiferencia de Bedelia.

—No es esencial que sigas o no pensando en ello, porque no nos iremos. Vamos a permanecer aquí y nos defenderemos.

Bedelia le sonrió tímidamente.

—¡Qué bueno eres, Charlie querido! No creo que exista hombre tan bueno y tan amable como tú. —Y le mostró su más encantadora sonrisa.

—¿Pero has oído bien lo que he dicho, Bedelia? —Intentaba parecer firme y decidido, pero su voz era vacilante—. Vamos a permanecer aquí y lucharemos.

—Ya lo sabía.

—¿Cómo lo sabías?

—Lo dijiste anoche, y tú siempre mantienes lo que dices, ¿no es así? —Decía esto tranquilamente, sin resentimiento alguno—. No te preocupes, Charlie; haré todo lo que quieras. Te amo tanto que cualquier cosa que hagas me parece siempre bien.

Aquella serenidad lo dejaba perplejo. Ella podía perderlo todo: reputación, libertad y, posiblemente, la vida. La sencillez con que se confió a su protección le sonó a falsedad. Bedelia siguió sus tareas calmadamente; abrió cajones, eligió ropas interiores, examinó encajes y bordados.

—El asunto es grave... —empezó a decir Charlie.

Una tos de Bedelia lo interrumpió. Su cuerpo dio una sacudida y miró ansiosamente la cama, al tiempo que con ambas manos se tapaba la boca. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Dispénsame —dijo con voz apenas perceptible.

—Tú no estás todavía bien y no debía haber permitido ayer que te levantas. Será mejor que te acuestes.

Débil y agradecida por la solicitud de Charlie y dócil como una chiquilla, Bedelia se metió en la cama. El clima de humildad continuó, después, cuando Mary le sirvió el apetitoso desayuno, aunque dijo no sentir ganas, obedeció las indicaciones de Charlie, y lo tomó sin dejar nada.

—¿Vas a limpiar el sendero, ahora? —preguntó ella mientras observaba por encima de su taza de café cómo Charlie se ponía sus botas de caza.

—Sí, pero solamente para tenerlo libre; no porque nos vayamos.

—Me lo has dicho antes, querido.

—No quisiera parecerte arbitrario. Pero es preciso reconocer que es grave este asunto. Parece que no te das cuenta de la importancia de mi decisión, Bedelia; pero el porvenir depende...

—¿Por qué no me llamas ya nunca más Bidy?

La trivialidad de esta interrupción lo irritó, y le hizo dudar de si trataba de distraerlo del tema sobre el futuro. Pero una rápida mirada a ella lo ablandó en seguida: sentada, reclinando su cuerpo en los almohadones a su espalda en aquel grande y sólido lecho, Bedelia parecía excesivamente frágil, resignada y paciente para causarle la menor ansiedad. Él mismo hubiera deseado para sí poder dejar de lado los temores y concentrar su atención en las tostadas y en la compota de ciruela.

Bedelia extendía cuidadosamente la compota sobre la tostada para no mancharse los dedos. Charlie la miraba relamerse, poner crema en la avena cocida, medir el azúcar para su café, y le parecía tan inocente, tan suave y juiciosa que estaba a punto de no creer en nada de lo que Ben le había dicho y olvidarse de las curiosas contradicciones de su historia y de su comportamiento.

—No te preocupes de nada, Charlie. Déjalo todo por mi cuenta. Siempre hay un camino.

La mano de Charlie se detuvo al irse a atar las cintas de sus zapatos.

Probablemente Anabela McKelvey había sido también tan dócil mientras planeaba servir pescado en la comida; Cloe había sonreído gentilmente a Jacobs cuando sintió que él se ponía en contra de ella; las suaves maneras de Maurine habían conducido a Will Barrett al embarcadero.

Charlie salió precipitadamente del cuarto, so pretexto de subir al desván por su gorra de piel de foca, que estaba guardada en un cajón de cedro entre dobladas mantas de viaje y los Jaegers y el boa de piel de visón gris que habían pertenecido a su madre. El olor de naftalina le recordó los tiempos pasados, y sosteniendo el boa en sus manos le pareció verlo en la forma que lo había llevado su madre, echado sobre sus menudos hombros, con su delgada cara asomando en medio de él y bajo su toca de terciopelo. «El deber, hábale dicho siempre su madre, el deber es lo primero, Charlie».

Al volver al dormitorio oyó risas en él. Mary había subido a recoger la bandeja del desayuno y estaba hablando de su noviazgo. Tuvo que repetirlo todo para que lo oyera Charlie.

—No es necesario que se preocupe usted por el trabajo de la casa —dijo Mary—, yo no me casaré hasta junio y, por lo tanto, no tiene que pensar en buscar muchacha todavía; además, mi hermana Sara querrá colocarse pronto.

—Antes de hacer otra cosa, Mary, telefonee a Montagnino. Hemos concluido todo. Tráigame papel y lápiz, por favor.

Charlie prolongaba su permanencia en el dormitorio, pues su espíritu se aquietaba por el timbre de voz de Bedelia al decir:

—Estaba pensando en cerdo asado, Mary. Al señor le gusta mucho y, después de los comistrajos que ha tomado en estos últimos días y las papillas que le dimos

mientras estuvo enfermo, tiene ahora derecho a algo bueno. Y no te olvides de traer manzanas...

—Tenemos muchas en la bodega.

—¿Cuántas veces he de decirte que yo no hago salsa de manzanas con *Macintoshes*? Pide verdosas.

—Sí, señora.

Charlie se quedó para oír cómo Bedelia y Mary, que no tenía prisa en irse, dialogaban con respecto a las provisiones. ¿Qué podría suceder en una casa donde tan apasionadamente se discutía sobre manzanas, y donde zanahorias, coles y colirrábanos eran tan cuidadosamente comparados? ¡Que viniera Barrett! ¿Qué mejor seguridad de la impotencia de aquel hombre había ante Charlie que la prodigalidad del pedido de provisiones que hacía Bedelía?

—Diez libras de azúcar, Mary, dos de mantequilla, seis latas de tomates, cinco de macarrones, de los estrechos, acuérdate, no de aquéllos tan anchos; cinco libras de queso sazonado para secar y rallar, una ristra de cebollas, dos docenas de huevos.

Una buena ama de casa no haría un pedido tan dispendioso, a menos que estuviera segura del día de pasado mañana.

La interrumpió, en medio de aquellas disposiciones, otro ataque de tos, y violentos temblores la sacudieron; quedó, recostada sobre las almohadas, completamente exhausta.

—No te levantarás hoy —dijo Charlie—. Prométeme que vas a cuidar ese resfriado.

—Sí, Charlie, desde luego. Haré todo cuanto tú me digas. Sonó el teléfono. Mary corrió a él. Charlie intentó no escuchar, pero no pudo evitar enterarse cómo comunicaba la noticia de su compromiso matrimonial.

—¡Qué feliz es! —exclamó Bedelia, sonriendo con la complacencia con que las mujeres hablan de casamiento o compromiso—. Tenemos que hacerle un buen regalo.

—Era Hannah —dijo Mary mientras entraba impetuosamente en el dormitorio—. Ya tiene conectado otra vez el teléfono. Dice que están casi sin comida y que habrían pasado hambre si los Keeley no les hubieran enviado pan, huevos y tocino. Su sendero está todavía bloqueado y no hay modo de recibir las provisiones: pero Hannah ha tenido la idea de pedirle a Montagnino que envíe su pedido, junto con el nuestro, y los muchachos de Keeley vendrán con su deslizador a buscarlo. Hannah quería saber si les importaría a usted recibir su pedido, y yo he dicho que... que estaba bien.

—Desde luego —dijo Bedelia.

—Montagnino enviará el carricoche en seguida; pues Hannah necesita las cosas para el almuerzo, y tiene compañía.

Bedelia tosió.

—Es el caballero que no vino la semana pasada. Llega hoy.

—No será posible, Mary. Su camino está bloqueado. Nadie puede llegar hasta allí —dijo Charlie.

—El señor Chaney va con sus esquíes a recibir al caballero a la estación de Wilton, y se lleva otro par para su amigo —aclaró Mary—. Todo lo han arreglado por teléfono. El caballero ha llamado al señor Chaney desde Nueva York, me lo ha dicho Hannah.

Charlie dejó caer las alas de su gorra de piel de foca y se las ató bajo la barba. Miraba a todas partes: el papel de las paredes, los muebles, el juego de plata del tocador de Bedelia; todo, excepto a su mujer.

Mary continuó con su charla, respirando precipitadamente en su excitación.

—Por esto Hannah está deseosa de tener las provisiones a tiempo. No es que tenga que hacer un almuerzo complicado; pero el señor Chaney dice que con los esquíes no tardarán más de un cuarto de hora desde la estación de Wilton, y quiere que la comida esté lista para cuando lleguen. Montagnino envía su pedido junto con el nuestro y los muchachos de Keeley ya vienen para acá...

Si tenía oportunidad, Mary repetía las cosas cinco o seis veces. Bedelia le cortó la retahíla, diciéndole:

—Es mejor que te des prisa y recojas nuestras provisiones

—Sí, señora.

Charlie se apresuró a salir del dormitorio. No quería quedarse solo con Bedelia y hablar del invitado de Ben Chaney. Descolgó la pala de su clavo en el cobertizo y salió a limpiar de nieve el sendero. El aire era como un tónico y se sintió como un prisionero debe sentirse después de años de celda. El cielo era un arco de azul cobalto, el sol calentaba y la nieve tenía una débil costra que se rompía a su paso.

No era tan tonto como para creer que sus dificultades habían desaparecido porque brillaba el sol; pero sintió nuevo vigor en su cuerpo, claridad en su mente y sus nervios se aquietaron.

Trató de considerar su problema objetivamente, como si en le hubiera dicho: «Escucha, Charlie: un amigo mío tiene un conflicto. Se casó recientemente y está loco por su mujer, y ahora no sabe qué tiene que hacer...».

—«¿Qué clase de conflicto es?».

—«Ha descubierto que su mujer es criminal».

La palabra no era aterradora. Criminal puede significar pequeños robos o que una mujer se ha convertido en un estorbo para sus vecinos.

—«¿Qué crimen ha cometido?»

—«Asesinato».

Asesinato. Esto daba un aspecto diferente al conflicto de su amigo. Pero hasta en el asesinato caben eximentes. La propia defensa, por ejemplo.

—«¿A quién mató?».

—«A su marido». —Pero no era ésta toda la verdad—. «Varios maridos, en realidad. Cuatro. Tal vez, cinco».

Objetivamente, era increíble que semejante cosa pudiera ocurrirle al amigo de un amigo de Charlie Horst. Tendría que preguntar por qué la mujer había asesinado a cuatro o cinco maridos.

—«Por dinero. Para cobrar su seguro de vida».

Ésa era toda la verdad, y tan malvada, que sólo cabía una única solución en el problema. Era inútil decir: «Pero mi amigo ama a su mujer, y ella lo ama a él. Ella no quiere que su marido muera, lo ama y en sus entrañas lleva un hijo de el...».

Tuvo que dejar de pensar y decidióse, como mejor solución, a emplear sus energías en el duro trabajo de palear nieve. Cada vez que levantaba la pala y enderezaba el cuerpo, miraba a su derredor y veía las blancas colinas, el negro color de carbón vegetal de los árboles y ramas que proyectaban su sombra violácea en la nieve, y su casa, tan sólida y bien proporcionada, tan americana en su estilo, y segura y armoniosa con sus llamadores de madera y sus persianas de limpio color verde.

A cada palada se sentía mejor y como rejuvenecido, como si con su pala estuviera echando a un lado, con la nieve, todos sus problemas. Los acontecimientos de días anteriores le parecían menos reales y su mujer tan buena y consciente como cualquiera de sus vecinos.

El carromato barnizado de negro de Montagnino, con ruedas pintadas de amarillo, se detuvo en la carretera. El mandadero saltó del coche, y de la parte trasera sacó tres grandes cestos y los llevó, uno tras otro, al cobertizo. Era un guapo muchacho italiano, cuyas mejillas color carmín se destacaban sobre el moreno claro de su piel. Aunque Mary era ahora la prometida de Hen Blackman, no tuvo reparo en entretenerse en charlar con el muchacho. Éste tenía mucho que contarle referente a los parroquianos que habían sido bloqueados por la nieve y no pudieron recibir sus provisiones; y de aquellos otros que todavía seguían aislados.

La nevada lo hacía muy importante; pues algunos de los vecinos más ricos habrían padecido hambre y hasta muerto de inanición si él no les hubiera llevado víveres esa mañana, con su coche de ruedas amarillas.

Charlie trabajó aún una hora más. El ejercicio lo reanimó y, bajo su gruesa chaqueta, sintió cómo sudaba su cuerpo. Cuando vio a Mary abrir una ventana del segundo piso, le ordenó cerrarla para que no entrara corriente de aire al dormitorio de su mujer.

Desde mucho tiempo atrás no había hecho tanto ejercicio físico y sus músculos estaban debilitados. De pronto se sintió cansado y quedóse de pie, como un obrero perezoso, apoyado en su pala y contemplando el paisaje. Su entusiasmo de trabajador desaparecía.

Pero, a semejanza de su madre, creyó que el deber suyo era continuar el trabajo y siguió otra vez a despecho de la fatiga, hasta que hubo despejado de nieve otros dos metros del sendero. Después, dejó la pala y decidió terminar la tarea luego de almorzar.

Tenía las botas llenas de nieve. Las suelas chorreaban. Charlie era demasiado cuidadoso para andar con aquel calzado mojado sobre sus buenas alfombras, y entró por la parte de atrás de la casa.

El cobertizo estaba a oscuras, pero no se molestó en dar la luz y, sentado en un taburete de tres patas, desatóse las botas. En un rincón, cerca de la puerta, vio los tres grandes cestos que el muchacho de Montagnino había llevado allí. Dos estaban vacíos y uno, lleno; éste debía contener el pedido de Ben Chaney.

Oyó una tos contenida y miró a través del cristal de la puerta a la cocina y vio a Bedelia, de pie al lado de la mesa, que apagaba su tos con la mano. Estaba inclinada sobre la mesa, haciendo algo de modo cauteloso y a escondidas. Abrió un paquete. Su cuerpo ocultaba la parte de la mesa sobre la que había colocado el contenido del paquete; pero Charlie pudo ver cómo dejaba cuidadosamente a un lado el papel que lo envolvía y la cuerda con que venía atado, y después hundía su mano en el escote de su bata.

Mary bajaba la escalera principal trasteando con el sacudidor de las alfombras. Bedelia se enderezó prestamente, y miró rápida y desconfiadamente en dirección a la puerta del comedor, que estaba cerrada; y sin perder momento escondió en el escote lo que había sacado antes de allí, y con paso indiferente se fue hacia la puerta del comedor. Abrióla y llamó a Mary, ordenándole que volviera en seguida arriba.

—Quiero que arregle mi cuarto mientras yo no estoy en él, Mary.

—¡Oh! No sabía que estaba usted ahí abajo, señora. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Vaya arriba y múdeme la cama en seguida.

Mary volvió a subir ruidosamente las escaleras.

Antes de que Bedelia retornara a la mesa de la cocina. Charlie pudo ver qué era lo que había sacado ella de la envoltura de papel: un triángulo de queso Gorgonzola, de corteza verde. Bedelia buscó de nuevo en su escote y Charlie vio que extraía una pequeña caja redonda. Era la caja de píldoras sin etiqueta que él había hallado entre los demás cachivaches la noche en que ella intentó fugarse, y que había creído eran polvos para pulir las uñas. Charlie quedó sin aliento, paralizado como en una verdadera pesadilla. No intentó hablar ni moverse, porque sabía que no tenía voz ni podía despegar los labios.

Bedelia había tapado otra vez la cajita y vuelto aguardarla en su pecho. Envolvió de nuevo el queso en el mismo papel y empezó a sujetarlo con el bramante. Pero el bramante tenía algún nudo y no alcanzaba, por lo que recurrió al ovillo que tenía en uno de los cajones de la alacena. No era tan grueso como el de Montagnino; y Charlie

comprendió que estaba cometiendo una falta, la trivial y estúpida equivocación que destruye la perfección del crimen.

Evidentemente no se dio cuenta de la diferencia, pues cortó un largo de bramante y ató con él el queso. Después, andando de puntillas llevó el viejo bramante con nudos al fogón, levantó una de las planchas de hierro y lo echó al fuego. Procedía, en sus preparativos de asesinato, sin atolondramiento ni prisa, y tan eficientemente como si estuviera haciendo la comida. Una mirada cuidadosa por toda la cocina la aseguró de que no quedaba rastro alguno de su trabajo y, con el paquete en la mano, se dirigió al cobertizo.

Charlie retrocedió hacia un ángulo.

Bedelia entró en el cobertizo, y parpadeó desorientada: estaba muy oscuro para sus ojos, acostumbrados al brillo de la luz eléctrica de la cocina. No tenía la menor idea de que Charlie estuviera allí y de que había pasado muy cerca de él. Inclinandose sobre el cesto, arregló de nuevo las cajas y paquetes y colocó el suyo debajo de un saquito de tela lleno de sal. Al levantarse, sopló las puntas de sus dedos, como diciendo:

¡Fuera, maldito olor de queso! ¡Fuera, maldita mancha de asesinato!

Charlie, estupefacto al principio, desvió la mirada, porque no quería que sus ojos presenciaran esta nueva maldad. Mientras Bedelia estuvo inclinada arreglando los paquetes de modo que el suyo no se destacara, reconoció que ya no le era posible cerrar los ojos, hacer sordos sus oídos, permanecer mudo, sin engañarse más con milagros. ¡En la misma cama en que había dormido su santa madre, Bedelia había planeado enteramente el asesinato de dos hombres! Comprendió, ahora, por qué había estado tan amable al aceptar su decisión de quedarse y defenderse. Había accedido a quedarse, pero resuelta a no afrontar la lucha por su defensa.

La casualidad había puesto en sus manos armas con que librarse de sus enemigos. La afición que Ben sentía por el queso iba a servirle como le sirvió la de Herman Bender por las setas, y la de McKelvey por el pescado. El sabor del Gorgonzola es tan fuerte... tan basto, que ni el más delicado paladar podría percibir el gusto del veneno; los enemigos de Bedelia no morirían en casa de ella después de haber comido en su mesa. No tendría nada que ver con su muerte y se enteraría de la tragedia por alguna noticia telefónica o por los periódicos, como los demás vecinos de la ciudad.

—¡Bedelia!

Bedelia se volvió por completo. Charlie salió de su rincón, y ella lo vio y se incorporó.

—¡Oh! No sabía que estabas ahí —dijo, enderezándose—. Me has asustado. — Pequeñas pausas, producidas por su agitada respiración, separaban sus palabras. Apresuradamente añadió—: El estúpido empleado de Montagnino cometió otra

equivocación, mezclando las provisiones de Ben con las nuestras. Menos mal que yo bajé para comprobar nuestro pedido, y me di cuenta.

La facilidad con que mentía Bedelia asqueó a Charlie. Había tragado muchas otras mentiras porque la amaba; pero ahora, que había visto sus crueles y deliberados preparativos para un nuevo crimen, aborreció hasta el recuerdo de aquel amor.

—Siento haber faltado a mi promesa, Charlie, pero no debes enfadarte. Mi tos ha mejorado tanto que me pareció una tontería permanecer en cama. —Ella cedía blandamente, con gentileza, encogiéndose ante la fortaleza masculina.

Los dedos de Charlie se clavaron en los hombros de Bedelia, y la zarandeó. El cuello de la bata estaba cortado en forma de V y más arriba su garganta parecía de porcelana. La mano de Charlie se enroscó a su alrededor.

—¡Charlie... querido!

Esto fue cuanto pudo decir. La mano de Charlie apretaba su garganta. Cuando vio ella que no quedaba posibilidad de contener su ira, endureció y ensombreció sus ojos, y resistió, luchando desesperadamente, retorciéndose en sus brazos y dándole puntapiés en sus piernas. Una especie de éxtasis se apoderó de Charlie. Sus articulaciones se combaron; aparecieron nudos en sus manos al sentir el cálido latido de la garganta de Bedelia. Sus agitados ojos de azabache recordaron a Charlie los de la ratita que había caído en la trampa y pensó con regocijo en el martillazo con que le había dado muerte.

Bedelia cedió primero, desplomándose tan de pronto que cayó en los brazos de Charlie. Su cara mostraba de nuevo su atractivo aspecto y la astucia habíase borrado de su expresión. Fuera para la muerte o para el amor, se había rendido.

Una húmeda nube cubrió la vista y oscureció la mente de Charlie. Aflojéronse las manos y las dejó caer. Pasó el éxtasis y se sintió deshecho. Los dos estaban exhaustos. Los ojos de Bedelia buscaron los de Charlie. Intentaba ella encontrar y sostener su mirada. A tientas, alargó la mano hacia él y, cogiendo su brazo, lo apretó con fuerza.

—¡Charlie, Charlie, querido!...

Él evitó su mirada.

—Tú no comprendes —murmuró ella.

—Me temo que sí —contestó Charlie, fríamente.

La atrajo hacia él como si fuera a besarla; pero, en vez de ello, metió la mano en su escote, sacó la cajita de píldoras y se la guardó en el bolsillo. Después se acercó al cesto y revolvió los paquetes hasta que encontró el que ella había escondido debajo del saquito de sal, y también se lo guardó en el bolsillo de su chaqueta de caza.

Bedelia, apoyada en el taburete, lo miraba a través de sus largas pestañas.

—Tú no querrás hacerme daño, Charlie. Sé que no querrás. Yo no querría causarte tampoco a ti. —Se había plantado delante de él, obstruyendo el camino hacia

la puerta—. Te amo, y preferiría morirme a ver que te sucediera algo...

La empujó a un lado y salió del cobertizo. Al cruzar la cocina alcanzó el cordón de la luz y la apagó.

Ya en el vestíbulo, sintió que Bedelia estaba detrás de él, pero no se volvió. Ella lo cogió del brazo.

—No tenemos demasiado tiempo —le previno.

Charlie se desprendió de un tirón. La advertencia le convertía en cómplice del crimen.

—Vete arriba —ordenó.

Inclinada en actitud suplicante, imploraba perdón, sin atreverse a mirar a Charlie, cuyo rostro parecía de metal y sin más vida que el de su antepasado, el coronel Nathaniel Philbrick, caballero de bronce sobre un caballo, también de bronce, en la plaza de la ciudad. Bedelia hablaba rápidamente, como si en el poco tiempo de que disponía tuviera mucho que decir.

—Podemos marcharnos si nos damos prisa.

—¡Sh, sh!

—No es necesario que llevemos nada. Podemos comprar lo que precisamos. Yo tengo dinero, mucho dinero, más del que tú sabes; está en Nueva York y puedo retirarlo sin que nadie se entere, Ni tú mismo sabes el nombre —su voz se elevó muy aguda y se cortó—. Te lo daré todo a ti, hasta el último centavo,

—¡Sh, sh! —dijo él otra vez. Mary descendía la escalera, agachándose en cada escalón mientras limpiaba el guardapolvo.

—Tú eres cuanto yo tengo —suspiró Bedelia—. Nadie más me queda en el mundo. ¿Quién se haría cargo de mí? ¿Es que no me quieres, Charlie?

Sonó el timbre del teléfono. Charlie la levantó en vilo y la subió al piso.

Mary los vio pasar y se quedó con la boca abierta. El teléfono continuaba repiqueteando.

—Conteste, Mary; tome el recado. Diga que ahora no puedo ponerme —vociferó Charlie a la asombrada muchacha.

La llevó al dormitorio, y la dejó en la cama; pero ella no quería dejarlo ir y se agarró a él con sus temblorosas manos tensas. Mientras Charlie se debatía para librarse, se dio cuenta de que en el dedo anular llevaba su mujer el anillo de granates, y recordó, con pena, la alegría con que él lo había descubierto en la tienda de antigüedades.

—¡Suéltame!

—No seas tan áspero, por favor, Charlie. ¿Por qué no me llamas ya nunca Biddy? Hace mucho tiempo que no me lo dices. ¿Es que ya no me quieres?

Semejante desfachatez le desconcertó. Abandonó sus esfuerzos y permitió que lo tuviera sujeto; y, en tanto, se sentó al borde de la cama. Las manos de Bedelia,

crispadas en sus solapas, ya no eran regordetas y seductoras. Habían desaparecido los hoyuelos y se descubrían ahora venas azules desde las muñecas hasta la raíz de los dedos.

Intentó, valerosamente, sonreír a Charlie.

—Tú no dejarás que me lleven, ¿verdad? Soy tu mujer, ¿sabes?, y estoy enferma, muy enferma. Nunca te he dicho lo mal que me siento. Es del corazón, y puedo morirme en cualquier momento. —Sus manos apretaban la gruesa lana de la chaqueta de Charlie—. No debo disgustarme por nada. Nunca te lo había dicho, por no causarte preocupaciones.

Dijo todo eso con valerosa decisión, a la vez amable y amarga.

Charlie la apartó las manos con suavidad y Bedelia le dejó hacer, humildemente, sometida, reconociéndolo como su superior, su señor y su dueño. Él era hombre y fuerte; ella, mujer y frágil. La fuerza de Charlie le hacía responsable de ella; su vida estaba en sus manos.

Charlie se levantó.

—¿Dónde vas? —preguntó Bedelia.

Charlie no respondió hasta que alcanzó la puerta. Con su mano puesta en el picaporte, se volvió y dijo:

—Quiero que te estés ahí. Es mejor que te acuestes y descanses.

—Me suicidaré si dejas que me lleven. —Esperó el efecto de sus palabras. Repitió—: Me suicidaré, y tú tendrás la culpa —y se rió nerviosamente, porque vio su intento frustrado. Charlie no se había conmovido en lo más mínimo.

Cerró la puerta, echó la llave, y se la guardó en el bolsillo. No le había impresionado más su amenaza de suicidio que sus ruegos y astucias. Apartándose de Bedelia, creyó que encontraría un poco de claridad y podría pensar desapasionadamente. Pero su mente era toda perplejidad, y sintió cómo si su cabeza estuviera llena de espesas nubes grises.

Mary salió de la sala de estar con el estropajo en una mano y el sacudidor de alfombras en la otra.

—Era la señorita Ellen Walker. Dice que tiene que hablar hoy con un señor, en Wilton, y que la señora de Horst la había invitado a almorzar. Que vendrá.

Dejando el estropajo y el sacudidor apoyados contra la pared, empezó a subir las escaleras.

—¿Dónde va, Mary?

—Voy a pedirle a la señora instrucciones para el almuerzo.

—La señora tiene jaqueca. No se la debe importunar.

—¿Qué haremos para el almuerzo?

—Eso me importa muy poco —contestó, malhumorado.

Mary torció el gesto. El señor Horst no era rudo, generalmente. Mary percibió

algo extraño en él y en la atmósfera de la casa.

—¿Está la señora muy enferma? ¿Puedo yo hacer algo?

Charlie no contestó. Mary deslizó su mano a lo largo del sacudidor, lo que produjo un temblor en el espinazo de Charlie y le hizo pensar si Mary tenía derecho a irritarlo en aquel trágico e incierto momento de su vida. Mas un instante después, recobrando su serenidad, se reconvino por haber hecho recaer su disgusto en una muchacha inocente; que, además, era su criada, estaba en inferior posición y no podía defenderse.

—Lo siento —murmuró—. Estaba pensando en algo muy diferente, Mary. Haga lo que quiera para almorzar. No creo que ninguno de nosotros tenga mucho apetito.

—Pero vendrá la señorita Walker.

—Claro que sí —contestó, al mismo tiempo que asentía con un movimiento de cabeza—. Lo que haga, Mary, me parecerá bien.

Pasó a la sala de estar. Con su chaquetón puesto e inclinada hacia atrás la gorra de piel de foca. Se sentó; permaneció largo tiempo inmóvil, reposando en el borde de la silla, separadas las piernas, con las manos colgando entre ellas. El reloj del vestíbulo marcaba su tic-tac; Mary cantaba, trabajando, y los carruajes traqueteaban en la carretera.

Charlie pensaba en su mujer y en su matrimonio y en la vida que podrían llevar si escapaban de Barrett. No le importaban ahora ni el pasado ni los preceptos morales ni su destrozado orgullo: no hacía aún media hora que sorprendiera a su mujer preparando un nuevo crimen. Para salvarse ella, había intentado asesinar a dos hombres; su mente era la de un niño y sus propias necesidades y deseos limitaban su perspectiva. Si un peligro la amenazara otra vez, probablemente querría evitarlo con igual crueldad.

Frotóse las ateridas manos. Bajo la franela de la camisa y el chaquetón, su cuerpo estaba frío.

Había entrevisto el futuro y lo que vislumbró le hizo sentirse enfermo. Se oyeron gritos afuera y eso atrajo su atención hacia el mundo exterior.

Los muchachos de Keeley llegaban arrastrando el trineo colina abajo, y avanzaban ruidosamente hacia la puerta trasera de la casa de los Horst. Charlaron con Mary mientras se calentaban en la cocina; y, cuando partieron, iban comiendo manzanas. Habían amarrado el cesto con las provisiones en el trineo; pero, como no estaba muy seguro, lo sujetaba uno de los muchachos mientras tiraba de aquél el otro. A medio camino de la subida a la colina, los muchachos cambiaron sus puestos.

Charlie los observó hasta que se perdieron de vista. Cuando esta distracción se acabó, se vio obligado a reconcentrarse en sí mismo otra vez y se sintió culpable. Aún cuando no tenía él la culpa de su presente crisis, no le era posible desentenderse de la responsabilidad.

Había sido débil con Bedelia. Desde el principio se había negado a ver sus faltas y fue tolerando todos sus caprichos. Claro que entonces no podía saber que la viudita de Nueva Orleans era una asesina; pero comprendió que le decía mentiras, recurría a engaños y se valía del sexo indebidamente. Ello había celebrado y hasta disfrutó con esas pequeñas faltas femeninas, porque le halagaban e hinchaban su orgullo masculino.

Se puso furioso; más furioso todavía que cuando descubrió a su mujer en la mesa de la cocina con un triángulo de queso en una mano y el veneno en la otra. Esta furia era más potente, porque era interior y recaía sobre él mismo. En el cobertizo, cuando sus dedos apretaban la garganta de Bedelia, su furia procedía de la culpa ajena. Pero ahora se odiaba a sí mismo. Sabía que, si continuaba viviendo con Bedelia, seguiría perdonándola, cediendo y calmándose con el pensamiento de que ella no cometería más asesinatos.

Se levantó y enderezando los hombros, subió rápida y ágilmente las escaleras. Bedelia no le oyó ni al abrir la cerradura de la puerta ni al entrar en el dormitorio. Estaba echada a lo ancho de la cama, sin cuidarse del travesero ni del edredón. Sus horquillas estaban amontonadas sobre la seda color de rosa y tenía completamente revuelto el negro cabello.

Charlie permaneció de pie al lado de la cama y la contempló. Bedelia lloraba. Generalmente sus lágrimas le impresionaban: no estaba hecho a ver mujeres que implorasen piedad. Su poder para consolarla y secar sus lágrimas lo había enorgullecido antes. Ahora, mientras contemplaba su angustiado semblante bañado en lágrimas, la compadeció, pero de diferente modo; es decir, sin la propia estimación de antes. Sin pronunciar palabra, le volvió la espalda y, después de haberse puesto sus zapatillas de noche, salió de la habitación.

Esta vez no cerró la puerta. Bedelia levantó la cabeza y lo miró salir. Sin embargo, cuando volvió a entrar, estaba ella en la misma posición de antes, con los ojos cerrados y sus manos abiertas sobre el edredón.

—Bebe esto —dijo Charlie, ofreciéndole un vaso de agua. Bedelia no se movió.

Él llevó el vaso al lado de la cama.

—Bebe esto, Bedelia.

Abrió ella los ojos y trató, débilmente, de levantar la cabeza.

—Espera. Voy a ponerte más cómoda.

Puso el vaso en la mesa de noche, levantó la cabeza de su mujer del incómodo travesero, sacó las almohadas, las arregló, y le aupó el cuerpo hasta que la dejó en buena posición. Después le ofreció de nuevo el vaso.

—¿Qué es esto?

—Haz el favor de bebértelo.

—¿Un bromuro? No tengo dolor de cabeza.

—Yo quiero que te lo tomes —le dijo con firmeza.

Bedelia miró la cara de Charlie y después el vaso. El agua era clara y burbujeaba ligeramente, como si acabara de brotar de un pozo artesiano. Charlie no había sabido cuánto polvo debía echar en el agua, pero estimó que una pequeña cantidad surtiría el mismo efecto que poner demasiado.

Tomó el vaso, sosteniéndolo graciosamente con ambas manos, como una chiquilla. Como por milagro, sus mejillas se habían reanimado, el color reaparecido, y sus dulces miradas y los hoyuelos eran casi como los había visto Charlie en la terraza de las Fuentes del Colorado.

Bedelia lo miró interrogativamente, cual si fuera a proponerle algún trivial asunto o unas vacaciones.

—Vamos a beberlo juntos —se ofreció dulcemente. Charlie sintió un vahído y se apoyó en una de las columnas de la cama. Su corazón latía débilmente y su cara se volvió color púrpura.

Bedelia lo observaba, manteniendo inclinada a un lado la cabeza y sonriendo con gentileza.

—Bebe tú primero, querido; luego, beberé yo. —Y con la misma blanda voz con que le hablaba cuando le daba los polvos digestivos, añadió—: Bébetelo de prisa y no sentirás el gusto.

Bajo su mano sintió la impresión de la superficie del ananá tallado en la madera. Esto, al menos, era algo real y familiar.

Bedelia palpó la colcha para hacer ver lo muelle que estaba la cama; después volvió su mano para hacerle un pequeño gesto de invitación.

—Ven y échate a mi lado, Charlie, y estaremos juntos.

Maurine había rogado tan gentilmente a Will Barrett que éste no pudo negarse a un paseo marítimo nocturno. Cloe preparó amorosamente el baño para Jacobs; Anabela McKelvey, cuando colocó el plato de pescado ante su marido, se mostró candorosamente complacida por haberle podido servir su plato favorito.

Los felices maridos habían caminado hacia la trampa sin darse la menor cuenta de ello. Pero Charlie estaba ahora en el secreto.

Soltó el ananá de madera y acercóse a la cabecera de la cama. Su irritación se había convertido en terrible frialdad. Cuando alargó la mano para tomar el vaso, su pulso era firme. Bedelia se inclinó hacia adelante y alzó su mirada a él. Su cara demostraba excitación y anhelo; la punta de su lengua lamía sus labios como si se sintiera impaciente por paladear un manjar del que hiciera mucho tiempo que no había disfrutado.

Con el vaso en la mano, se sentó Charlie a su lado, en la cama.

—Bebe —le dijo, colocando el vaso junto a su boca—. No queda mucho tiempo.

Su cara parecía de piedra. Bedelia comprendió que estaba vencida: contrajo su

cuerpo arqueando su espalda, y se endureció su mirada de azabache. Los abultados tendones de su cuello parecían dos columnas, y sobre ellas temblaba su cabeza.

—Creí que tú eras diferente, Charlie. Nunca pensé que fueras como los otros —dijo, suspirando y compadeciéndose de sí misma como una pobre mujer atormentada por un hombre cruel.

En sus ojos se veía el reproche, y la mueca de su boca expresaba mudamente que Charlie tenía la culpa de cuanto estaba ocurriendo. Se había casado con él llevando la mayor fe y esperanza; y ahora se sentía traicionada. Para ella ya había dejado de ser Charlie, convirtiéndose en otro de los hombres que había conocido: *perversos, crueles, bestias*.

—Nunca pensé que tú también pudieras volverte contra mí; tú menos que nadie, Charlie.

Charlie no dulcificó ni apartó de ella la dura y amarga mirada.

Bedelia aguardaba con su cabeza temblorosa, su boca herméticamente cerrada y sus ojos vidriosos. No había ya anhelante coquetería en ella: la derrota dispersó y desvaneció sus encantos, dejando en su lugar una mera caricatura de lo que fue la hermosa mujer de Charlie Horst.

—Está bien —gritó al fin, como si ya no pudiera resistir más la ansiosa espera—. Está bien. ¡Pero tuya será la culpa, Charlie Horst, y te acusarán y serás ahorcado!

La muralla de piedra que Charlie había erigido a su alrededor se vino abajo de golpe. Se sintió enfermo, avergonzado y culpable como si hubiera estado planeando un crimen por su propia cuenta y beneficio, y lo hubiera cometido. Contempló a su mujer recostada sobre las almohadas, pálida y desvalida, sintiéndose inocente e injustamente tratada. Ella preparó un asesinato aquella misma mañana; pero ya no se acordaba de ello, pues su recuerdo había volado como voló el de sus otros crímenes. El opio de su propia compasión disipaba la sensación de su culpabilidad. *Ellos* eran los culpables, no ella; *ellos*, los hombres perversos, las mujeres celosas. Esta mentalidad morbosa le había permitido cometer los crímenes más crueles y olvidarlos para vivir con casi perfecta normalidad, e incluso para sentirse enamorada y creerse merecedora de un buen marido, un hogar y un hijo.

Repentinamente, como si en realidad hubiera sido y fuera ella una buena esposa y no pudiera contener el afecto por su marido, alcanzó la mano de Charlie, la atrajo hacia sí y descansó en ella su mejilla.

Charlie, de un brusco tirón, retiró su mano. La lástima que ella demostraba sentir por sí misma, despertando en él cierta compasión, era el hechizo que con sus encantos y locuras había tejido para envolverlo en él. Había caído una vez en la red, pero estaba decidido a que no sucediera otra.

—¡Bebe!

—¡Será culpa tuya! ¡Te acusarán y serás ahorcado! —repitió Bedelia.

Y tomando el vaso, se lo bebió de un solo y largo trago. Charlie cogió el vaso vacío y lo dejó otra vez sobre la mesa de noche. Después salió de la habitación bajando lentamente las escaleras. El tren de las doce y diez silbó al tiempo que tomaba la curva. Charlie sacó el reloj para comprobarlo y calculó los minutos que el tren tardaría en llegar a la estación de Wilton, y Barrett en estrechar la mano a Ben Chaney.

Mary estaba telefoneando.

—¡Ese Montagnino! —exclamó, colgando con brusquedad el receptor—. ¡Siempre se olvida de algo! Hannah quería saber si pusieron queso junto con las demás provisiones.

Cuando Mary se hubo marchado a la cocina, Charlie cerró la puerta que separaba la parte posterior de la casa del vestíbulo y la escalera, subió hasta el descanso del primer tramo, escuchó un momento, volvió abajo y sacó sus chanclos del lavabo del vestíbulo.

La gran roca de la margen del río, redondeada por el agua y por los agentes atmosféricos, proyectaba una gran sombra; acogido a ella, Charlie hurgaba en su bolsillo para extraer el paquete que contenía el Gorgonzola. Lo abrió, lo desmenuzó sobre el agua de la suave corriente y, doblando el papel, se lo metió de nuevo en el bolsillo. No quería dejar rastro del crimen planeado hacía tan poco por Bedelia. Ya existía bastante contra ella, no hacía ninguna falta añadir un crimen más.

Volvieron a la casa, se quitó los chanclos y colgó su gorra y su chaquetón. Encendió el fuego de la chimenea del cuarto de estar y cuando lo encontró bien avivado entregó a las altas llamas el papel que había envuelto el queso y el pedazo del cordel. En el lavabo del dormitorio del primer piso se lavó cuidadosamente las manos.

Mary ponía la mesa para el almuerzo. Charlie no quería estar solo y entró en el comedor para tener la compañía de la muchacha, haciendo como que buscaba su pipa de espuma.

Mary había puesto mantelitos individuales de encaje y ensayado varios centros de mesa, sin que ninguno acabara de gustarle. Entonces se acordó de los narcisos blancos que Bedelia había plantado en el tiesto de mayólica azul. Mientras estudiaba el efecto de los adornos de la mesa, cerraba los párpados e inclinaba la cabeza en exacta imitación de Bedelia.

Charlie estaba en la ventana cuando Ellen entró por la verja, y corrió a abrirla la puerta de la casa antes de que ella hubiera llegado al porche. El frío había coloreado sus mejillas y sus ojos brillaban. Charlie la ayudó a quitarse el hombruno abrigo. Levantó ella sus brazos para sacarse las agujas del sombrero y este gesto tan peculiarmente de mujer anuló todos sus esfuerzos para negar su femineidad. Las

atenciones de Charlie la complacieron. Ellen había empleado más tiempo del habitual en su peinado, que llevaba a la moda: partido en el centro y echado para atrás, formando la figura de un ocho en la parte baja de su cuello.

—¿Cómo estás, Charlie? ¿Te sientes mejor? ¿Por qué no te has reincorporado al trabajo?

Charlie miró por la escalera arriba. Nada podía verse, excepto tres fotografías colgadas de la pared, en el rellano. Eran de las montañas Rocosas, y Charlie las había tomado antes de perder su Kodak.

—Sí, mucho mejor —contestó, sin volver la cabeza.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Ellen.

—Nada. —Comprendió que había estado poco atento y apresuróse a preguntarle acerca de su salud, sus padres y su trabajo.

Al entrar ambos en la sala de estar, se dio cuenta del cesto de bordar de Bedelia, que estaba sobre la mesita, al lado del canapé. Y vieron también sus ojos la vitrina con los adornos tales y como Bedelia los había arreglado. Allí, sobre la madera de ébano, estaban los tres monos que ni veían ni oían ni hablaban el mal.

—¿Cómo está Bedelia? ¿Va mejor su resfriado? ¿Cuántas enfermedades habéis tenido en esta casa este invierno!

—Tiene jaqueca. Me temo que no bajará para el almuerzo.

—¡Qué lástima! Las jaquecas son una contrariedad.

—¿Tienes frío, Nellie? ¿Qué te parece un vasito de jerez para entrar en calor?

—¿A esta hora?

—Yo estaba a punto de tomarme un trago de coñac. ¿Quieres acompañarme?

—¡Charlie Hort! ¿Qué te pasa?

—Me he helado esta mañana paleando nieve.

—Bueno, ¡si tú tomas! —dijo Ellen.

Era la primera vez, desde que él se había casado con Bedelia, que Ellen estaba a solas con él. Cada minuto era para ella precioso. Mientras Charlie salió para buscar las bebidas, ella vagó por la sala, sintiéndose vivamente inquieta e impaciente como si algo tremendo estuviera a punto de suceder. Cuando estaba con Charlie en presencia de otros, tenía que mirar por su dignidad y resultaba de ello una cierta brusquedad en sus maneras, que no le prestaba ningún atractivo. Pero ahora no era así, y se mostraba afectuosa, infantil y hasta coqueteaba un poco. Cuando Charlie le pasó el vaso de jerez, sus dedos rozaron los suyos, y ella le dirigió una mirada extraordinariamente intensa: levantó el vaso y sonrió.

Sin embargo, no pronunciaron ni una sola palabra. Charlie miraba, como si lo tuviera hipnotizado cualquier cachivache de la vitrina, aquellos tres monos que se encontraban en todas las vitrinas de curiosidades. Ellen desistió de interesarle y se dedicó a cubrir mentalmente los muebles con sus fundas contra el polvo, enrolló las

alfombras y colgó muselinas sobre los cuadros que pendían de las paredes de la sala, tal y como ella la había visto la última vez que estuvo allí sola con Charlie, exactamente dos horas antes de que él tomara el tren para Nueva York y Colorado.

Era en los días de los funerales de su madre y Ellen creyó que por esto él no le había dicho nada decisivo, aunque tenía la certeza de que todas las cosas más o menos significativas que él había deslizado en el pasado daban a entender que estaba resuelto a proponerle el matrimonio. La sala en aquel entonces era más sombría; sus paredes estaban tapizadas con batista de cantón y adornadas con estampas japonesas; en el rincón donde Charlie y Bedelia pusieron su vitrina, había una colección de curiosas incrustaciones. Ellen recordó que en aquella ocasión Charlie le explicó sus planes para cambiar el decorado de la casa; y, en prueba de que estaba decidido a hacerlo, había desgarrado un trozo de la tela que tapizaba la sala.

Aquel lejano día había sido muy caluroso; las ventanas estaban abiertas y Ellen llevaba una falda blanca de hilo y corpiño con encaje inglés.

Ahora lo veía todo como en aquella mañana; pero los desnudos árboles estaban entonces cubiertos de hojas, y había una alfombra de hierba en vez de nieve.

Mary anunció el almuerzo. Esto sacó a Charlie de su ensueño y miró a Ellen como sorprendido de verla en el sillón. Ella continuó en su empeño de revivir el pasado, y cuando ambos se sentaron uno frente al otro en la mesa del comedor, su corazón latía tan agitadamente que le fue necesario apretárselo con ambas manos para guardar el secreto.

—¡Vean lo que hay para comer! —dijo Mary, vanidosamente.

Ellen miró la media toronja adornada con cerezas.

—¡Qué apetitosa! —dijo.

Mary había esperado mayor elogio, pues pensaba que toronja para almuerzo —¡y en enero!— era el colmo del lujo.

—La señora de Horst dice que esto es bueno para el señor y que debería tomarlo todos los días.

Charlie recordó lo que Ben dijera referente a los maridos dichosos. Bedelia representaba muy bien su papel de esposa; conocía todos los recursos para hacer un hogar feliz y contentar al marido. A cada nuevo matrimonio aportaba la experiencia obtenida en el precedente. Ser esposa era el oficio de su vida y tenía mucho más éxito en ello que tantas otras mujeres buenas que, por haber conseguido un marido, se creen ya en seguridad y que pueden tratarlos como esclavos o como animalitos domésticos. Para Bedelia cada casamiento era un viaje de placer, y ella, una amable pasajera, siempre divertida y divertidora, siempre pronta a participar en las distracciones sin ningún miedo a que sus relaciones se hicieran demasiado importantes, pues sabía que el viaje pronto tendría fin, que se cortaría toda relación y que quedaba en libertad para embarcarse en un nuevo viaje.

—Tú no escuchas —dijo Ellen, que había empezado a contarle su misión en Winton, donde debía entrevistarse con un señor que celebraba el nonagésimo noveno aniversario de su nacimiento—. Imagínate, Charlie, vivir hasta ser así de viejo, viendo cómo mueren tus con temporáneos y los familiares y tus amigos, e incluso la gente que te es antipática; y después la generación siguiente y la otra, y los niños que habías visto bautizar, crecer, llegar a viejos y morir.

Charlie seguía sin prestarle atención y Ellen se sintió sofocada, pues admitía mejor que él hubiera cesado de amarla que su evidente descortesía. La única excusa que podía encontrar por su falta de atención era que no se encontraba bien. Su color no era bueno y sus ojos parecían apagados. Tal vez el ataque de la pasada semana había sido más grave de lo que él había manifestado.

—¡Charlie!

Hizo este llamamiento con nerviosa voz, y consiguió su atención.

—¿Qué pasa, Nellie?

—¿Qué te pasa a ti, Charlie? ¿Estás enfermo?

—Me siento muy bien, espléndidamente. ¿Qué es lo que te figuras?

—Nunca me has dicho con exactitud qué es lo que tuviste la semana pasada.

—Una indigestión. Y como perdí el conocimiento todo el mundo cree que fue cosa grave.

—¿Estás seguro de que te encuentras del todo bien?

—¿Te preocupa eso; Nellie? —preguntó, amablemente.

—Estoy contenta de que estés bien del todo —dijo ella, mirando su plato, para que él no notara cómo el color sonrosaba sus mejillas.

Mary vino con salchichas y tortas, sirviéndolas con extraordinario ritual, doblándose sobre la mesa y aguardando alguna frase de elogio. Al fin se volvió a la cocina, diciendo antes:

—Toquen el timbre si necesitan algo; yo vendré en seguida —como si ellos no supieran arreglárselas sin la presencia de la señora de Horst.

No hablaron mucho. Pero su amistad era antigua y el silencio no se hacía pesado. Ellen sacó su paquete de cigarrillos y tuvo que pedirle un fósforo a Charlie, que no había advertido que ella iba a fumar.

Ellen tuvo que romper el silencio, refiriéndose a los cigarrillos baratos, como si ello fuera una compensación.

—¿No te causa sorpresa?

Charlie se rió.

—¿Qué hay de malo en ello, si a ti te gusta fumar?

Ellen también se rió.

—Escribiré a Abbie para decirle que, después de todo, no eres muy gruñón.

Dos hombres descendían de la colina, con esquíes. Charlie estaba de espaldas a la

ventana.

—Si crees que fumar te hace parecer menos femenina, estás equivocada. Tu tratas siempre de hacer gestos, Nellie, y no hay motivo para ello. Eres una mujer independiente, porque te ganas la vida trabajando fuera de tu casa, sin pretender por ello que llevas una cruz.

—No tengo motivo de queja, y me agrada el trabajo —dijo, mirando cómo la nube de humo ascendía hacia el techo—. Pero a los hombres no les gusta que una muchacha sea demasiado independiente, ¿verdad? Creen que no es realmente mujer la que no necesita un hombre para protegerla y cuidarla: Abbie y yo, cuando ella estuvo aquí, hablamos mucho sobre eso. El secreto del encanto de Bedelia dice Abbie que es...

Sonó el timbre de la puerta, Charlie no esperó a oír la opinión de Abbie sobre Bedelia y se apresuró a abrir antes de que Mary saliera de la cocina.

—Algo les pasa hoy.

También a ella dijo Mary a Ellen.

Charlie, al abrir la puerta, encontró a Ben Chaney y a un hombre corpulento.

—El señor Barrett. El señor Horst —presentó Chaney. Charlie hizo una brusca inclinación de cabeza. Celebro conocerlo— murmuró Barrett.

Sus colgantes mejillas parecían globos desinflados, y su boca era la que Bedelia había imitado y definido como un libro de notas de bolsillo con hermético cierre. Los ojos de Barrett hicieron un rápido inventario de cuanto había en la casa, como si calculara los ingresos de su dueño.

Charlie dijo que estaba almorzando y les preguntó si querían acompañarlo.

—Gracias. Nosotros ya hemos almorzado.

Siguieron a Charlie por el vestíbulo y él notó que Ben dirigía una fugaz mirada al comedor y veía los narcisos de Bedelia sobre la mesa, y a Ellen sentada en el sitio de su mujer.

—Tal vez quieren ustedes una taza de café. Deben estar helados después de la caminata.

—Yo no —dijo Barrett—. El lugar de donde vengo es mucho más frío que aquí, y la verdad es que el ejercicio me ha hecho entrar en calor.

Ante el espejo del vestíbulo, Ben se arreglaba la corbata y se alisaba el cabello.

—Barrett no va a estar mucho. Tiene que partir otra vez esta tarde, pero como es un antiguo amigo de la señora de Horst, ha pensado, con placer, en saludarla.

—Mi mujer tiene jaqueca. Está acostada.

En aquel punto, Ellen creyó que debía saludar a Ben y, acordándose de las noticias de Abbie, lo miró fijamente, intentando penetrar en su disfraz y encontrar algo detectivesco en él.

—¿No quiere subir y averiguar si su mujer podría bajar? El señor Barrett tiene

mucho interés en verla de nuevo.

—¿Qué hay de tu entrevista? —preguntó Charlie a Ellen—. ¿No temes que se te haga tarde?

Ella miró su gran reloj redondo de pulsera, suspiró, y concluyó de tomarse el café.

—Tal vez ella prefiera que Barrett suba —sugirió Ben, mirando de soslayo a Ellen.

—Voy a ver —dijo Charlie—. Adiós, Nellie. No me esperes.

Subió ligeramente las escaleras, con el pecho hacia adelante y alta la cabeza.

—Así es Charlie —dijo Ellen, saliendo del comedor—. Se preocupa por mí, de mi compromiso. Nunca en su vida ha perdido un tren, ni siquiera un autobús. Con su permiso.

Estaba contrariada porque Ben había interrumpido la conversación que tenían ella y Charlie, y defraudada porque Charlie la había despedido con tan poca ceremonia. Subió al dormitorio del primer piso, se lavó las manos y se puso el sombrero.

Mary estaba en el comedor levantando los manteles y saludó a Ben, con la esperanza de que entablarían diálogo y podría contarle lo de su noviazgo. Pero él dijo, simplemente: «Hola, Mary», y cerró la puerta del comedor.

Charlie bajó precipitadamente las escaleras.

Ellen salía del comedor poniéndose los guantes y se detuvo a observar, mientras él se unía a los dos hombres en la sala de estar.

Ben corrió hacia Charlie. Barrett mostraba su voluminosa humanidad sentado en una silla baja. La luz del sol penetraba por todas las ventanas y ponía círculos de oro en las alfombras. En esa claridad, la cara de Charlie parecía blanca como yeso húmedo.

Trató de decir algo, pero la voz se extinguió en su garganta y tragó saliva con gran dificultad.

Quedó allí, de pie, presentando una lastimosa figura, con sus brazos colgando a plomo, los hombros caídos y la nuez del cuello moviéndose agitadamente.

—¿Cómo está su mujer?

Charlie se volvió hacia Ben. La sangre le subió al rostro y el color de yeso de su cara cambió en extraño púrpura rojo. Una red de venas y arterias rojas y azules se pronunciaban sobre el vidrioso blanco de sus ojos saltones. Cuando por fin pudo hablar, su voz ronca y a la vez estridente parecía una lima de acero.

—Mi mujer ha muerto.

Su irritación lo exasperó. Levantó los puños como si quisiera pegarle a Ben y en seguida los dejó otra vez inertes, con las manos colgando, impotentes. El momento era de un silencio glacial, como si todo fuera a permanecer como estaba: los muebles en la misma posición para siempre, los colores sin desvanecerse nunca, el polvo jamás entrando allí, la luz del sol penetrando invariablemente en rombos por las

ventanas, las cortinas nunca bajadas; y Charlie y Ben. Barrett y Ellen eternamente en aquellas posturas, como figuras esculpidas en mármol o bronce. La casa estaba llena de un silencio que tenía más vida que cualquier sonido. Parecía como si hasta el reloj hubiera detenido su marcha y cesado el río de correr sobre las rocas.

Charlie tenía caídos los hombros y los párpados se cerraban sobre sus ojos. Avanzó un par de pasos, moviéndose como un ciego y tendió su mano a Ben Chaney. Como si ello hubiera sido una señal, los demás volvieron a respirar. La cabeza de Barrett giró sobre el ancho cuello de su camisa como una grúa sobre su soporte. Ben tomó algo de la mano de Charlie y, bajando su vista, lo miró.

—Pero ella no estaba enferma —dijo Ellen—. Tenía nada más que jaqueca.

Charlie se desplomó sobre el sofá-confidente. Su cuerpo se hundió en él, Ben lo siguió y se mantuvo de pie a su lado, en posición de vigilancia.

—¿Suicidio? —preguntó, mirando la caja de píldoras que Charlie le había dado.

Ellen oyó la palabra y replicó, indignada:

—¡Suicidio! ¿Cómo puede usted decir semejante cosa? ¿Qué le hace a usted pensar eso?

Barrett fue a hablar, pero Ben movió la cabeza y levantó la mano, imponiendo silencio.

—¡Usted debe estar loco! —grito Ellen a Ben.

—No me sorprendería —fue cuanto tuvo él que decir.

Se dirigió al vestíbulo y cerró la puerta antes de utilizar el teléfono.

En la cocina, Mary cantaba mientras lavaba los platos. Barrett sacó un cigarro puro de su bolsillo, lo miró, miró a Charlie, y lo volvió a guardar. Ellen se acercó a Charlie, cruzando sin ruido la sala, pisando sobre las alfombras y evitando los espacios entre ellas. No le habló ni lo tocó, pero permaneció a su lado, de pie, con la cabeza inclinada y su mano derecha en su guante forrado de piel, apoyada en la tela estampada que Bedelia había elegido para tapizar el sofá-confidente cuando llegó de Colorado convertida en la mujer de Charles Horst.



VERA CASPARY (13 de noviembre 1899) es una escritora norteamericana nacida en Chicago, que fue muy conocida por sus novelas, relatos y guiones, aunque la traducción de su obra al castellano es muy escasa.

Su novela más conocida es *Laura* (1941) que fue adaptada al cine con gran éxito por Otto Preminger en 1943.

Caspary destacó en sus historias de misterio en las que el papel de la mujer destacaba frente al resto de sus contemporáneos. Caspary fue miembro del partido comunista durante algunos años, por lo que su nombre se incluyó en la «lista gris» de artistas durante la caza de brujas de los años 50.

Murió en Nueva York el 13 de junio de 1987.

Notas

[1] Muy notable es la tradicional cabalgata y el desfile nocturno de bomberos con iluminación *sui generis*. (N. del T.) <<

[2] Entre los profesionales en pintura se designa así al especulador en cuadros y artistas. *(N. del T.)*. <<

[3] Tela Chalí o Chalis: Es una tela de tejido plano, liviana, hecha originalmente de seda, aunque para el siglo xx este material se hizo de lana mezclada con algodón y viscosa. Se cree que la palabra viene del anglo-hindú «shalee», que significa: suave. Es una tela muy liviana con la que se confeccionan generalmente blusas y vestidos para damas y niñas. *(N. del T.)*. <<

[4] Charlie Caballo. Juego de palabras con su apellido Horst. (*N. del T.*). <<

[5] El fovismo, también conocido como fauvismo, en francés fauvisme, (aprox. 1905-1908) fue un movimiento pictórico francés caracterizado por un empleo provocativo del color. Su nombre procede del calificativo fauve, fiera en español, dado por el crítico de arte Louis Vauxcelles al conjunto de obras presentadas en el Salón de Otoño de París de 1905. El precursor de este movimiento fue Henri Matisse y su mayor influencia en la pintura posterior se ha relacionado con la utilización libre del color. <<

[6] Especie de raqueta que se ata al calzado ordinario, para andar por la nieve. (*N. del T.*) <<

[7] Juego de naipes. (*N. del T.*). <<

[8] Pez comestible del golfo de México. (*N. del T.*). <<

[9] Tribu de las islas Filipinas. (*N. del T.*) <<

[10] Ruido producido por tambores de gran tamaño de madera y piel de animal que usan los negros. (*N. del T.*). <<

[11] Alcaloides de mucho poder tóxico que se encuentran en las carnes muertas. (*N. del T.*). <<